

NUESTROS NOBEL

XXV AÑOS DEL FORO (1997 - 2022)



ANIVERSARIO
25 FORO

NUESTROS NOBEL

XXV AÑOS DEL FORO (1997-2022)

Autores:

Aleida Rueda Rodríguez

Antonio Calvo Roy

Elvira del Pozo Campos

Eugenia Angulo Alonso

Ignacio Fernández Bayo

Lisbeth Fog Corradine

Pablo Francescutti Pérez

OFC-07.08

Edita:

Consejo de Seguridad Nuclear
C/ Pedro Justo Dorado Dellmans 11.
28040. Madrid
peticiones@csn.es
www.csn.es

Producción: Divulga S.L.

Coordinación: Ignacio Fernández Bayo

Diseño y maquetación: José María Cerezo Arillo y Jorge Redondo García

Revisión de pruebas: Pedro Mateos Simón

Depósito Legal: M-13414-2022

Impreso en papel 100% reciclado,
con certificado de gestión forestal
responsable



© Consejo de Seguridad Nuclear, 2022



NUESTROS NOBEL

XXV AÑOS DEL FORO (1997-2022)



Índice

Prólogo por Juan Carlos Lentijo	Presidente del CSN	9
1901	Introducción	12
1904	José Echegaray	Premio Nobel de Literatura 20
1906	Santiago Ramón y Cajal	Premio Nobel de Medicina 26
1922	Jacinto Benavente	Premio Nobel de Literatura 32
1936	Carlos Saavedra Lamas	Premio Nobel de la Paz 38
1945	Gabriela Mistral	Premio Nobel de Literatura 44
1947	Bernardo Houssay	Premio Nobel de Medicina 50
1949	Antonio Egas	Premio Nobel de Medicina 56
1956	Juan Ramón Jiménez	Premio Nobel de Literatura 62
1959	Severo Ochoa	Premio Nobel de Medicina 68
1960	Peter Medawar	Premio Nobel de Medicina 74
1967	Miguel Ángel Asturias	Premio Nobel de Literatura 80
1970	Luis Federico Leloir	Premio Nobel de Química 86
1971	Pablo Neruda	Premio Nobel de Literatura 92
1977	Vicente Aleixandre	Premio Nobel de Literatura 98

1980	Adolfo Pérez Esquivé	Premio Nobel de la Paz	104
1980	Baruj Benacerraf	Premio Nobel de Medicina	110
1982	Alfonso García Robles	Premio Nobel de la Paz	116
1982	Gabriel García Márquez	Premio Nobel de Literatura	122
1984	César Milstein	Premio Nobel de Medicina	128
1987	Óscar Arias	Premio Nobel de la Paz	134
1989	Camilo José Cela	Premio Nobel de Literatura	140
1990	Octavio Paz	Premio Nobel de Literatura	146
1992	Rigoberta Menchú	Premio Nobel de la Paz	152
1995	Mario Molina	Premio Nobel de Química	158
1998	José Saramago	Premio Nobel de Literatura	164
2010	Mario Vargas Llosa	Premio Nobel de Literatura	170
2016	Juan Manuel Santos	Premio Nobel de la Paz	176
	Agradecimientos		183
	Semblanza de los autores		186

Prólogo

La historia de la literatura está repleta de auténticos tesoros que no solo son alimento para el alma, sino que constituyen una auténtica fuente de inspiración. Gracias a las biografías podemos acercarnos a la vida de personas que han trascendido los límites de su tiempo para abandonar lo que Miguel de Unamuno denominaba la “*intrahistoria*” –es decir, las historias tradicionales de la gente anónima– y pasar a formar parte de la historia universal.

Con esta publicación hemos querido encomendarnos a la noble labor de reunir a personas destacadas del espacio iberoamericano cuyos esfuerzos y trabajos sobrepasaron el límite de sus disciplinas para formar parte del legado de la humanidad. Se trata de los premios Nobel iberoamericanos, el conjunto de hombres y mujeres laureados con uno de los galardones más solemnes y respetados del mundo –si no el que más– que, asimismo, comparten con nosotros este lugar de encuentro, de colaboración y de entendimiento que es Iberoamérica.

El libro describe en orden cronológico la vida y obra de nuestros premios Nobel: sus logros, descubrimientos y aportaciones a la humanidad en las distintas disciplinas del galardón que otorga la Academia de Suecia. Estas páginas reúnen a veintisiete científicos, escritores y activistas por la paz desde México hasta Argentina, pasando por Brasil, Costa Rica, Colombia, Chile, Guatemala, Perú y Venezuela. Y al otro lado del Atlántico, España y Portugal. Con este compendio hemos querido rendirles justo homenaje por encumbrar nuestra cultura iberoamericana a la excelencia del panorama mundial.

En el ámbito de la fisiología y la medicina destacan el español Santiago Ramón y Cajal con sus trabajos sobre el sistema nervioso; el argentino Bernardo Houssay, por sus hallazgos en el metabolismo de la glucosa; o el portugués Antonio Egas Moniz, por sus avances en neurología. También Severo Ochoa, por sus descubrimientos sobre la síntesis del ARN y ADN o el brasileño Peter Medawar por sus estudios en inmunología y Baruj Benacerraf, venezolano, por su trabajo sobre el complejo de histocompatibilidad, también en inmunología. Sin olvidar las aportaciones del argentino César Milstein

que recibió el Nobel de Medicina por sus investigaciones en torno a los anticuerpos monoclonales. Y, más recientemente, las contribuciones a la bioquímica de Luis Federico Leloir y a la química atmosférica del mexicano Mario Molina Henríquez en 1995.

Iberoamérica destaca especialmente por su contribución a la paz con personalidades como el argentino Carlos Saavedra Lamas por inspirar un acuerdo antibélico entre Bolivia y Paraguay; Adolfo Pérez Esquivel, por su resistencia pacífica contra los regímenes autoritarios y su compromiso en la promoción de los derechos humanos; o el mexicano Alfonso García Robles por su contribución al desarme y a la no proliferación de armas nucleares. Destacan igualmente, Óscar Aries Sánchez por su compromiso y contribución a la paz en Centroamérica; Rigoberta Menchú por su lucha a favor de los derechos de los pueblos indígenas y de la mujer; y, más recientemente, Juan Manuel Santos por sus esfuerzos por acabar con el conflicto armado en Colombia.

Y no podíamos pasar de largo sin mencionar la contribución de Iberoamérica a la literatura mundial con un universo tan particular como es el realismo mágico. Así, la chilena Gabriela Mistral se convirtió en la primera iberoamericana en recibir el galardón, allá por 1945. A ella le siguieron literatos como el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, y figuras de la talla de Pablo Neruda, García Márquez, Octavio Paz y, más recientemente, Mario Vargas Llosa. Antes, al otro lado del Atlántico, recibían el Nobel de Literatura José Echegaray, primer Nobel español en recibir tan distinguido galardón en 1904, a quien acompañarían Jacinto Benavente, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Camilo José Cela y, a finales de los noventa, el portugués José Saramago.

En el 25 aniversario del Foro Iberoamericano de Organismos Reguladores Radiológicos y Nucleares (FORO) nos parece más que oportuno reivindicar una vez más este espacio compartido de diálogo y encuentro lleno de singularidad que reúne a nuestras naciones y pueblos en una forma de pensar, de actuar y de estar en el mundo. Porque, como alegaba Unamuno, “el aislamiento es el peor consejero posible”.

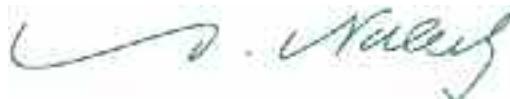
Desde su creación en 1997, el FORO ha ido sumando miembros desde los cinco organismos reguladores fundacionales hasta los diez que somos en la actualidad (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, España, México, Paraguay, Perú y Uruguay), a los que se sumará próximamente Portugal. Y seguimos manteniéndonos fieles a nuestros principios fundacionales: ser un espacio de intercambio de conocimiento y experiencias en seguridad radiológica, física y nuclear entre los reguladores y de cooperar con el entorno internacional alineado con el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA).

Los organismos que conformamos el FORO participamos y colaboramos en la producción de nuevo conocimiento en el ámbito de la seguridad nuclear y la protección radiológica. Nuestro quehacer diario, nuestra “*intrahistoria*”, es parte esencial de la mejora continua de nuestras sociedades, a través de proyectos de cooperación y asistencia técnica, regidos siempre por las máximas del rigor científico, la profesionalidad, la independencia y la transparencia. Por tanto, pongamos en valor a aquellos que abrieron el camino y sirvan estas páginas de inspiración para éxitos venideros y para continuar nuestra aportación desde el FORO al saber universal y al desarrollo de nuestra región.

Juan Carlos Lentijo

Presidente del Consejo de Seguridad Nuclear

Los premios Nobel y su génesis



El 10 de diciembre de 1901 se entregaron los primeros premios establecidos por el inventor y empresario Alfred Nobel poco antes de su fallecimiento, ese mismo día cinco años antes. La fama y reconocimiento internacionales que estos galardones adquirieron desde esa primera edición no tiene parangón y no ha hecho más que crecer con el paso de los años. Hoy proliferan en todos los países las distinciones otorgadas a científicos, literatos y defensores de la justicia, pero todas ellas quedan densamente ensombrecidas por el fulgor del Nobel. Es el más antiguo y el más fastuoso, el único que reclama una unánime e intensa atención mundial, y aquel por cuya consecución cualquier aspirante renunciaría a todos los demás. Para los científicos, que apenas tienen otro resquicio para la gloria, ese añadido a su apellido que les acompañará ya siempre, 'Premio Nobel', es la garantía de suscitar respeto y admiración por doquier; incluso (o sobre todo) por parte de personas que no tienen la más remota idea de la naturaleza de su trabajo. Para los galardonados con el premio de Literatura significa un espaldarazo a su auto-

Alfred Nobel





A la izquierda, Immanuel Nobel, padre del inventor.
A la derecha, Alfred hacia los años 1850



estima y una sustanciosa multiplicación de la venta de sus obras. Y para algunos de los galardonados con el de la Paz, supone en muchos casos el reconocimiento a personalidades de la política, para quienes el premio no altera sustancialmente su vida; pero en otras ocasiones es una poderosa llamada de atención sobre problemas en países periféricos, que con frecuencia pasan de refilón por los medios de comunicación, y la consecución de un apoyo internacional a su justa causa.

Alfred Nobel nació en Estocolmo el 21 de octubre de 1833 en el seno de una familia con tradición intelectual y académica. Su padre, Immanuel, era un industrial que, arruinado, emigró a Rusia en 1842. Por ello, Alfred se educó con profesores particulares en San Petersburgo, donde estudio historia, filosofía, literatura, química e idiomas, llegando a dominar plenamente francés, inglés, ruso y alemán, además de su sueco natal. Entre 1850 y 1852 viajó por Alemania, Francia, Italia y Estados Unidos, ampliando su formación. Un año después empezó a trabajar como químico en el laboratorio de explosivos que su padre acababa de crear en Heleneborg, cerca de Estocolmo.



Su afán experimentador y sus conocimientos de química le permitieron desarrollar sucesivamente nuevos explosivos de mayor eficacia y seguridad, destacando entre ellos la dinamita, que le hizo mundialmente famoso. Su inventiva no se paró ahí, ya que llegó a obtener 355 patentes de todo tipo, como materiales sintéticos, sistemas de alarma y métodos de telecomunicación. También levantó un emporio industrial, creando 90 fábricas en 20 países de todo el mundo.

De tendencia melancólica y espíritu irónico se fue haciendo con el tiempo un tanto misántropo. Aunque soltero empedernido, se enamoró de la baronesa austriaca Bertha von Suttner, que estaba casada y con la que mantuvo amistad de por vida. La baronesa ganó, en 1905, el Premio Nobel de la Paz. La relación amorosa más larga de su vida, desarrollada a lo largo de 18 años, la mantuvo con Sophie Hess, 23 años más joven que él. Su escaso interés por las actividades culturales, pese a los esfuerzos de Nobel, amargó sus últimos años y, probablemente, impidió que optara por casarse con ella.

No tuvo ni familia ni hogar fijo, manteniendo seis casas en países diferentes, aunque las ciudades donde más tiempo pasó fueron París y Bofors (Suecia). Escritor aficionado, pacifista convencido, viajero empe-

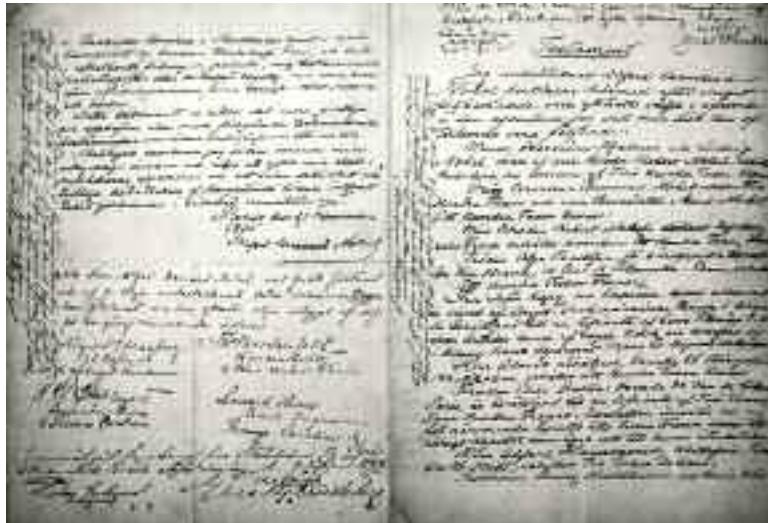
Izquierda, Alfred Nobel en los últimos años de su vida. Derecha, la baronesa Bertha von Suttner, que jugó un papel esencial en la creación de los premios

deruido, pionero de la eutanasia (propuso la creación, en París, de una “casa de suicidios” para que quien lo deseara pudiera tener una muerte digna), su mejor invento, con todo, fue el premio que lleva su nombre al que destinó la mayor parte de la enorme fortuna que acumuló. Murió en su casa de San Remo (Italia), el 10 de diciembre de 1896.

La creación de los premios fue fruto de un largo proceso en el que jugó un papel importante Bertha von Suttner. Tras barajar diversas opciones, en su testamento, firmado en París en noviembre de 1895, estableció las cinco categorías originales, Física, Química, Fisiología o Medicina, Literatura y Paz, así como las instituciones que debían otorgarlo: la Academia de Ciencias sueca para Física y Química, el Instituto Karolinska para el de Medicina, la Academia de la Lengua de Suecia para el de Literatura y el Parlamento noruego para el de Paz. En 1968 el Banco de Suecia propuso y financió la creación de una categoría adicional, la de Economía, que decide también la Academia de Ciencias.

El testamento desató una encendida controversia, no solo por parte de sus familiares, presuntos herederos, sino también en la prensa, por su carácter internacional. El propio Rey Óscar II se manifestó en contra, pero

Testamento hológrafo de
Alfred Nobel de
noviembre de 1895



el tesón de su albacea, Ragnar Sohlman fue reduciendo poco a poco la oposición. En 1898 los familiares aceptaron la voluntad de Alfred y el Rey sancionó la creación de la Fundación Nobel y los estatutos que la regirían, como institución encargada de gestionar el legado del inventor.

Una de las primeras misiones de la Fundación fue establecer las normas de concesión de los premios y reinterpretar los términos del testamento, poco explícito en algunos puntos. Así, se decidió que el premio podía ser compartido y se puso un límite de tres personas por categoría y año. Nobel había indicado que se concediera por una investigación o labor realizada el año anterior, pero desde el principio se vio con claridad que era un tiempo insuficiente para juzgar la relevancia de un descubrimiento o una obra y en la práctica esa indicación no se tiene en cuenta.

Para optar al premio los aspirantes deben ser propuestos por antiguos laureados, por miembros de las universidades escandinavas, de las instituciones que conceden el premio y otras personalidades e instituciones invitadas expresamente cada año. El plazo termina el 1 de febrero de cada año. Las miles de propuestas recibidas son analizadas por los diferentes comités Nobel que analizan detalladamente las candidaturas, seleccionan las más relevantes y elaboran sus propuestas, que presentan al conjunto de miembros de la institución. La fecha límite de aprobación



Ragnar Sohlman, albacea testamentario de Alfred Nobel

Las instituciones que otorgan los premios. De izquierda a derecha, la Academia de la Lengua sueca (Literatura), el Parlamento noruego (Paz), el Instituto Karolinska (Medicina) y la Academia de Ciencias de Suecia (Física, Química y Economía)





El Ayuntamiento de Estocolmo, donde se celebra el banquete Nobel

es el 15 de noviembre, pero desde hace décadas la decisión se toma en fechas de octubre fijadas de antemano y en días sucesivos en el siguiente orden: Medicina, Física, Química, Literatura, Paz y Economía.

Los premios se entregan siempre el 10 de diciembre, aniversario de la muerte de Alfred Nobel, aunque durante toda la llamada 'Semana Nobel' se programan actividades, discursos, conferencias, visitas, homenajes... Todo el ceremonial de la entrega está minuciosa-

mente programado y revestido de una solemnidad añeja y de excesiva rigidez. La entrega y los consiguientes discursos se realiza en la Sala de Conciertos de Estocolmo, salvo el de la Paz, que se entrega en el Ayuntamiento de Oslo. Tras la ceremonia tiene lugar el banquete en el Salón Azul del Ayuntamiento de Estocolmo y en el de Oslo para el de la Paz.

Los atributos del premio son tres: el diploma, la medalla y el cheque. Las medallas, que son las mismas desde 1901, llevan en el anverso la efigie de Alfred Nobel y en el reverso una imagen que varía según la modalidad. Las de Física y Química (que es la misma), Medicina y Literatura fueron diseñadas por el artista sueco Erik Lindberg; mientras que la de la Paz la



hizo el escultor noruego Gustav Vigeland. La de Economía es obra de Gunvor Svensson-Lundqvist. Los diplomas, por el contrario, tienen un diseño exclusivo para cada uno de los premiados y se encargan cada año a diferentes artistas, que pretenden plasmar en su dibujo la personalidad y méritos del premiado. El importe del premio varía con el tiempo. En la edición de 2021, fue de ocho millones de coronas suecas (unos 843.000 euros).

Dada la atención que los premios suscitan, las decisiones de los comités Nobel son cada año objeto de controversia. Muchos son los llamados y pocos los escogidos, y los criterios aplicados no siempre responden al principio de equidad, merecimientos y universalidad. Sin embargo, pese a los olvidos y errores, y la injusticia que supone el límite de tres premiados (que en ciencia deja fuera a muchos merecedores), el premio sigue teniendo el prestigio que tiene por sus numerosos aciertos. Eso sí, la política ha tenido siempre una elevada influencia en las decisiones y hay ámbitos claros de inequidad. Por un lado, evidente y tantas veces denunciado, en la discriminación de las mujeres; por otro, en la concentración



FALKZ

Ayuntamiento de Oslo, donde se entrega el premio de la Paz

Anverso y reverso de las diferentes medallas que se entregan a los ganadores del premio, según categorías



FÍSICA Y QUÍMICA

LITERATURA

MEDICINA

PAZ

ECONOMÍA



Arriba, la sede de la Fundación Nobel. A la derecha, panorámica del banquete en el Salón Azul del Ayuntamiento de Estocolmo



de premios en los países más influyentes y el consiguiente olvido de los periféricos.

En toda la historia del galardón, hasta el año 2021, han sido premiadas 975 personas y 28 organizaciones (en la categoría de Paz). Aunque en los últimos años la proporción ha mejorado, tan solo 59 mujeres han sido reconocidas, lo que apenas supone el 6% del total. Los países iberoamericanos han recibido en total 27 galardones: 12 de Literatura (11 en español y 1 en portugués), 7 de Medicina, 6 de la Paz y 2 de Química. Es una cosecha reducida, más aún si consideramos que varios de los galardonados en disciplinas científicas realizaron la mayor parte de su trabajo en países *centrales*, normalmente anglosajones. Sin duda muchos más lo merecieron, pero fueron relegados por la capacidad de influencia de los países más poderosos. No daremos nombres porque siempre quedaría alguno injustamente olvidado. Nuestro punto fuerte es la literatura y cabe destacar que el español es el cuarto idioma más premiado, tras el inglés (29), francés (15) y alemán (15). Y también en este apartado la cifra podría ser más elevada, pero en las últimas décadas ha habido una consciente y comprensible atención a otras culturas y lenguas de nuestro planeta.

IFB ■

José Echegaray y Eizaguirre

Premio Nobel de Literatura en 1904

Nacido en Madrid, en 1832, ciudad en la que murió en 1916, a los 84 años, Echegaray fue, sobre todo, un polígrafo con muy diversas inquietudes, llevadas a cabo de manera apasionada. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, matemático, político, economista, divulgador y dramaturgo, dejó una huella notable en la España de su tiempo, gracias a una presencia pública constante. Fue ministro en diversas ocasiones, primero —dos veces—, de Fomento, que incluía desde industria hasta agricultura y educación; y más tarde, en tres periodos distintos, de Hacienda. Y además fue el primer premio Nobel español, al ganar el de Literatura en 1904, sobre todo por su vasta obra teatral.

Se puede decir que José Echegaray y Eizaguirre lo fue todo en el ámbito científico, en el político —singularmente en el económico—, en



A handwritten signature in dark ink, which reads "José Echegaray y Eizaguirre". The signature is written in a cursive style and is positioned to the right of the main portrait.



Arriba, diploma Nobel de Echegaray. Abajo, busto que se conserva en la Real Academia de Ciencias

el institucional y en el cultural. Miembro tanto de la Real Academia Española como de la de Ciencias, le dio al Banco de España las funciones singulares que desarrolló hasta la entrada de España en la Unión Europea, además de numerosas sociedades y ateneos. Y fue también una especie de introductor en España de la matemática más avanzada que se hacía en Europa.

En ninguno de estos campos fue una figura de primer orden mundial, pero en todos ellos destacó y, sobre todo, como escribió en su necrológica en la *Revista de la Academia de Ciencias*, el matemático algo más joven que él, Zoel García de Galdeano (1846-1924), El Echegaray político no fue un “Bismarck o un Metternich, ni como poeta un Petrarca o Dante o un Lope de Vega...” pero es que había llegado “a un desierto azotado por el *simoun* de las luchas civiles, cuando el edificio nacional se hallaba en estado de equilibrio inestable”.

Más allá del abundamiento en la exagerada idea del páramo científico español, la cita ayuda a contextualizar a Echegaray, una persona brillante y atenta a lo que ocurría a su alrededor. Desde sus primeros estudios de bachillerato, que hizo en Murcia, donde su padre había sido destinado como profesor de griego del instituto, mostró una notable inteligencia y una gran capacidad de trabajo, lo que le llevó a ser el primero de su promoción tanto durante el bachiller como posteriormente en la Escuela de Caminos, ya en Madrid.

La elección de la ingeniería, dada su temprana inclinación a las matemáticas, no fue «demasiado extraña —señala el historiador de la ciencia José Manuel Sánchez Ron— para alguien entre cuyos intereses figuraba la matemática, especialmente si tenemos en cuenta el estado de la enseñanza matemática en la España de mediados del siglo XIX». Hacia 1850 no existían en España facultades de ciencias, estando incluido este tipo de estudios dentro de la Facultad de Filosofía.

Ese interés por las matemáticas no lo abandonaría nunca y, de hecho, su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias —en la sección

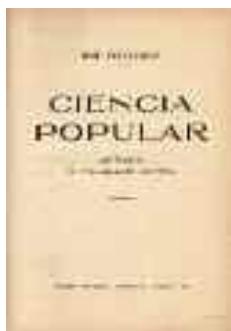


de exactas, naturalmente—comenzó diciendo “¡Qué siglo tan admirable este del álgebra de Viete, la geometría de Descartes y el cálculo de Newton y Leibnitz!”. No en vano el título de este discurso de ingreso fue *La historia de las Matemáticas puras en nuestra España*.

En 1853, cuando terminó su carrera, en la que había sacado sobresaliente en todas las asignaturas, estuvo destinado en Almería, hasta que, un año después, aquejado por un ataque de paludismo, regresó a Madrid. Debido al cambio político ocasionado tras la sublevación de O'Donnell, consiguió una plaza de profesor en la Escuela de Ingenieros de Caminos, donde estaría hasta 1868. En esa época se casó con Ana Estrada, con quien tuvo dos hijos. También publicó trabajos científicos y un primer libro, en 1852, *Cálculo de variaciones*. Además, pudo viajar a Londres y a París para asistir a las exposiciones universales de 1862 y 1867, un extraordinario escaparate de los progresos en el conocimiento, lo que le serviría más tarde en su tarea de divulgador científico. En concreto, en la de Londres, de 1862, pasó tres meses estudiando las máquinas y los ingenios allí presentados.

Por su faceta matemática empezó a interesarse también en la economía política, lo que, en buena medida, determinó su carrera. El librecambismo aprendido del francés Frédéric Bastiat dio una nueva perspectiva del comportamiento humano, que le llevó incluso a su lite-

Además de político y escritor, Echegaray fue un reputado matemático. Sobre estas líneas, unos apuntes suyos que se conservan en la Academia de Ciencias



ratura. Según Javier Fornieles Alcaraz, allí “encontró los argumentos necesarios para conciliar las libertades individuales con los valores morales y religiosos, y para defender la concordia entre las diferentes clases sociales al reconocer tanto la dignidad del trabajo como la legitimidad de las diferencias basadas en el talento y en el esfuerzo personal”.

Formó parte de diversas comisiones para estudiar asuntos concretos, algunos en el extranjero, lo que le obligó a escribir algunas monografías que, por otra parte, le dieron a conocer. En 1865, a los 32 años, fue elegido miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que había sido creada en 1847 y que presidió dos veces, de 1894 a 1896 y de 1901 hasta su muerte. A partir de entonces empezó a publicar trabajos originales y aportaciones matemáticas, puesto que hasta esa fecha se había limitado a publicaciones de carácter pedagógico o divulgativo.

Sus actividades en el campo de la economía política y sus trabajos publicados en la revista *El Economista*, que había fundado junto a Gabriel Rodríguez, le habían convertido en una persona conocida por su talante liberal y sus conocimientos económicos, por lo que, tras el triunfo de *La Gloriosa*, la revolución de 1868 que supuso el destronamiento de Isabel II, fue nombrado director general de Obras Públicas, Agricultura, Industria y Comercio, dentro del gran Ministerio de Fomento. Su cargo incluía todas las materias del mismo excepto educación. Fue el comienzo de su extensa carrera política, entonces militando en el partido Demócrata.

Diputado en las Cortes constituyentes que redactó la constitución de 1869, durante esos años de cambios constantes e inestabilidad política fue ministro de Fomento; participó en la proclamación de la Primera República tras



la abdicación de Amadeo de Saboya, como miembro de la comisión permanente de las Cortes; y fue ministro de Hacienda en dos gobiernos distintos, con Estanislao Figueras y con Francisco Serrano. Echegaray estableció que el Banco de España tuviera el monopolio de la emisión de dinero.

Entre medias, pasó el segundo semestre de 1873 en París, periodo durante el cual escribió su primera obra de teatro, *El libro talonario*, que estrenaría en Madrid en febrero de 1874, cuando ya contaba 42 años. En vista del éxito comercial, desde entonces publicó una media de dos obras de teatro al año, hasta llegar a unas sesenta.

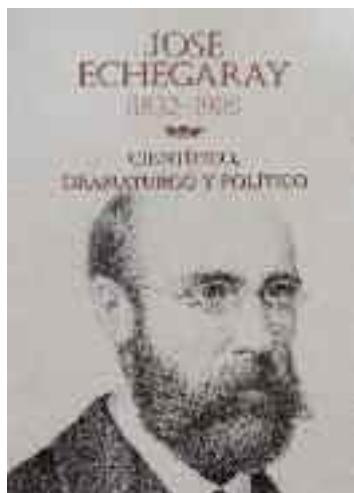
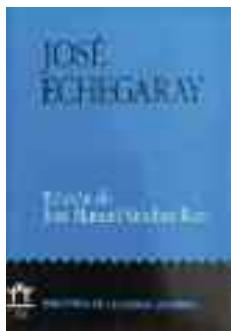
En 1876 fue elegido nuevamente diputado, pero, tras algunas disputas con sus correligionarios, abandonó la política en 1880 y se dedicó a intentar formar a la sociedad española, en su opinión, falta de preparación cultural y política. Publicó trabajos de divulgación científica en periódicos y revistas; fue uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza; tomó parte activa en la vida cultural desde instituciones como el Ateneo, que presidió en 1888. En mayo de 1894 tomó posesión como miembro de la Real Academia Española, y en 1896 fue elegido su presidente.

Sus obras de teatro, abonadas al género melodramático y por las que le dieron el Nobel, no encontraban eco entre la juventud literaria de principios de siglo, cuando se lo concedieron, por lo que muchos de los jóvenes escritores de entonces protestaron contra la concesión y los numerosos homenajes. Entre ellos, Baroja, Azorín, Unamuno, Valle Inclán y otros, que preferían el realismo vanguardista frente al romanticismo ya periclitado de Echegaray.

En 1905 fue designado, casi por aclamación, catedrático de Física Matemática de la



Retrato de Echegaray pintado por Marceliano Santamaría, que se conserva en el Banco de España



Universidad Central de Madrid, cuando se jubiló el anterior ocupante de la cátedra, en cuyo tribunal había estado el propio Echegaray. Compaginó la cátedra con el Ministerio de Hacienda, en su último periodo en la administración, de julio a diciembre de ese año, y con la presidencia de Tabacalera. Mantuvo sus cursos hasta 1915, un año antes de su muerte.

Obtuvo el premio Nobel en 1904, el primero para un español, *ex aequo* con el poeta francés que escribía en occitano Frédéric Mistral, “en reconocimiento a las numerosas y brillantes composiciones que, de manera individual y original, han revivido las grandes tradiciones del drama español”. Aunque cultivó la literatura, especialmente teatro, pero también poesía y ensayo divulgativo, su amor más profundo, como confesó en sus memorias, fueron las matemáticas: “Y si yo hubiera sido rico o lo fuera hoy, si no tuviera que ganar el pan de cada día con el trabajo diario, probablemente me hubiera marchado a una casa de campo muy alegre y muy confortable, y me hubiera dedicado exclusivamente al cultivo de las Ciencias Matemáticas. Ni más dramas, ni más argumentos terribles, ni más adulterios, ni más suicidios, ni más duelos, ni más pasiones desencadenadas, ni, sobre todo, más críticos; otras incógnitas y otras ecuaciones me hubieran preocupado”.

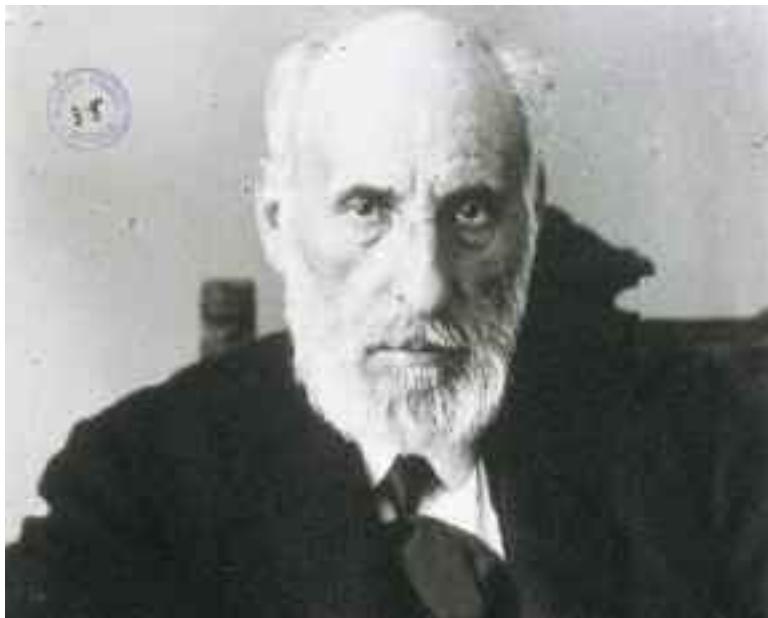
ACR ■

Santiago Ramón y Cajal

Premio Nobel de Medicina 1906

Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) es, sin ninguna duda, el científico más importante de la historia de España. Lo es tanto por sus aportaciones al conocimiento científico, aún citadas regularmente y que “conservan una plenitud y una actualidad rara vez alcanzada” —según escribió Gregorio Marañón en 1951— como por su influencia y la escuela que creó. Supo sumar a su extraordinario tesón, habilidades y conocimientos específicos —ser buen dibujante y experto fotógrafo—, además de su capacidad para pensar fuera de la corriente dominante y mantener, contra viento y marea, sus observaciones.

Su padre, Justo Ramón Casasús, de familia de labradores pobres, le enseñó, además de una férrea disciplina, una determinación a prueba de bombas. Comenzó como mancebo de barbero sangrador y fue escalando posiciones en la difícil carrera médica de entonces para las personas sin



A handwritten signature in cursive script, reading "S. Ramón y Cajal". The signature is written in dark ink on a light background.



Vestido de capitán poco antes de viajar a Cuba

recursos, que culminó, tras ser médico rural, con una plaza de profesor de disección en la Universidad de Zaragoza. Frente al disciplinado padre, el niño Santiago era extraordinariamente revoltoso y mal estudiante, lo que impulsó al padre a sacarle del colegio en dos ocasiones para ponerle de mancebo primero en una zapatería, en Jaca, y luego en una barbería, en Huesca, donde terminó el bachillerato.

Finalmente, el futuro Nobel estudió la carrera de Medicina en Zaragoza, licenciándose en 1873, y, en lugar de seguir los consejos de su padre, se alistó en el ejército y participó, como teniente médico, primero en la tercera guerra carlista —en Cataluña— y luego, ya capitán, en la guerra de Cuba, de dónde volvió en 1875 con un galopante paludismo. Tras reponerse, obtuvo el grado de doctor en 1877, con idea de dedicarse a la ciencia y a la enseñanza, y empezó a hacer sus primeras investigaciones. Uno de los profesores del doctorado, Aureliano Maestre de San Juan, al que “debo favores inolvidables. (...) Me animó insistentemente en mis ensayos de investigador, fortaleciendo la confianza en mis propias fuerzas”, le enseñó a utilizar el microscopio y le entusiasmó con la histología, pasión que nunca abandonaría.

Para sobrevivir en Zaragoza, ya casado con Silveria Fañanás, daba clase mientras preparaba las oposiciones a cátedra, además de trabajar como fotógrafo, encontrando nuevas técnicas de revelado que más tarde le serían muy útiles en el complicado proceso de tinción celular, imprescindible para la investigación histológica. Finalmente, y tras algún fracaso, consiguió una plaza de catedrático en la Universidad de Valencia, donde se instaló en 1884.

Desde la cátedra pudo, finalmente, dedicarse plenamente tanto a la enseñanza como a la investigación. En 1885, durante la epidemia de cólera, se dedicó temporalmente a la bacteriología, tratando de encontrar una vacuna, que finalmente halló, aunque su modelo, con patógenos muertos (fue la primera vez que se demostraba su efecto como vacuna),

era menos eficaz que el que proponía el doctor Ferrán, con patógenos vivos atenuados.

En aquella época mostró ya su ingente capacidad de trabajo, porque a sus investigaciones y a las clases, además de otras ocupaciones—incluidas la investigación sobre la hipnosis y las excursiones gastronómicas—unió la elaboración de un *Manual de Histología normal y Técnica micrográfica*, para el que investigó y dibujó todo tipo de tejidos. En esa búsqueda de tejidos encontró rara la hipótesis dominante según la cual todos los tejidos orgánicos estaban compuestos por células independientes excepto el tejido nervioso, que era, supuestamente, una red. “La aparición del *Manual de Histología* en ocho fascículos desde 1884 a 1888 permitió que su contenido fuera reflejando el profundo cambio que la preparación científica de Cajal experimentó a lo largo del lustro”. Esos primeros trabajos aparecieron primero en diversas revistas, y aquellos que hizo en 1887 y 1888 sobre el sistema nervioso fueron los primeros en ser publicados en el extranjero, en concreto en una revista alemana. En 1888 se trasladó a Barcelona, donde obtuvo una cátedra, y donde siguió trabajando a destajo. De hecho, se refería a aquel año de 1888 como “mi año cumbre”.

Uno de los peldaños para llegar a ese momento fue el cambio en las técnicas de tinción, que conoció gracias a Luis Simarro, neurólogo y psiquiatra formado en París, que le enseñó el método del histólogo italiano Camilo Golgi, que le abrió una ventana a un mundo nuevo: “Debo a Simarro, el afamado psiquiatra y neurólogo valenciano, el inolvidable favor de haberme mostrado las primeras buenas preparaciones efectuadas con el proceder del cromato de plata, y de haber llamado mi atención sobre la excepcional importancia del libro del sabio italiano, consagrado a la inquisición de la íntima estructura de la materia gris”.



LEGADO CAJAL / INSTITUTO CAJAL (CSIC)



Arriba, Ramón y Cajal con su mujer y cuatro de sus hijos. Abajo, uno de sus característicos dibujos, en este caso de una neurona piramidal

Arriba, dibujo de Cajal de astrocitos del hipocampo del cerebro humano. Abajo, en su laboratorio de Valencia, hacia 1885, con su discípulo Juan Bartual



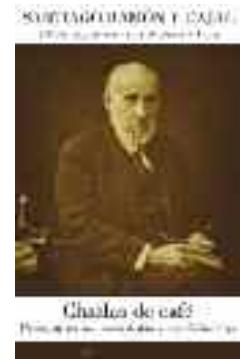
Se trataba de la primera técnica que permitía hacer tinciones precisas y específicas de las células del sistema nervioso, así que, al volver de Madrid, Cajal repasó sus preparaciones con esta técnica: volvió decidido a “emplear en grande escala el método Golgi y estudiarlo con toda la paciencia de que soy capaz”. Y, además —una idea original suya— decidió aplicar el método no a los tejidos de animales maduros sino a los recién nacidos, o incluso en embriones, tal y como señala en sus memorias, “en las fases tempranas de la evolución ontogénica, en las cuales el sistema nervioso debe ofrecer organización sencilla y, por decirlo así, esquemática”. Una muestra más de su capacidad de pensar al margen de la corriente.

Además, sus conocimientos de química, producto de sus aficiones fotográficas, le permitieron introducir algunas mejoras en el método de Golgi, que permitían ver aún más claro. Gracias a todas sus investigaciones pudo demostrar que las células nerviosas eran independientes y no parte de una red.

Pese a publicar sus hallazgos en revistas alemanas porque “para ser fuerte hay que luchar con los fuertes”, nadie le “concedía beligerancia”, es decir, los tomaba en cuenta ni siquiera para refutarlos. Entonces decidió, en octubre de 1889, ir a Berlín para participar en el congreso de la Sociedad Anatómica Alemana, y presentar allí sus preparaciones. Una vez en la sala tampoco conseguía que nadie mirase su microscopio, así que cogió del brazo a Rudolf Albert von Kölliker, profesor en la universidad alemana de Würzburg y “maestro incontestable de la Histología alemana”, le llevó hasta su mesa y le obligó a mirar sus preparaciones, lo que hizo “con más escepticismo que curiosidad”. Sin embargo, el efecto fue inmediato: “los ceños se desfruncieron” una vez que vieron las preparaciones y “al fin, desvanecida la prevención hacia el modesto anatómico español, las felicitaciones estallaron calurosas y sinceras”.

Desde ese momento, el resto de su labor científica fue defender la teoría neuronal que, por cierto, tardó mucho tiempo en ser admitida por todos. Sin embargo, a partir de entonces Cajal alcanzó fama internacional y, en consecuencia, fama nacional. En abril de 1892 se trasladó, tras una reñida oposición, a la Universidad Central de Madrid, meca de todos los investigadores y, según dejó escrito en sus memorias, “la única esperanza de satisfacer con cierta holgura mis aficiones hacia la investigación”. En 1900 ganó un muy prestigioso galardón internacional, el Premio Moscú, que le catapultó a la fama y posibilitó que contara con un laboratorio financiado con dinero público. Eso le permitió incrementar su escuela, algo que Cajal siempre había pretendido, además de financiar una revista en la que, por fin sin agobios, pudo publicar sus numerosísimas investigaciones y las de sus discípulos.

Durante los primeros quince años del siglo XX siguió trabajando con su ritmo habitual, que era muy alto. Además, participó en conferencias internacionales y obtuvo decenas de reconocimientos, como la medalla de oro de Helmholtz, la principal distinción científica alemana entonces, en 1905, que se vieron incrementados cuando, en 1906, le fue concedido



En su laboratorio de Madrid



Sala Cajal del hoy Colegio de Médicos de Madrid, en la que dio clase durante 30 años, que se conserva tal como la dejó



LEGADOCAJAL / INSTITUTO CAJAL (CSIC)

el Premio Nobel de Fisiología o Medicina “por sus trabajos en la estructura del sistema nervioso”, aunque a medias con Camilo Golgi, que, en el discurso de aceptación siguió manteniendo, para desesperación de Cajal, la errónea teoría reticular.

El apoyo público le permitió incrementar la potencia de su laboratorio y multiplicar la capacidad de su escuela, que dio algunos neurólogos de primer nivel mundial, como Pío del Río Hortega, Fernando de Castro, Nicolás Achúcarro y Rafael Lorente de No, entre otros. Fue nombrado miembro de todas las corporaciones científicas posibles y del discurso de aceptación de una de ellas, la Real Academia de Ciencias, surgió su libro más publicado, *Reglas y consejos para la investigación científica*, donados sus derechos para que pudiera ser reeditado libremente.

Fue toda su vida un grafómano impenitente, cultivando todos los géneros posibles, la poesía romántica —de joven—, la autobiografía —con sus memorias en diversos formatos—, la ficción —con *Cuentos de vacaciones*—, el ensayo fotográfico —*La fotografía de los colores*—, la miscelánea —*El mundo visto a los 80 años*— y, por supuesto, sus muy diversos libros y más de 100 artículos sobre el sistema nervioso visto desde todos los ángulos y combatiendo al “enemigo reticularista”. Hoy, más de 100 años después y como evidente prueba de su importancia, sigue siendo uno de los más citados entre los científicos no contemporáneos. **ACR ■**

Jacinto Benavente y Martínez

Premio Nobel de Literatura 1922

Si hoy alguien pregunta en Madrid por Jacinto Benavente, la respuesta más común será que se trata de una plaza ubicada muy cerca de la Puerta del Sol. Es lo que permanece en el recuerdo de quien, hace un siglo, dominó la escena del teatro español y mereció el Premio Nobel de Literatura.

Nacido en 1866 en la Villa y Corte, el hijo de un pediatra bien situado abandonó la carrera de Derecho y, bien pertrechado con la herencia paterna, salió a comerse el mundo. Fue empresario de circo, actor, poeta, jefe de la tertulia en la Cervecería Inglesa y director de la revista *Blanco y Negro*, entre tantos quehaceres... Hombre de mundo, viajando por Europa conoció de primera mano lo que se cocía en los escenarios de las grandes capitales y regresó a la patria a aplicar lo aprendido.

Su primer estreno, *El nido ajeno* (1904), pasó sin pena ni gloria. Después vinieron sus primeros éxitos, y con la comedia de enredos *Los Intereses cre-*



A handwritten signature in dark ink, which appears to read "J. Benavente". The signature is written in a cursive style with a long horizontal flourish at the end.



Arriba, diploma Nobel y Benavente en sus últimos años. Abajo, monumento en su honor que se encuentra en el parque de El Retiro de Madrid



ados (1907) le llegó la consagración en el mundillo teatral. Abrió en 1909, junto a Gregorio Martínez Sierra, el Teatro de los Niños en Madrid. Y en 1912, su nombre fue propuesto para el sillón “I” de la Real Academia Española (RAE). Aunque, curiosamente, nunca llegó a pronunciar su discurso de ingreso ni a ocupar su sillón académico, que quedó vacante hasta 1948, después de que la RAE optase por nombrarle “académico de honor”, la distinción señaló su ingreso al parnaso de las letras hispanas.

En 1919, fundó Madrid Cines, compañía centrada en la adaptación cinematográfica de sus obras; pero ese mismo año *La madona de las rosas*, largometraje escrito y dirigido por él mismo, arrastró a su productora a la ruina. Tras escribir los guiones de *Para toda la vida* (1923) y *Más allá de la muerte* (1924), películas dirigidas por Benito Perojo, dejó de incursionar en el séptimo arte (Ramón del Valle-Inclán, su amigo y admirador, lo atribuyó a que sus creaciones estaban hechas para ser oídas, no vistas).

En noviembre de 1922, hallándose de gira en Argentina a la cabeza de una compañía de actores, le llegó el telegrama de Estocolmo que le convirtió en el segundo español en obtener el máximo galardón de las letras. Con este empujón, sus obras se tradujeron, se representaron en Broadway y obtuvo el título de hijo adoptivo de Nueva York. Fue uno de los autores españoles más prolíficos de la primera mitad del siglo XX y uno de los más queridos por el público y por la crítica. Elogiado por

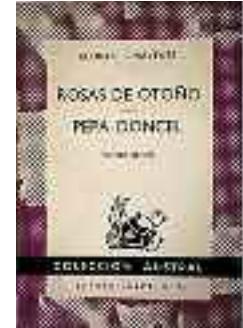


Joaquín Sorolla pintando un retrato de Benavente

Rubén Darío, fue puesto a la altura de Lope de Vega, Calderón y Shakespeare (a quien tradujo).

Se valió de la alta comedia y de la farsa burlesca para renovar el teatro en castellano. Acabó con la declamación, las pasiones vociferadas, los énfasis y los demás excesos que hoy se denominan despectivamente “teatralidad”. Al patetismo opuso la ironía; a la desmesura, la finura. Contemporáneo del modernismo y de la generación del 98, forjó un estilo propio: un realismo deudor de Strindberg e Ibsen, que no desdeñaba la pantomima y los recursos circenses, visibles en su obra cumbre, donde, en homenaje a la comedia del arte, un personaje se llama Polichinela.

Lázaro Carreter discernió el influjo del modernismo en su gusto por la paradoja, la estetización de los sentimientos, el cuidado de la forma... (más de un crítico considera su obra el ingreso del modernismo a los escenarios patrios). Tenía un auténtico don para los diálogos ingeniosos y filosos, a la manera de Oscar Wilde, y en ocasiones abusó de aquel en detrimento de la intriga. Alejado del costumbrismo y el melodrama decimonónico, su cosmopolitismo abrió las ventanas de la enclaustrada escena peninsular a los aires frescos del exterior. No fue la suya una obra

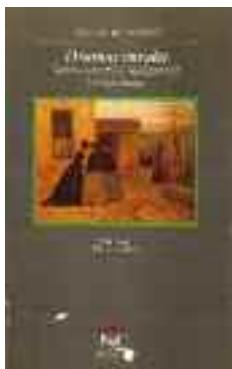


revolucionaria, pero sí cargada de denuncias de la hipocresía, de la riqueza, del poder, de los matrimonios por interés y del desprecio de los ricos por los pobres, y en ese sentido empalmaba con el espíritu regeneracionista de la generación del 98. *Los intereses creados*, que reelabora *El Caballero de Illescas*, una pieza de Lope, sintetiza su filosofía: en una ciudad italiana del siglo XVII, un pícaro se hace pasar por rico para que el adinerado Polichinela le ceda a su hija en matrimonio, y aunque el engaño es descubierto, la boda se consuma. Como dice Crispín, el cómplice del pícaro, “mejor que crear afectos es crear intereses”.

Herederero de la picaresca, Benavente sentó las bases de un nuevo entendimiento del arte escénico que otros llevarían mucho más lejos (Valle-Inclán y García Lorca, por ejemplo). Autor prolífico y poliédrico, fue de los poquísimos premios Nobel en escribir textos dirigidos a los niños.

En lo personal, destaquemos que su soltería y las alusiones en sus comedias al “amor que no se atreve a pronunciar su nombre” (fue el primero en llevar el homoerotismo a nuestros escenarios) dieron pie a que le tacharan de homosexual, habladurías que nunca confirmó ni desmintió.

En lo político se distinguió por su volubilidad. De la mano del partido Liberal Conservador, ocupó un escaño en las Cortes en 1918. Durante la Segunda República, se asoció a los Amigos de la Unión Soviética y, radicado



Representación de *Los intereses creados* en el Teatro Lara de Madrid



en Valencia, durante la Guerra Civil se mostró en actos públicos con el puño alzado. Cuando acabó la contienda hizo acto de constrictión, y se apresuró a levantar el brazo extendido y a redactar loas al Caudillo como *Abuelo y Nieto* (1941). Apuntaba Eduardo Haro-Tecglen que las autoridades le dejaron estrenar sus obras, pero la censura, que le tenía entre ojos, vetaba su nombre, de manera que en las carteleras figuraban los títulos de sus piezas acompañadas de la leyenda “Por el autor de *La Malquerida*”, o “por nuestro premio Nobel de Literatura” sin más. En la posguerra sus piezas siguieron llenando las salas, aunque su hora había pasado. Crítico de la burguesía, que le aplaudía a rabiar, inconformista que rendía pleitesía al Caudillo, se amoldó al gusto del público y, como tantos dramaturgos de éxito, se ocupó de darle lo que a este le gustaba. Poco a poco, fue siendo desplazado por una camada de autores, como Antonio Buero Vallejo y Alfonso Sastre, cuya crítica social traspasaba las líneas rojas que Benavente había respetado. Transcurrieron sus últimos años en el Torreón en Galapagar, una finca de granito y tejado de pizarra con



En San Sebastián, en 1920





Pie de foto. A la izquierda, retrato de Benavente pintado por Ramón Casas. A la derecha lectura de *Gente conocida* a la señorita Cobeña y al señor Thuillier



vistas a Madrid. Falleció el 14 de julio de 1954, y fue enterrado amortajado con hábito de monje franciscano y con una rosa y una cruz en las manos: el antiguo escéptico y crítico de costumbres había elegido dejar este mundo envuelto en olor a santidad. Dejó más de 170 obras, pero su público desapareció junto con la sociedad a la que estaban dirigidas. A modo de epitafio citemos el veredicto de José Monleón, crítico teatral: «En el primer Benavente —el mejor— hay asomos de un teatro crepuscular. Solo asomos, porque el chejovianismo de tales obras suele ser pulverizado por un pensamiento trivial y por las concesiones sentimentales que, finalmente, ofrece al público (...). Un siglo después, apenas si representa más que una reputación que pocos niegan, pero casi nadie apoya desde los escenarios. Salvo *Los intereses creados*, y algún que otro drama rural, poco pervive de un autor que lo fue todo en el teatro español». Y entre lo poco que pervive agreguemos la citada plaza madrileña y el monumento alzado en una rotonda de Galapagar.

PF ■

Gabriela Mistral

Premio Nobel de Literatura 1945

En diciembre de 1945 una mujer chilena nacida en Vicuña, población al norte de Santiago, en el Valle del Elqui, ganó el premio Nobel de Literatura “por su poesía lírica que, inspirada por poderosas emociones, ha convertido su nombre en un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

Hija de una madre que la parió con dificultad a los 44 años, doña Petronila Alcayaga Rojas, y de un padre que abandonó el hogar cuando ella tenía tres años, el profesor y poeta Juan Jerónimo Godoy Villanueva, Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga a los 19 años resolvió que se llamaría Gabriela Mistral en honor a dos poetas europeos que admiraba: Gabriele D'Annunzio y Frédéric Mistral.

Sin terminar la educación media, pero rodeada de profesoras —su media hermana Emelina Molina Alcayaga y varias tías—, de amigos mayores intelectuales y gracias además a su frecuente visita a las bibliotecas de la región, su destino estaba en las letras desde el mismo día en que nació, cuando su padre le compuso un poema que dice:

Oh dulce Lucila
que en días amargos
piadosos los cielos
te hicieron nacer.
Quizás te deparo
para ti, hija mía,
el bien que tus padres
no quiso ceder.

Así que, autodidacta y con una gran sensibilidad frente a las situaciones que la rodearon





Arriba, diploma Nobel y entrega del premio. Abajo, en Vicuña, cuando tenía nueve años



desde niña en un valle con olor a fruta, a cabras y a vacas, viviendo las penas y las glorias de las actividades agrícola y minera, Mistral fue una mujer avanzada para su época (1889 -1957). Desde los 15 años escribió columnas en los diarios de su región, cuando esta labor era casi exclusiva de hombres. Siendo aún Lucila, a sus 17 años publicó un artículo titulado *La instrucción de la mujer* en *La Voz de Elqui*, el diario de Vicuña, en el que se atrevía a proponer a los políticos legislar a favor de la educación de la mujer, en las mismas condiciones ofrecidas a los hombres. Desde entonces, gran defensora de los derechos de la mujer en esa columna, escribió: “Retrocedamos en la historia de la humanidad buscando la silueta de la mujer, en las diferentes edades de la Tierra. La encontraremos humillada y más envilecida mientras más nos internemos en la antigüedad. Su engrandecimiento lleva la misma marcha de la civilización; mientras la luz del progreso irradia más poderosa sobre nuestro globo, ella, agobiada, va irguiéndose más y más. Y es que, a medida que la luz se hace en las inteligencias, se va comprendiendo su misión y su valor y hoy ya no es la esclava de ayer sino la compañera igual. Para su humillación primitiva, ha conquistado ya lo bastante, pero aún le queda mucho que explorar para entonar un canto de victoria”.

Era 1906 y ya destacaba por sus posiciones políticas y novedosas, hasta subversivas: reivindicaba no solo a la mujer, sino a todos los niños chilenos que debían tener derecho a una instrucción primaria obligatoria, más aún en el sector rural, donde era común que se dedicaran a

apoyar a sus padres en las faenas del campo. Hablaba de equidad de género y de salarios. Se preocupaba por la población indígena; por la integración del continente americano. Una mujer con una sensibilidad social a flor de piel.

También a muy temprana edad empieza a trabajar como ayudante de maestra en La Serena, una población de su región, donde conquista las páginas del diario serenense *El Coquimbo*, sin dejar de escribir para *La voz de Elqui*. Desde entonces inicia una carrera en el magisterio, y pasa por Liceos en Traiguén, Antofagasta y Los Andes, para luego dirigir colegios en Punta Arenas, Temuco y Santiago.

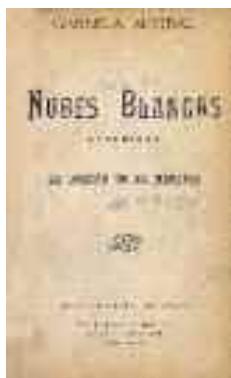
Todo ello a pesar de que no tenía *papeleta*, como llamaba al diploma que la acreditara como tal, lo que le generó un ambiente hostil por parte de sus colegas educadores. Pero logró obtener dicha *papeleta* —el título de profesora de Estado— en la Escuela Normal No. 1 de Santiago, al demostrar que, sin haber asistido a clases universitarias, su experiencia y sus conocimientos hacían que la mereciera.

“Ella convive en Chile en esa relación de amor y de odio”, afirma su biógrafo Pedro Pablo Zegers. Quienes la acogen admiran su capacidad intelectual, su valentía al enfrentarse a mundos difíciles de quebrar, su espontaneidad al escribir. Si ya sobresalía como educadora, ahora empieza a destacarse por sus poemas. El *Soneto a la muerte* gana el premio de los Juegos Florales de Santiago (1914). Allí confirma que eso que hace en sus ratos libres es lo que lleva en su ADN y la llena de satisfacción. “En el descubrimiento del segundo oficio había comenzado la fiesta de mi vida”, escribió.

Ya había viajado por muchas regiones chilenas y dejado una huella sin precedentes en la docencia y en la literatura que llegó a oídos del embajador de México en Chile, el poeta Enrique González Martínez. Por



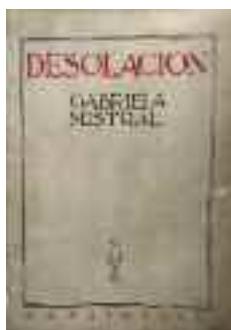
Bajo este árbol de durazno escribió los *Sonetos de la Muerte*. Los Andes, 1917



su recomendación, el ministro mexicano de educación, José Vasconcelos, la invita a formar parte del grupo que lideró la reforma educativa. Viajó en 1922.

México la acogió en varios momentos de su vida. Desde allí irradió su influencia en algunos países centroamericanos. Dice el poeta y profesor de literatura en la Universidad de El Salvador José Luis Escamilla: “la relación entre la escritora chilena y la sociedad salvadoreña son recíprocas, pues existe una serie de escritos en los que Mistral hace referencia de forma particular a El Salvador; por ejemplo, el más relevante es el que a ella se le adjudica la autoría de llamarlo ‘El pulgarcito de América’, que fue recibido con beneplácito para las élites y el pueblo en general, pero al mismo tiempo le produjo algunas abjuraciones de parte de algunos escritores iconoclastas de la época”.

En Nicaragua el Ejército Sandinista la llamó la Benemérita del Ejército Sandinista; Costa Rica la recibió con un homenaje apoteósico, donde



Gabriela Mistral en las ruinas arqueológicas de Yucatán, México, 1948



todos los profesores dieron un día de su sueldo para sufragar los costos de su estadía; entre otras, la Universidad Nacional de Guatemala le otorgó un doctorado *honoris causa* y en Guayaquil, Ecuador, así como en otros países latinoamericanos, se erigió un busto de ella. Tenía una especial pasión por los países pequeños, dice Zegers.

También viajó a Estados Unidos y a Europa. Representó a su país en la Sociedad de las Naciones, precursora de la Organización de las Naciones Unidas, y allí empezó una nueva faceta de su vida: la diplomacia. Pero su comienzo no fue fácil. Cuando el gobierno chileno le asignó un cargo diplomático en Italia, el Gobierno de Mussolini se negó a aceptarla por ser mujer y por sus ideas antifascistas.

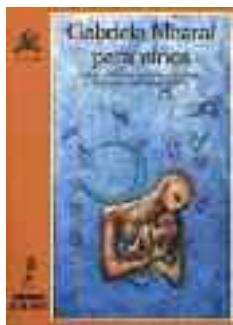
Así que se fue a España, y después hizo un recorrido diplomático por Portugal, Brasil, Estados Unidos y México, incidiendo en la intelectualidad de esos países y publicando sus poemas y crónicas sobre los lugares que visitaba; en todos ellos absorbía cuanto podía aprender, crecía como intelectual, como persona, como poeta. Se calificaba de *patiloca* porque no desperdiciaba oportunidad de conocer lugares y viajar por todo el mundo. Pero era friolenta y nostálgica. Añoraba el sol de Elqui, su valle natal, y por eso siempre dijo que cuando muriera quería que la abrazara



En 1953, Mistral dictó una conferencia ante la Unión Americanista Panamericana en Nueva York



Izquierda: Gabriela Mistral en Estocolmo, Suecia. 1945.
Derecha, monumento en su honor en Montegrande (Chile)



BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE. SERVICIO NACIONAL DEL PATRIMONIO CULTURAL



MARCOS ESCALIER / WIKIMEDIA

su tierra. En una colina de Montegrande, otra de las poblaciones del Valle del Elqui donde pasó su infancia, están ahora sus restos.

Mistral vivió sus últimos años en Estados Unidos. Regresó a Chile en 1938 y en 1954, cuando fue recibida con todos los honores, entre ellos un nuevo doctorado *honoris causa* de la Universidad de Chile. Murió en Nueva York afectada de un cáncer de páncreas.

Publicó en vida poemas que hablan de amor y de muerte; de la mujer; de la vida en el campo, entre ellos *Desolación*, *Ternura*, *Tala* y *Lagar*; escribió columnas y crónicas, y sus seguidores han continuado publicando versos y cartas inéditas, parte del legado que quedó en manos de su compañera estadounidense Doris Dana y que hoy reposan en Chile. Diez años después de su muerte, en 1957, Dana se encargó de publicar *El poema de Chile*, un libro póstumo, “un panegírico a su país”, según Zegers. Luego, en 2009, el propio Zegers publicó *Niña errante*, que compila las cartas cruzadas entre Mistral y Dana desde 1948. “Un amor poético precioso”, dice.

Hoy en día, para no olvidar su paso por el planeta, su nombre está en avenidas, parques, edificios, museos, bibliotecas, universidades, premios, murales; el monte Frayle de Montegrande tiene ahora su nombre e incluso en el billete de 5.000 pesos chilenos está su imagen. Gabriela Mistral vive.

LF ■

Carlos Saavedra Lamas

Premio Nobel de la Paz 1936

Entre 1932 y 1935, Chaco y Paraguay se desangraron en una guerra desatada por cuestiones limítrofes. En juego estaba el Chaco Boreal, una sabana casi despoblada en la que se suponía la existencia de grandes reservas petrolíferas. El conflicto, el de mayor envergadura ocurrido en el continente americano en el siglo XX, dejó unos 90.000 muertos entre los dos bandos, sin contar heridos, mutilados y desaparecidos. Del enfrentamiento fratricida dejaron testimonio el gran escritor boliviano Augusto Céspedes, en calidad de corresponsal de guerra, y su colega el paraguayo Arturo Roa Bastos, a la sazón oficial médico. Incluso el belga Hergé lo reflejó en un episodio de Tintín, *La oreja roja* (1937), en el enfrentamiento entre las ficticias repúblicas de San Teodoro y Nuevo Rico.

En ambas tropas combatían soldados de fortuna: exmilitares alemanes y checos asesoraban al estado mayor boliviano; rusos blancos e italianos hacían lo propio con el paraguay; y en los rangos inferiores militaban voluntarios de los países aledaños. Se rumoreaba que la estadounidense Standard Oil de Rockefeller, engolosinada con el presunto crudo chaqueño, azuzaba a los bolivianos. Un extremo opuesto acusaba a su rival, la angloholandesa Royal Dutch Shell, de alentar a los paraguayos. Lo cierto es que a comienzos de 1935 los frentes se estabilizaron por agotamiento y la contienda entró en un punto muerto. En ese momento, el diplomático de un país vecino ofreció sus buenos oficios para facilitar un acuerdo que pusiera fin al baño de sangre.

El mediador se llamaba Carlos Saavedra Lamas y ocupaba el cargo de ministro de relaciones exteriores de Argentina. Había nacido





Arriba, medalla del Nobel de la Paz (actualmente se desconoce el paradero del diploma de Saavedra Lamas) y una instantánea del homenaje que se le tributó con motivo del premio en enero de 1937. Debajo, la noticia de la concesión en un diario argentino



ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN DE ARGENTINA

en el año 1878 en el seno de la aristocracia porteña, teniendo de tatarabuelo a Cornelio Saavedra, el militar criollo que inclinó la balanza en favor de la independencia de las colonias españolas del Río de la Plata. El joven patricio hizo el recorrido de un miembro distinguido de su clase: educación en un colegio de élite, una brillante carrera en derecho y un exitoso desempeño en la función pública como político del partido Conservador.

A tales méritos sumó en 1928 la presidencia de la Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo, una plataforma que le permitió codearse y darse a conocer con la *crème de la crème* de la diplomacia mundial. En 1932, fue nombrado canciller del gobierno de Agustín P. Justo, un militar derechista al que acusaban de haber ganado las elecciones mediante el llamado “fraude patriótico”. Fue esa elevada posición la que le permitió hacerse oír en el concierto internacional.

Inevitablemente, su mediación no estaba al margen de consideraciones geopolíticas. En aquellos años, Estados Unidos aspiraba a convertir Sudamérica en parte de su “patio trasero”, como antes había hecho con Centroamérica, y el conflicto del Chaco le daba la oportunidad de intervenir como una nación amiga de la paz (la política de “buena vecindad” pregonada por la administración de Franklin Delano Roosevelt). Argentina, el país más rico y moderno del subcontinente, no tenía interés en que la potencia del norte afirmara su liderazgo en la región, y esta circunstancia influyó en la iniciativa de Saavedra Lamas. A instancia suya





Con Basilio Pertiné,
ministro de la Guerra, en el
Teatro Colón, hacia 1937



se constituyó un Comité Internacional de Mediación, bajo su presidencia, integrado por Chile, Perú, Uruguay y Estados Unidos.

Lamas ya se había apuntado un tanto en la arena internacional con la promoción en 1933 de un tratado de no agresión. En su articulado se condenaban las guerras de agresión y se comprometía a las partes firmantes a solucionar sus diferencias territoriales por medios pacíficos; no se reconocían las ganancias territoriales obtenidas por vía de las armas y se disponían mecanismos de reconciliación. Firmado por Argentina y Brasil en primer lugar, fue refrendado posteriormente por un gran número de países americanos (Estados Unidos inclusive) y europeos.

En más de un aspecto, el convenio replicaba el espíritu del tratado Frank Kellogg-Aristide Briand, firmado en París en 1927 por los cancilleres de Estados Unidos y Francia respectivamente. El mismo proscribía el recurso a la guerra para resolver los litigios entre las naciones, y fue suscrito con bombo y platillo por las potencias que poco más tarde se enzarzarían en la Segunda Guerra Mundial. A Kellogg este pacto le significó el Nobel de la Paz de 1929 (Briand ya lo había obtenido en 1926 por sus gestiones en pos de la reconciliación de su nación con Alemania).

En 1935, Saavedra convocó a una conferencia de paz en Buenos Aires a las partes enfrentadas en el Chaco y al Comité Internacional de Mediación. Tuvo allí la oportunidad de poner en práctica el procedimiento de reconciliación previsto en su pacto antibélico y, gracias a su buen hacer, el 12 junio se firmó el Protocolo de Paz. Tres años más tarde se llegó al tratado definitivo, que otorgaba a Paraguay dos tercios del territorio disputado y a Bolivia la parte restante más un puerto sobre el río Paraguay, un afluente de la cuenca del Plata, que le permitió romper el aislamiento mediterráneo en el que había quedado sumida tras la pérdida de su litoral pacífico en la guerra con Chile de 1884.

Ambos logros supusieron sendos éxitos para Saavedra y una derrota momentánea para la diplomacia estadounidense en la pugna por el liderazgo moral en América Latina; una pugna que no acabaría allí sino que recrudecería una década más tarde, en el enfrentamiento desembozado entre la Casa Blanca y el entonces presidente argentino, Juan Perón, el principal oponente a su hegemonía.



Con Cordell Hull, secretario de Estado de EE.UU.



Lamas fue nominado al Nobel de la Paz por un diplomático noruego, con el aval del embajador de ese país escandinavo en Buenos Aires, y Estados Unidos no se opuso. En 1936, se le concedió el galardón “por su rol como ‘padre’ del pacto antibélico de 1933, que también utilizó como un instrumento para mediar entre Paraguay y Bolivia en 1935”, siendo el primer latinoamericano en recibir un Nobel. Se le entregó al año siguiente en su domicilio porteño en una sencilla ceremonia privada (las malas lenguas dicen que los celos del presidente Justo vetaron un acto oficial).

El pacto de 1933 y su eficaz aplicación en 1935 marcaron un punto álgido de la diplomacia latinoamericana, a la altura de la Doctrina Drago anunciada en 1902 por el canciller argentino Luis María Drago. La misma estipulaba que ningún país puede obligar por la fuerza a un estado americano al pago de una deuda financiera, oponiéndose frontalmente a la “diplomacia de las cañoneras” practicada por las grandes potencias. Entre ambos principios jurídicos se observa una clara línea de continuidad: la idea-fuerza de que la paz y la soberanía nacional van unidas.

Cumplido su mandato ministerial, Saavedra renunció a la función pública y se dedicó a la docencia, primero como rector de la Universidad de Buenos Aires y después como catedrático de Derecho. Falleció el 5 de mayo de 1959, y fue sepultado en el gran mausoleo de su familia sito en el cementerio porteño de La Recoleta. El pacto que lleva su nombre no



Imagen de la guerra del Chaco





Discurso de inauguración
de la Conferencia
Internacional del Trabajo de
1929, que presidió Saavedra
Lamas

resistió el paso del tiempo; algunos países firmantes se enfrentaron en años posteriores: Ecuador y Perú en 1941; Honduras y el Salvador en 1969 (la “guerra del fútbol”); sin embargo, nadie le negará el mérito de haber asentado en la jurisprudencia internacional principios que luego recogería la Carta Magna de las Naciones Unidas, cuyo artículo primero prohíbe con carácter general el recurso a la guerra.

Esta historia tuvo un epílogo menos distinguido. Se rumoreó que el único hijo de Saavedra, apremiado por las deudas, se deshizo de la medalla Nobel heredada de su padre por una cantidad de dinero no determinada. Lo cierto es que el 27 de marzo de 2014, los herederos del comprador —un coleccionista neoyorquino— la subastaron en la casa Stack’s Bower a un precio de 1.116.250 dólares a un pujador asiático. Era la segunda vez que una medalla del Nobel se vendía al mejor postor. El diploma, por su parte, desapareció sin dejar rastro alguno. **PF ■**

Bernardo Houssay

Premio Nobel de Medicina 1947

Hasta las primeras décadas del siglo XX, un diagnóstico de diabetes suponía una muerte segura. El efecto pernicioso del exceso de glucosa en la sangre era conocido desde la Antigüedad; ya en el siglo II de nuestra era se denominaba diabetes a las enfermedades caracterizadas por las micciones frecuentes; y en el siglo XVII se les añadió el adjetivo “mellitus” (meloso, en latín) en referencia a la orina dulzona de los afectados.

Hubo que esperar hasta finales del siglo XIX para que se registrara un avance en el conocimiento de su etiología. En 1889, los alemanes Joseph Von Mering y Oskar Minkosky descubrieron que si extraían el páncreas a los perros de laboratorio estos desarrollaban diabetes. A mediados de los años 20 del siglo XX se especulaba con que un grupo de células pancreáticas, los islotes de Langerhans, segregaban una sustancia que ayudaba a metabolizar los carbohidratos y cuya deficiencia podía tener que ver con la glucemia excesiva. Dos médicos canadienses, Frederik Banting y Char-



BHoussay



Diploma Nobel y ceremonia de entrega del premio. Abajo, sello de correos argentino con su imagen



les Best, verificaron la hipótesis cuando lograron aislar dicha sustancia a partir de páncreas vacunos y la llamaron insulina por su origen en los citados islotes. En 1922, Leonard Thompson, un muchacho de 14 años, se convirtió en el primer diabético tratado con dicho extracto, sus niveles de azúcar en la sangre disminuyeron, y al año siguiente Banting y su colega J. J. R. Mcleoad recibieron por ello el Nobel de Medicina.

Tales logros concitaron el interés de un patólogo experimental de un hospital de Buenos Aires: Bernardo Houssay. Hijo de inmigrantes vasco-franceses, nacido en 1887 en Argentina, había tenido una carrera de niño prodigio: a los 13 años terminó el bachillerato; a los 17 se licenció en farmacia tras costearse los estudios trabajando de mozo de botica; y a los 23 se graduó de médico con mención de honor en la Universidad de Buenos Aires. Su tesis doctoral —la mejor de su promoción—, *Estudios sobre la acción fisiológica de los extractos hipofisarios*, ya indicaba el objeto de estudio al que consagraría su vida: la endocrinología, y en especial la hipófisis o pituitaria, una glándula del tamaño de un guisante ubicada en el hipotálamo. Con tal cúmulo de experiencia no le costó ganar la oposición a catedrático en Fisiología de la Facultad de Veterinaria, con 25 años.

En su práctica clínica, Houssay observó que los enfermos de acromegalia o gigantismo —el desarrollo excesivo de ciertas partes del cuerpo— tienen una hipófisis hiperactiva; igual les ocurría a los pacientes de diabetes *mellitus*. Ambas asociaciones captaron su atención y se planteó el reto de dilucidar su relación con la hipófisis.



Con un grupo de investigadores durante una reunión en 1937

Inició una serie de experimentos con perros diabéticos, a los que extirpó distintas porciones de dicha glándula. Observó que si les quitaba el lóbulo anterior (adenohipófisis), se volvían más sensibles a la insulina y mejoraban de su diabetes; a la inversa, si inyectaba un extracto de dicho lóbulo a animales sanos, estos desarrollaban hiperglucemia. La conclusión era obvia: la adenohipófisis ejercía sobre el metabolismo de los hidratos de carbono un efecto opuesto al de la insulina. De ahí se seguía que, si la relación entre la pituitaria y el páncreas regulaba los niveles de glucosa, entonces el control de la diabetes pasaría por el manejo de las hormonas secretadas por ambos órganos.

Se trataba de hallazgos de enorme importancia, puesto que hasta entonces se ignoraba prácticamente todo acerca de la acción de las glándulas y sus hormonas.

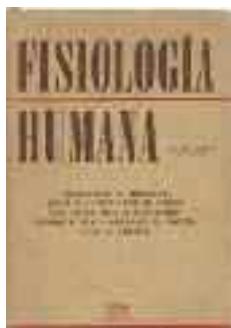
Otra de sus contribuciones fue demostrar el rol de la hipófisis en la producción de la hormona del crecimiento. “Cuando a un perro le sacaba la hipófisis, el animal no crecía”, explica Alejandro De Nicola, uno de sus discípulos. “Cuando le administraba un extracto de hipófisis, volvía a crecer”. Este hallazgo condujo a que se aplicase a los seres humanos



hormona del crecimiento extraída de hipófisis cadavérica, logrando estimular su desarrollo físico. “Posteriormente se produjo una hormona de crecimiento recombinante”, apunta De Nicola. “Con esta hicieron crecer unos ocho centímetros al futbolista Lionel Messi”.

Sus méritos científicos no blindaron a Houssay frente a los avatares de la política. En 1943 fue expulsado de la universidad por no comulgar con el nazismo defendido por la dictadura militar recientemente instaurada. Pese a los ofrecimientos de instituciones extranjeras, decidió permanecer en su patria y continuó sus pesquisas en un centro privado de su creación, el Instituto de Biología y Medicina Experimental (IBYME). En 1945, publicó su *Fisiología Humana*, un libro de estudio indispensable para todos los estudiantes de medicina en Argentina y, tras ser traducido al inglés, de todo el mundo.

Aquel mismo año, el retorno de la democracia a Argentina le devolvió a su cátedra, pero enseguida el presidente electo, Juan Domingo Perón,

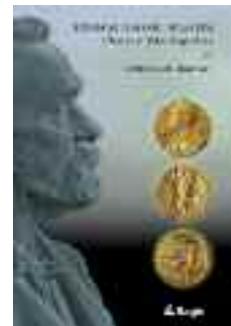


Con el presidente Kennedy y otros científicos en la Casa Blanca



volvió a expulsarlo de los claustros por no comulgar con su doctrina. Y como ya había ocurrido antes, Houssay prosiguió sus trabajos en el IBYME. En 1947, compartió el Nobel de Medicina con el matrimonio Cori-Radnit, los estadounidenses que habían dilucidado cómo se metaboliza la glucosa y las hormonas que intervienen en ese proceso. La Academia Karoliniska justificó la decisión de premiar a Houssay en “su trabajo acerca del papel desempeñado por la hormona del lóbulo anterior de la hipófisis en el metabolismo del azúcar. Su descubrimiento cambió para siempre la forma de luchar contra la diabetes”. La prensa oficialista, que se desgañitaba ensalzando los triunfos automovilísticos de Juan Manuel Fangio, apenas dedicó un par de líneas a la concesión del máximo galardón científico a uno de sus ciudadanos.

Houssay fue nuevamente restituido a sus cargos universitarios en 1955, después del golpe militar que depuso a Perón. En los años siguientes,



Discurso en la Universidad de Buenos Aires





Bernardo Houssay con su microscopio y durante la inauguración del Instituto Nacional de Limnología de Santa Fe



simultaneó sus investigaciones endocrinológicas con la formación de decenas de discípulos, entre los que descollaba su doctorando Federico Leloir, cuyas pesquisas sobre las glándulas suprarrenales y el metabolismo de los hidratos de carbono le depararían el Nobel de Medicina en 1970.

A esas alturas, Houssay ya era considerado la mayor autoridad mundial en glándulas endocrinas, especialmente en la hipófisis. En 1958, el gobierno argentino creó el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), el centro nacional de investigación similar al CSIC español o al CNRS francés, del cual fue su primer presidente. Las tareas de gestión no le impidieron seguir investigando; y tuvo tiempo incluso para estudiar los venenos de las serpientes y organizar la Red Nacional de Distribución Gratuita de sueros antiofídicos.

Falleció en su ciudad natal en 1971, a los 84 años de edad, dejando una obra compuesta por más de 800 *papers*, libros y artículos de divulgación que tocaban desde la endocrinología a la nutrición, pasando por la pedagogía médica. En su homenaje, el 10 de abril, la fecha de su nacimiento, fue declarado en Argentina el Día del Investigador Científico. Como le cuadra, el espacio público situado enfrente de las facultades de Medicina y el Hospital de Clínicas José de San Martín, y la Facultad de Farmacia y Bioquímicas se llama desde 1975 Plaza Doctor Bernardo H. Houssay.

Antonio Egas Moniz

Premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1949

Nacido Antonio Caetano de Abreu Freire en Avanca, al norte de Coimbra, el 29 de noviembre de 1874, adquirió después el nombre de Antonio Egas Moniz. Aunque centró su carrera profesional en la medicina, concretamente en el estudio del cerebro, la vida de Egas Moniz estuvo también marcada por la política. Licenciado en medicina por la Universidad de Coimbra, amplía su formación en el extranjero y viaja a Burdeos y París para estudiar neurología y psiquiatría. En 1902 vuelve a Coimbra, donde se convierte en profesor en su universidad de formación y se casa con Elvira de Macedo Dias. Un año después, Egas Moiz entra en política y se convierte en diputado del parlamento portugués por el Partido Progresista. En 1911 se traslada al Instituto de Neurología de la Universidad de Lisboa y trabaja durante un tiempo como médico en el Hospital de Santa María. Compaginando sus dos ocupaciones, la medicina y la política, en 1917 se traslada a Madrid tras ser nombrado embajador de Portugal en España. Poco después se convierte en ministro de Asuntos Exteriores y viaja a París para presidir la delegación portuguesa en la Conferencia de Paz de París de 1918, que puso fin a la Primera Guerra Mundial.

En el área de la medicina, el principal interés de Egas Moniz fue sin duda el estudio del cerebro, todavía hoy en parte desconocido, pero en los principios del siglo XX, completamente envuelto en las tinieblas del misterio. En los años 20, Egas Moniz consiguió hacer posibles las primeras angiografías cerebrales: la revelación mediante el uso de rayos X del transcurso de los vasos sanguíneos cerebrales. Estos ríos de sangre se hacían visibles en su viaje por el cerebro mediante la inyección de un contraste, un colorante yodado, opaco al paso de esta radiación, de forma que permitía diagnosticar alteraciones vasculares como





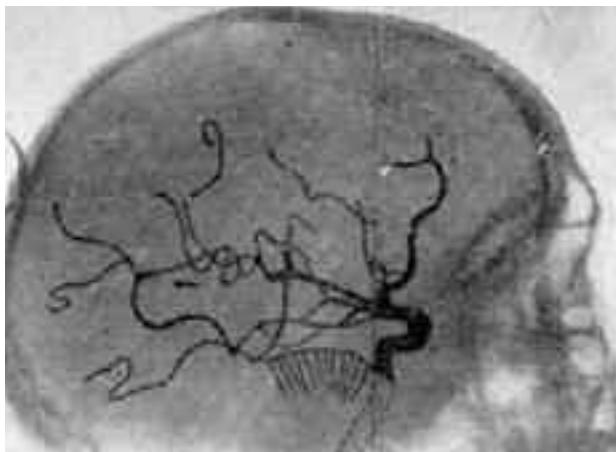
Arriba, diploma Nobel y entrega del premio. Abajo sello de correos emitido en su honor



coágulos, problemas estructurales y tumores. Esta invención aportó al médico portugués un prestigio internacional que apuntaló sus posteriores investigaciones.

En 1936, Egas Moniz introdujo por primera vez una operación quirúrgica que llamó leucotomía prefrontal (del griego *leukos*, blanco) para mitigar los síntomas de enfermedades mentales graves como las psicosis crónicas. La operación consistía en realizar incisiones que destruían las conexiones entre la región prefrontal del cerebro, la materia blanca, y el resto de zonas cerebrales. Tras un periodo inicial, la técnica de la leucotomía, que después recibió el nombre de lobotomía, llegó a utilizarse especialmente en el tratamiento de la esquizofrenia.

Como explica Bengt Jansson, profesor de psiquiatría en el Karolinska Institutet de Suecia y miembro de la Asamblea del Nobel de Medicina entre 1976 y 1997, en su artículo *Controversial Psychosurgery Resulted in a Nobel Prize*: “En aquella época no existía ningún tratamiento eficaz para la esquizofrenia, y la leucotomía consiguió al menos hacer más soportable la vida de los pacientes y su entorno. El tratamiento se hizo bastante popular en muchos países del mundo y Moniz recibió el Premio Nobel en 1949. Sin embargo, para entonces el tratamiento había tenido ya su periodo de mayor éxito. En 1952 se introdujo el primer fármaco con efecto definitivo sobre la esquizofrenia, la clorpromazina, nuestro primer fármaco neuroléptico. Desde aproximadamente 1960, la lobotomía, con una técnica muy modificada (incisiones más discretas), se ha utilizado sólo



cuando hay indicaciones muy especiales, como en la ansiedad severa, y los síndromes compulsivos que han demostrado ser resistentes a otras formas de terapia. En Suecia se realizan actualmente unas cinco operaciones al año. Sin embargo, no veo ningún motivo de indignación por lo que se hizo en los años 40, ya que en aquella época ¡no había otras alternativas!».

Para dar una idea del éxito de la técnica, según Jansson, hasta agosto de 1949, trece años después de las primeras operaciones de Egas Moniz, se practicaron en Estados Unidos aproximadamente 10.000 lobotomías. Ese año, el portugués, que ya había sido propuesto en varias ocasiones, obtuvo el premio Nobel de Fisiología o Medicina, que se dividió a partes iguales entre Walter Rudolf Hess, fisiólogo suizo, y él, «por su descubrimiento del valor terapéutico de la leucotomía en ciertas psicosis».

La cirugía cerebral se había probado en algunos casos psiquiátricos ya en 1891 y 1910, especialmente en pacientes con psicosis maníaco-depresiva. Estos ensayos no llamaron mucho la atención, pero en un congreso de neurología celebrado en Londres en 1935, en el que participó Egas Moniz, Jacobsen y Fulton presentaron datos de operaciones en dos chimpancés que, tras una leucotomía, consiguieron cometer errores sin volverse agresivos, algo que no habían conseguido antes. Muchos consideran que esta información instigó el «paso audaz» de Moniz en

Izquierda, primera angiografía cerebral, realizada en Brasil por Egas y B. Filho. Derecha, Egas en la Facultad de Medicina de la Universidad de Lisboa

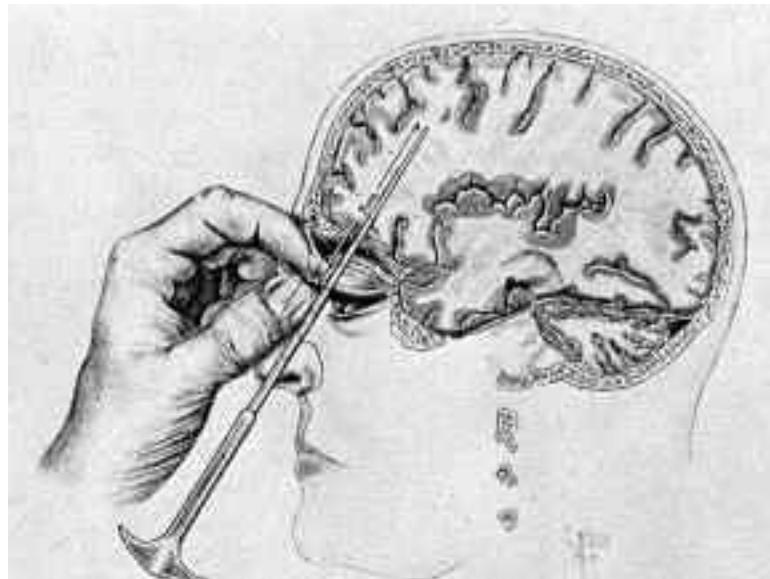


noviembre de 1935. En 1936 Moniz publicó su primer informe sobre la leucotomía prefrontal. Sus primeros veinte casos sobrevivieron todos y no desarrollaron ninguna morbilidad grave y la leucotomía alcanzó rápidamente una buena reputación.

En sus siguientes operaciones, Egas Moniz fue perfeccionando e incluso inventando el instrumental que necesitaba. En colaboración con el neurocirujano Almeida Lima, primero inyectó alcohol como agente esclerosante en la materia blanca de los lóbulos frontales, y después diseñó un «leucotomo», un instrumento con un bucle de alambre retráctil, posteriormente sustituido por una banda de acero, que utilizó para cortar seis núcleos en la sustancia blanca de cada hemisferio. “En veinte pacientes de una primera serie, y en dieciocho de una segunda, los resultados fueron considerados bastante aceptables por Moniz en 1937, aunque concluyó que los pacientes deteriorados no se beneficiaban mucho de la operación. De los dieciocho pacientes del segundo grupo (todos esquizofrénicos), tres se caracterizaron como casi curados y otros dos también habían mejorado mucho”, explica Bengt Jansson.

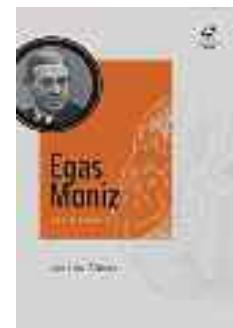


Ilustración sobre el proceso de lobotomía de Egas



La conclusión de Egas Moniz fue clara: «La leucotomía prefrontal es una operación sencilla, siempre segura, que puede resultar un tratamiento quirúrgico eficaz en ciertos casos de trastorno mental». El portugués creía firmemente que los beneficios potenciales de las lesiones quirúrgicas en los lóbulos frontales, incluso permitiendo cierto deterioro del comportamiento y la personalidad que ya empezaba a observarse, superaban los efectos debilitantes de la enfermedad psiquiátrica grave, de forma que la operación se extendió durante las décadas de 1940 y 1950. Entre los que siguieron el ejemplo de Egas Moniz, los más destacados fueron los neurólogos y neurocirujanos estadounidenses Walter Freeman y James Watts, que perfeccionaron la técnica enormemente. A partir de 1954 el número de operaciones en pacientes esquizofrénicos disminuyó drásticamente, con el desarrollo de los medicamentos para el tratamiento de las enfermedades mentales.

Sobre la efectividad de la operación, Jansson relata un estudio de todos los pacientes sometidos a leucotomía en Inglaterra y Gales. Entre 1942 y 1954 (Tooth *et al* 1961) documentó 10.365 operaciones de leucotomía



Casa do Marinheiro, donde nació y vivió. Actualmente alberga la Casa-Museo Egas Moniz



Edificio de la Facultad de Medicina de la Universidad de Lisboa, que lleva el nombre del neurólogo portugués y billete de 10.000 escudos con su efigie

simple. Otros 762 pacientes se sometieron a más de una operación. Un estudio de seguimiento que abarcó a 9.284 de los pacientes mencionados mostró que el 41 % se había recuperado o había mejorado mucho, mientras que el 28 % había mejorado mínimamente, el 25 % no mostraba ningún cambio, el 2 % había empeorado y el 4 % había muerto. No es de extrañar que los pacientes con un trastorno afectivo mostraran el mejor pronóstico, con un 63 % de recuperación, frente al 30 % de los pacientes esquizofrénicos.

En 1939, el médico portugués recibió un disparo en la pierna de un paciente y tuvo que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Además tenía graves problemas de artrosis en una mano y en muchas ocasiones no operaba directamente, sino que daba las indicaciones. Murió el 13 de diciembre de 1955 en su ciudad de adopción, Lisboa. **EA ■**

Juan Ramón Jiménez

Premio Nobel de Literatura 195

Nacido en Huelva en 1881 y muerto en Puerto Rico en 1958, Juan Ramón Jiménez quiso ser la poesía hecha carne. Incluso su prosa, a la que llamaba versiprosa, reflejaba ese anhelo perpetuo, como muestra su obra más conocida, *Platero y yo*. Buen alumno, estudió en Huelva y terminó el bachillerato interno en el colegio de San Luis Gonzaga, de El Puerto de Santa María. Su padre, Víctor Jiménez, riojano, comerciaba con vinos y, tras enviudar de su primera esposa, se casó con Purificación Mantecón, la madre del poeta, quien le enseñó a leer y a la que Juan Ramón idolatró toda su vida. Separado de ella, dejó de ser el niño alegre y risueño y se convirtió en “una persona retraída y reacia a los modelos religiosos que se le imponen”, según su biógrafo Javier Blasco Pascual.

Terminado el bachillerato, se mudó a Sevilla en 1896 con el ánimo de ser pintor, integrándose en el taller de Salvador Clemente, pero descubrió que su auténtica vocación era la literatura y escribió sus primeros poemas y prosas, algunos de los cuales consiguió publicar en revistas de Madrid y Barcelona. Por imposición de su padre, se matricula en Derecho, pero lo abandona en 1899 y un año después se traslada a Madrid, donde publica sus dos primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, en tránsito del romanticismo al modernismo, por influencia de Rubén Darío, al que calificó como “el primer rey de mi vida”.

En Madrid alternó con los poetas y escritores bohemios de la época, como Valle-Inclán, Benavente, Azorín y Baroja. En 1900, muy afectado por la muerte de su padre, rompe los poemarios en los que trabaja y sufre una crisis de religiosidad. Por consejo de su amigo Luis





Arriba, diploma Nobel y entrega del premio, que recogió su amigo y rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez. Abajo, foto de su boda con Zenobia, en Nueva York, 1916



Simarro, célebre neurólogo, viaja en 1901 con su amigo Federico Molina a reposar en la Maison de la Santé, un sanatorio para enfermos mentales situado en Castel d'Andorte, cerca de Burdeos. Allí se familiariza con los poetas franceses Baudelaire, Gautier y Verlaine (al que tradujo), entre otros, y se ve influenciado por el simbolismo de forma perdurable.

Regresó a Madrid para ingresar en el Sanatorio de El Rosario, bajo la atenta mirada de Simarro, donde vivió a distancia del mundo literario y cultivando una cierta imagen de poeta melancólico y sensible que no le abandonó nunca. Permaneció allí hasta 1903, terminando su libro *Rimas* y preparando *Arias tristes* y *Jardines lejanos*. En su habitación, los domingos por la tarde hacían tertulia Valle-Inclán, los hermanos Machado, Benavente, Pérez de Ayala y otros literatos. *Rimas* y, sobre todo, *Arias tristes* se convirtieron en notables éxitos de crítica, lo que le colocó en el centro de la renovación poética. Termina entonces *Jardines lejanos* y trabaja en diversos proyectos editoriales y de teatro, fundamentalmente en la revista *Helios*.

En 1903 se fue a vivir a casa de Simarro, que acababa de enviudar. Allí frecuentó a personas próximas, como él mismo, a los ideales del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza, como el neurólogo Nicolás Achúcarro, José María Cossío, Joaquín Sorolla y Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución. “En el *Compendio de estética* o en el *Ideal de humanidad para la vida*, de Krause, traducido por Giner de los Ríos, Juan Ramón encuentra la base conceptual sobre la que construirá su idea de

una salvación y un perfeccionamiento espirituales a través del arte y de la belleza”, dice Blasco Pascual.

En 1906 se instala en su pueblo natal, Moguer, ante la crisis que sufre la empresa familiar. En Huelva su poesía regresa a los ambientes campestres. De esa época son sus poemarios *Pastorales*, *Olvidanzas*, *Las hojas verdes* y *Baladas de primavera*, y allí se empieza a gestar *Platero y yo*, precisamente por el medio de locomoción con el que iba desde el pueblo hasta su finca. Es una época de gran producción literaria, tanto de poesía —diez poemarios entre 1908 y 1913— como de obras destinadas a las revistas de los amigos. Y en Moguer, Joaquín Sorolla pinta su famoso retrato del poeta.

Declarada en quiebra la empresa, en 1913 regresa a Madrid. En una de las pensiones donde se aloja conoce a Zenobia Camprubí, la mujer de su vida y a la que el poeta debe una parte importante de lo llegó a ser. Se trasladó entonces a la Residencia de Estudiantes, el pensionado convertido en centro cultural clave de la época (célebre por acoger a Lorca, Buñuel y Dalí), donde dirigió las publicaciones y la biblioteca junto a su director, Alberto Jiménez Fraud.

Al poeta le costó convencer a Camprubí de su amor, pero cuando consiguió enamorarla, sus padres se la llevaron a Nueva York, en diciembre de 2015, para alejarla de Juan Ramón. Él la siguió, llegó el 12 de febrero y el 2 de marzo de casaron. Camprubí había vivido de joven en Washington, Boston y Nueva York y había estudiado literatura inglesa en la Universidad de Columbia. Tras el viaje conjunto por tierras estadounidenses, que duró tres meses y del que surgió el libro *Diario de un poeta recién casado*, regresaron a Madrid, donde comenzó una etapa de gran



Zenobia (a la derecha) con sus padres, hermanos y una sirvienta





Zenobia Camprubí

producción. En 1918 publicó la edición definitiva de *Platero y yo*—retocaba mucho sus obras, incluso después de haber sido publicadas— y también son de esos años *Estío*, *Sonetos Espirituales*, *Poesías escogidas*—nunca usaba la letra ge sino solo la jota—, *Eternidades* y *Piedra y cielo*. Además, Zenobia Camprubí tradujo aquellos años la poesía de Rabindranath Tagore haciendo “la traducción literal de la versión inglesa, y Juan Ramón le da la forma definitiva”, según Blasco Pascual y otros autores.

En la década de los años 20 publica libros de gran influencia—*Segunda antología*, *Belleza y Poesía*— y ejerce de patriarca de los nuevos poetas que conformarán la generación del 27, a quienes dedica tiempo y ayuda a impulsar sus proyectos en revistas y editoriales. De él dijo Rafael Alberti: “Era para nosotros, más aún que Antonio Machado, el hombre que había elevado a religión la poesía, viviendo exclusivamente por y para ella, alucinándonos con su ejemplo”.

A partir de 1930 comienza a revisar su obra de arriba abajo, con el ánimo de depurarla y encontrar los hilos precisos de su íntimo discurso. Y, al mismo tiempo, empieza a declinar el favor de los jóvenes que antes



SALA ZENOBIA Y JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, RECINTO DE RÍO PEDRAS

le aupaban y que ahora empiezan a convertirse en críticos, o incluso desdénosos, acusándole de vivir en una torre de marfil. La salida de la revista *Caballo verde para lo poesía*, aparecida el 1 de octubre de 1935 e inspirada por Pablo Neruda, es la gota que colma el vaso, sobre todo con el artículo fundacional, titulado *Contra una poesía sin pureza*. Es, sin duda, un golpe claro y directo contra Juan Ramón y lo juanrramoniano.

Fiel a la República, vivió los primeros meses de la guerra civil en Madrid, pero en agosto le pidió al presidente, Manuel Azaña, un salvoconducto que permitió a la pareja marcharse a Puerto Rico. Allí desplegaron ambos una intensa actividad para ayudar a la República, aunque sin mucho éxito. Vivió en Puerto Rico, en Cuba y en diversos lugares de Estados Unidos, sobreviviendo con conferencias y traducciones, aunque con estrecheces económicas.

Pero su producción literaria no se detuvo, con nuevos proyectos y empeñado en una edición definitiva de sus obras. Camprubí consiguió ser con-

MUSEO CASA NATAL DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



A la izquierda, una de las salas de la casa natal de Juan Ramón, en Moguer (Huelva), hoy convertida en un museo. Abajo. Zenobia Camprubí



SALA ZENOBIA Y JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, PUERTO RICO



Juan Ramón Jiménez junto a su mujer, Zenobia Camprubí



tratada como profesora en la Universidad de Maryland, en Washington y, poco después, él obtuvo también allí un contrato. En 1946 pudieron comprar una casa cerca de la Universidad, en Riverdale, donde vivieron hasta 1951. Antes, en 1948, hicieron un viaje a Argentina y Uruguay en el que

Juan Ramón fue recibido con entusiasmo y vitoreado como nunca antes.

En 1951 se trasladaron de nuevo a Puerto Rico, en cuya universidad encontraron acomodo, pero a Zenobia se le diagnosticó un cáncer del que se operó y del que aparentemente se había repuesto, pero del que murió cinco años después, el 28 de octubre de 1956, tres días después de que al poeta le dieran la noticia de que había ganado el premio Nobel por “el lirismo de su poesía, que constituye un ejemplo de alto espíritu y pureza artística en español”. Su desfallecimiento por la muerte de Zenobia le impidió ir a recogerlo.

En 1957 se publicó la *Tercera antología poética*, en la que había trabajado junto a Zenobia, pero su estado de abatimiento era total y hubo de ser ingresado en un hospital psiquiátrico del que solo quería salir para ir a visitar la tumba de su esposa. En 1958 experimentó una leve mejoría, pero en febrero, tras una caída, se fracturó la cadera y poco después, el 28 de mayo, murió. Ambos, Juan Ramón y Zenobia, reposan desde junio de ese mismo año en el cementerio de Moguer.

Severo Ochoa de Albornoz

Premio Nobel de Medicina 1959

A finales del siglo XIX la investigación sobre el funcionamiento del organismo había transitado del estudio de los tejidos, la histología, a la biología celular. Santiago Ramón y Cajal es un buen ejemplo de aquella transición que pasó de la morfología —la explicación de las formas, como el descubrimiento y la descripción de las neuronas— a la fisiología, para entender los procesos biológicos. El siglo XX persiguió enfocar cada vez más a los mecanismos subyacentes y así surgieron la bioquímica y, más tarde, la biología molecular. Severo Ochoa vivió en primera persona esa evolución: empezó trabajando en el estudio del funcionamiento de los músculos, pasó a la investigación de las enzimas y terminó participando de forma notable en el descubrimiento del código genético.

Severo José Gerardo Ochoa de Albornoz nació en Luarca, Asturias, el 24 de septiembre de 1905. Cuando tenía siete años murió su padre, Severo Ochoa Pérez, abogado e industrial, y debido a los problemas de salud de su madre, Carmen de Albornoz Liminiana, desde 1912 pasó los inviernos en Málaga, donde estudió el bachillerato. Aficionado a la lectura, la fotografía y los automóviles, su pasión por la ciencia se debió en buena parte a la influencia de su profesor de química, Eduardo García Rodeja.

Tras un año dedicado a estudiar ingeniería, inició sus estudios de Medicina en la Universidad Central de Madrid en 1923, el mismo año en que se jubiló Ramón y Cajal. Su expediente académico fue brillante, aunque suspendió dos asignaturas: oftalmología y pediatría. Pero su intención no era la práctica médica sino la investigación biológica; por eso, apenas dos años después, en 1925, inició su actividad científica en el laboratorio dirigido por Juan Negrín

Severo Ochoa



LEGADO DEL DR. SEVERO OCHOA. FUNDACIÓN BANCAJA



Arriba, diploma Nobel y entrega del premio. Abajo, bailando con Carmen durante la gala



LEGADO DEL DR. SEVERO OCHOA, FUNDACION BANCAYA

en la Residencia de Estudiantes, donde vivió entre 1927 y 1931, en la llamada edad de plata de la cultura y la ciencia de España, junto con Lorca, Dalí y Buñuel, entre otros.

Aquel 1931, año de proclamación de la II República española, fue especial para Ochoa: fue nombrado ayudante de laboratorio y se casó con Carmen García Cobián, el 8 de julio. En la Residencia trabajó su tesis doctoral, sobre “Los hidratos de carbono en los fenómenos químico y energético de la contracción muscular”, que leyó en 1934. Durante aquellos años comenzó a publicar trabajos en revistas científicas internacionales, a participar en congresos internacionales y a pasar temporadas en otros laboratorios: Glasgow (1927), Alemania, con Otto Meyerhof, su maestro más importante, (1928, 1929-33) y Estados Unidos (1929).

Al empezar la guerra civil española, Ochoa decidió abandonar el país para continuar su trabajo científico. Negrín, ministro de la República, le consiguió un salvoconducto con el que consiguió llegar a Heidelberg, Alemania, para trabajar nuevamente con Meyerhof, quien le introdujo en la bioquímica, una nueva forma de encarar el estudio de los organismos a través de los procesos físico-químicos que ocurren en sus células. Las circunstancias políticas de aquellos años le llevan de Alemania a Plymouth, Inglaterra, en julio de 1937. Allí estudia la bioquímica de los músculos de la langosta, cuyas colas, dada la penuria económica, comía diariamente. Carmen le ayudaba en el laboratorio y juntos publicaron un trabajo en *Nature*. Después, en Oxford, estudia el



Carmen y Severo en 1931,
antes de su boda



papel de la vitamina B₁ (tiamina) en los procesos energéticos cerebrales, utilizando cerebros de paloma.

La II Guerra Mundial les llevó a emigrar a América. En septiembre de 1940 llegan a San Luis (Missouri), y Ochoa empieza a trabajar con Carl y Gerty Cori, cuyo trabajo en la bioquímica de los carbohidratos fue premiado con el Nobel de Medicina de 1947, junto con Bernardo Hussay, a quien Ochoa admiraba desde sus tiempos de Madrid, y que más tarde propondría la candidatura del propio Ochoa a este galardón. La Universidad de Nueva York le ofreció en 1942 una plaza como investigador asociado y cuatro años después fue nombrado director del departamento de Farmacología. Durante todos estos años siguió investigando en el proceso energético celular y contribuyó a explicar algunos de los pasos del ciclo de Krebs, que describe dicho proceso.

Ochoa encontró en EE.UU. el caldo de cultivo idóneo para su trabajo. Allí realizó sus principales investigaciones y pasó 45 años de su vida. Perfectamente adaptados al estilo de vida americano, y agradecidos por la acogida que encontraron en este país, en 1955 él y su mujer adquirieron la nacionalidad estadounidense que ya nunca abandonarían. En Nueva York, centro cultural del mundo por entonces, visitaban exposiciones,



Severo Ochoa en su laboratorio de la empresa Roche, en Nueva York, en 1984

acudían a conciertos (estuvieron 30 años abonados al Metropolitan Opera y aseguraban que no se perdieron un solo concierto de música de cámara) y cenaban fuera de casa todas las noches. Eran también aficionados a los viajes y la actividad de Ochoa les permitió conocer numerosos países de todo el mundo.

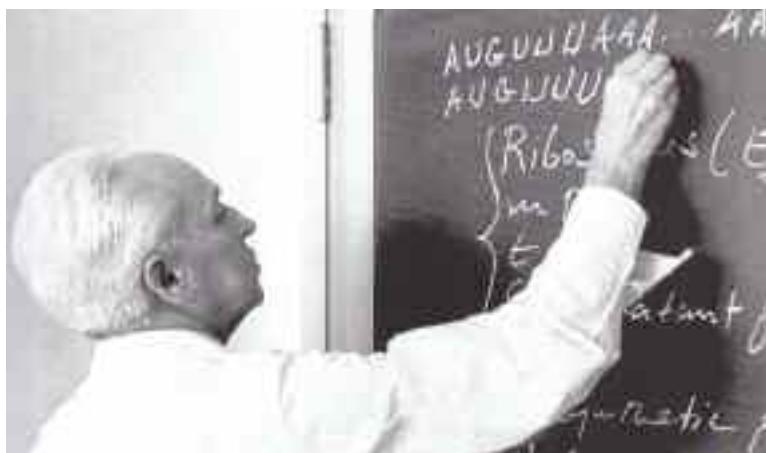
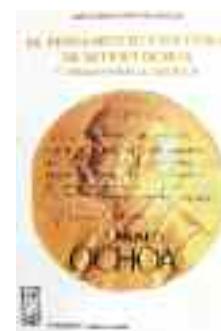
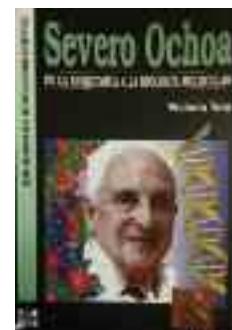
Durante esos años cincuenta, Ochoa continuó sus investigaciones sobre enzimas y casi sin darse cuenta penetró en un nuevo campo científico, el de la biología molecular. Trabajando con la enzima polinucleótido fosforilasa descubrió que era capaz de sintetizar un ácido nucleico, el ARN, in vitro; un hallazgo revolucionario que fue el principal mérito por el que recibiría el premio Nobel de Medicina en 1959. Esta enzima le llevó posteriormente a abrir el camino al descifrado del código genético, el mecanismo por el que la información contenida en el ADN (ácido desoxirribonucleico) se traduce en proteínas a través del ARN (ácido ribonucleico). En la síntesis de proteínas centró su trabajo a partir de los años sesenta. En la Universidad de Nueva York permaneció hasta su jubilación, en 1974, aunque prosiguió sus investigaciones durante diez años más en la misma ciudad, en los laboratorios de la empresa Roche.



LEGADO DEL DR. SEVERO OCHOA, FUNDACIÓN BANCAJA

En 1985 el matrimonio Ochoa se trasladó definitivamente a España, aunque desde muchos años antes el científico visitaba su país de origen con regularidad. Desde que, en 1945, Ochoa recibió a su primer alumno español, Santiago Grisolia, se convirtió en embajador de la ciencia española y en receptor de jóvenes investigadores a los que ayudaba a encontrar un lugar de trabajo en EE.UU. Desde la concesión del premio Nobel utilizó su prestigio para apoyar y estimular el desarrollo de la nascente comunidad de bioquímicos en nuestro país. Alberto Sols, que también había trabajado en EE.UU. con los Cori, fue el nexo de unión y principal impulsor de la internacionalización de la bioquímica en España. Ochoa le apoyó en todo momento, colaborando en la organización de reuniones en España, en la creación de la Sociedad Española de Bioquímica y, posteriormente, en la puesta en marcha del Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, un instituto mixto de la Universidad Autónoma de Madrid y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, considerado uno de los laboratorios de investigación más importantes de España.

Con su regreso definitivo a España, en 1986, Ochoa se convirtió en portavoz de quienes abogaban por una sustancial mejora de los medios puestos a disposición de la comunidad científica española. Desde su incuestionable autoridad intelectual contribuyó así a estimular la producción científica de calidad. No dudaba en expresar públicamente sus





A la izquierda, con su esposa Carmen. A la derecha, monumento dedicado a Ochoa en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid



opiniones para que fueran un acicate, y así lo hizo cada vez que lo consideró necesario, encontrando tiempo entre homenaje y homenaje para hacer oír su voz. Su preocupación por la ciencia española, que ya se había manifestado desde sus años de estudiante, fue notoria también en el ocaso de su vida.

El fallecimiento de su mujer, apenas un año después de su regreso, sumió a Ochoa en una profunda depresión que ya no desapareció durante el resto de su vida. En todos estos años mantuvo un despacho en el Centro de Biología Molecular que lleva su nombre, donde acudía cada mañana. Su principal actividad consistía en dar conferencias, asistir a congresos, conceder entrevistas y ejercer de conciencia crítica de la situación de la ciencia en España. Además del Premio Nobel, a lo largo de su carrera científica Ochoa recibió un gran número de galardones como reconocimiento a sus contribuciones a la biología en general y a la fisiología, la bioquímica y la biología molecular en particular. Se trata probablemente del científico español más laureado de la historia. Su legado incluye 106 medallas y 154 diplomas. Fue también objeto de los más variados y pintorescos homenajes por toda España y ocasionalmente en el extranjero. El 1 de noviembre de 1993 falleció en Madrid y fue enterrado junto a su esposa en su localidad natal, Luarca.

IFB ■

Peter Medawar

Premio Nobel de Medicina 1960

Nacido el 18 de febrero de 1915 en Petrópolis, una ciudad a 68 kilómetros de Río de Janeiro (Brasil), Peter Brian Medawar, hijo pequeño de un libanés y una británica, obtuvo el premio Nobel en 1960 por su descripción de los mecanismos que estimulan el rechazo del cuerpo a órganos y tejidos ajenos, por lo que se le considera el padre de los trasplantes. Zoólogo y biólogo, hizo notables incursiones en el campo de la filosofía, además de ser traductor, ensayista y un excelente divulgador científico. Obtuvo, además del Nobel, muchísimos reconocimientos en su vida, incluido el de Caballero del Imperio Británico, en 1965. Murió en 1987, a los 72 años, en Londres.

Nicholas Agnatius Medawar, padre de Peter, fue un emigrante libanés nacido en Joünie, que viajó a Londres en los primeros años del siglo XX “en busca de fortuna” y se casó con la hija mayor de sus caseros, Muriel Dowlings. Más tarde, como representante de una fábrica británica de productos dentales, se instaló con su familia en Río de Janeiro. En su autobiografía *Memoir of a thinking radish* (*Historia de un rábano pensante*, edición española de FCE, México, 1990), Peter recuerda su vida de playas y sol de Brasil en la segunda década del siglo, escuchando ópera en un viejo gramófono, disfrutando de la gastronomía local —arroz, *feijão* (alubias) y *farofa* (harina de mandioca)—, cuidado por una prima que hacía de canguro y rodeado de los empleados locales.

Vivió en Brasil hasta 1928, cuando, con 13 años, empezó sus estudios en el Marlborough College, un colegio inglés de élite, donde se integró perfectamente y comenzó a destacar por su inteligencia. Un buen profesor de biología en este colegio, recordaba más tarde, le decidió a inclinar sus estudios a las ciencias.

PB Medawar





Arriba, diploma Nobel y Peter Medawar (segundo por la izquierda) con otros premiados durante la ceremonia. Abajo, placa conmemorativa en la casa donde vivió, en Downshire Hill, Londres



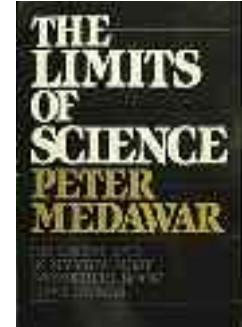
Mantuvo la noble nacionalidad brasileña y británica hasta que, a los 18 años, en 1933, fue reclamado para hacer el servicio militar en Brasil. Pidió una exención para no interrumpir sus estudios de biología, pero al no obtenerla renunció a la nacionalidad brasileña.

En 1932 comenzó sus estudios de biología en el Magdalen College, en Oxford, graduándose en 1935 con premio de licenciatura. Allí fue alumno de C.S. Lewis, el autor de las *Crónicas de Narnia*, quien hacía una excepción para no incluir al gramófono entre los “motores de la conspiración mundial de la ciencia y la tecnología contra los valores humanos”. Gran aficionado a la música, Medawar escuchaba ópera y música clásica y, en sus memorias, recordaba especialmente de aquellos años las sinfonías de Sibelius, que acababa de conocer.

Permaneció en el Magdalen hasta 1947, primero como estudiante, luego como becario, tras un examen, y posteriormente como profesor. En 1941 obtuvo el doctorado, aunque no pudo recoger el título hasta 1947, porque se gastó el dinero en una aparentemente más urgente operación de apendicitis. La tesis con la que se doctoró se tituló *Factores promotores e inhibidores del crecimiento en el desarrollo normal y anormal*. En Oxford había empezado sus investigaciones en patología con Howard Florey—Premio Nobel en 1945 junto a Fleming y Chain por el descubrimiento de la penicilina—, quién le encaminó hacia la inmunología. Junto a John Z. Young, que fue su tutor y que era un emblemático profesor de biología en Oxford, investigó sobre la regeneración nerviosa, lo que permitió, en



Peter Medawar en los años setenta



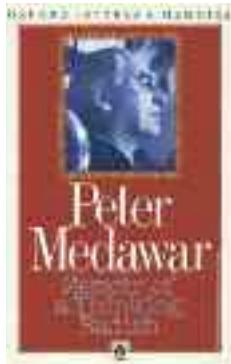
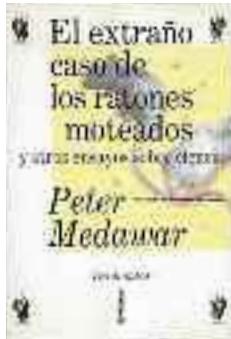
1940, que ambos encontraran una combinación de trombina con fibrinógeno obtenido del plasma, con lo que produjeron el primer *pegamento biológico*, usado en microcirugía vascular y muy utilizada durante la segunda guerra mundial.

En 1947 abandonó Oxford al ser nombrado profesor de zoología en la Universidad de Birmingham, donde permaneció hasta 1951, cuando pasó al University College de Londres, como profesor de zoología y anatomía comparada. En 1962 fue nombrado director del National Institute for Medical Research y, en 1971, jefe de la sección de trasplantes del centro de investigación clínica del Medical Research Council. Más tarde fue profesor de medicina experimental en la Royal Institution entre 1977 y 1983 y, finalmente, presidente de la Royal Postgraduate Medical School, entre 1981 y 1987.

Durante su primer año en la universidad conoció a Jean Taylor, “la mujer más guapa de Oxford”, con la que se casó, pese a la oposición de la familia de ella, que no quería un novio nacido en Brasil y descendiente de libaneses, “sin futuro ni dinero”. Peter era, según descripción de su

mujer, una persona que “nadie podía olvidar porque era muy alto, muy desordenado, extremadamente inteligente y muy dominante”. Quizá con menos pasión, coincide con esta visión la del biólogo y divulgador Stephen Jay Gould, para quien Medawar era “el hombre más inteligente que he conocido”, según dejó escrito en una de sus últimas obras, *Las piedras falaces de Marrakech*. Jean Taylor fue una mujer de su tiempo que dedicó buena parte de su vida a la planificación familiar, es decir, a ayudar a otras mujeres a decidir sobre su propia descendencia.

Las primeras investigaciones de Peter en el campo de los trasplantes datan de la segunda guerra mundial, cuando empezó a estudiar, como parte del esfuerzo bélico, cómo mejorar los injertos de piel, necesarios para soldados que sufrían quemaduras, que a veces generaban rechazo. Medawar fue consultado sobre el tratamiento de un piloto accidentado que padecía graves quemaduras. Su incapacidad para dar una respuesta adecuada espoleó su investigación y comprobó que los injertos de otras personas (homoinjertos) producían rechazo y, si se repetían unos días más tarde, el rechazo era aún más rápido, como si las células hubieran



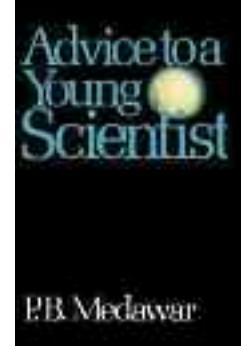
Peter y su mujer Jean en su casa de Londres en octubre de 1960



aprendido, de donde dedujo que el rechazo era una consecuencia del funcionamiento del sistema inmunológico.

En 1949, siendo ya profesor en la Universidad de Birmingham, se encontró con la hipótesis descrita por el biólogo australiano Frank M. Burnet, según la cual durante la vida embrionaria e inmediatamente después del nacimiento, las células adquieren gradualmente la capacidad de distinguir entre sus propias sustancias tisulares por un lado y células no deseadas y material extraño por el otro, es decir, la teoría que explicaba lo que él había deducido de sus experimentos. Precisamente Medawar compartiría el premio Nobel de 1960 con Burnet por su “descubrimiento de la tolerancia inmunológica adquirida”.

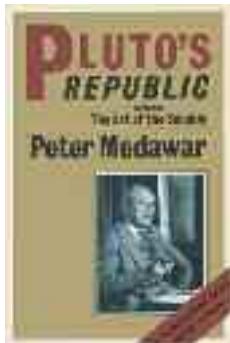
A partir de 1950 continuó con sus investigaciones en este campo y, gracias al trabajo con ratones, pudo demostrar fehacientemente la teoría de Burnet, lo que sentó las bases inmunológicas que abrían las puertas a los trasplantes de órganos, más allá de los injertos de piel. Este trabajo lo convirtió, según el inmunólogo británico Avrion Mitchison, en “el biólogo más importante de su generación”. Sus continuas investigaciones en el campo de la tolerancia inmunológica hicieron posible la hasta entonces extraña idea de llevar a cabo trasplantes de órganos.



El cardiólogo sudafricano Christiaan Barnard, que realizó el primer trasplante de corazón humano en 1967



ISTOCK



En 1965 le fue concedido el título de *sir*, a lo que sin duda colaboró otra faceta en la vida de este investigador: la de divulgador científico, en la que también alcanzó un notable éxito. Para el célebre Richard Dawkins, Medawar era el “más ingenioso de los escritores científicos”, según dijo en *El libro de Oxford de los escritores científicos contemporáneos*. Transitó entre *las dos culturas* —ciencias y letras, dicho *grosso modo*—, como acuñó C. P. Snow, del que era un gran admirador. Así, su pasión por la reflexión filosófica devino en una pasión por la comunicación, que le llevo a escribir, desde finales de los años 50 hasta su muerte, una docena de libros dirigidos a un público mayoritario en los que proponía interesantes, divertidas e irónicas reflexiones sobre ciencia y sociedad. Entre ellos destacan *The Uniqueness of the Individual* (1957), *The Future of Man* (1957), *The Hope of Progress* (1972), *The Limits of Progress* (1984) y su autobiografía, *Memoir of a Thinking Radish* (1986).

En estas obras despliega su sentido del humor, su agudo análisis e incluso su ironía con ribetes sarcásticos. Precisamente en su libro *Los límites de la ciencia*, en el que distingue los saberes científicos de los religiosos, afirma que “es razonable decir no que creemos en Dios porque existe, sino que existe porque creemos en él. Abdicar de la regla de la razón y sustituirla por una creencia puede ser peligroso y destructivo. Soy un racionalista, una especie de pieza de época hoy en día, lo admito”. **ACR ■**

Miguel Ángel Asturias

Premio Nobel de Literatura 1967

El primer guatemalteco en recibir el Premio Nobel de Literatura, Miguel Ángel Asturias Rosales, nació el 19 de octubre de 1899. Su nombre sería recordado por regalarle al mundo los primeros relatos que combinaban el realismo mágico con la realidad de las comunidades indígenas olvidadas de América Latina y sus aspiraciones de libertad y justicia.

Parte de las impresiones que lo influirían como escritor las tuvo desde niño. Era hijo del abogado y juez Ernesto Asturias Girón y de la profesora María Rosales, que no escondían su oposición a la dictadura de José Manuel Estrada Cabrera, quien gobernó Guatemala de 1898 a 1920. En 1904, cuando tenía solo 5 años, sus padres se quedaron sin trabajo por orden del dictador, y se refugiaron en la pequeña ciudad de Salamá, donde vivían sus abuelos maternos. Su estadía allí estuvo caracterizada por la precariedad y las preocupaciones económicas, pero también cargada de experiencias y aprendizajes producto del contacto con la vida rural, los usos y costumbres de los pobladores de Salamá. Lola Reyes, la





Acto de entrega del Premio Nobel y diploma acreditativo



niñera del pequeño Miguel Ángel, le contaba mitos y leyendas de la cultura maya que aquietaban sus inquietudes infantiles y lo mantenían sentado y atento por horas.

A pesar de la pobreza, o quizás gracias a ella, Miguel Ángel desarrolló una gran sensibilidad por sus propias raíces precolombinas, y un profundo respeto y aspiración de justicia para los más desprotegidos, no solo en Guatemala sino en toda América Latina, lo cual definiría la ruta de muchas de sus creaciones literarias. Cuando la familia volvió a la ciudad para que accediera a la escuela, Miguel Ángel profundizó en su interés por las culturas indígenas. Tras cursar primaria y secundaria en escuelas católicas y el bachillerato en el Instituto Nacional Central para Varones, decidió estudiar Derecho, como una oportunidad para defender causas justas en favor de grupos étnicos de la región. En la Universidad de San Carlos (USAC), participó activamente en la Generación de 1920, conformada por intelectuales que buscaban derrocar al presidente Estrada. En 1922, fundó, con otros estudiantes y amigos, la Universidad Popular, en donde impartía cursos a obreros y estudiantes que no habían logrado ingresar a la USAC. Se tituló como abogado en 1923 con su tesis *El problema social del indio*, que recibió la medalla de oro de la Universidad.

Inmediatamente después viajó a Europa para especializarse en economía política, enviado por sus padres, que buscaban protegerlo de la ola de



Miembro de la delegación guatemalteca en la X Conferencia Interamericana, en Caracas, 1954. Asturias es el tercero por la izquierda

violencia que atravesaba el país. De una estancia de cinco meses en Inglaterra pasó a vivir más de diez años en París, Francia, donde tuvo experiencias intelectuales trascendentales, gracias al contacto con profesores como Georges Raynaud, quien impartía el curso de mitos y religiones de Mesoamérica; artistas, escritores e intelectuales europeos, como Miguel de Unamuno, Paul Valéry, André Breton, Robert Desnos, Pablo Picasso e Igor Stravinsky; y latinoamericanos, como Pita Rodríguez, Luis Cardoza y Aragón, Alfonso Reyes y César Vallejo. París era una vorágine de arte, cultura y reflexiones que, más que impregnarlo de una sensación de inferioridad, lo hizo enorgullecerse e investigar con mayor profundidad sus propias raíces, la cultura maya y la historia latinoamericana.

En esos años, Asturias traduce al castellano el *Popol Vuh* y *Anales de los Xahil*, escritos sagrados de la cultura mesoamericana, y publica en 1930 su primer libro, *Leyendas de Guatemala*, que cobró vida a partir de las tertulias parisinas en las que narraba la grandeza del pasado precolombino a sus amigos. La obra mostraba ya una característica de sus novelas posteriores y que le valdría el Nobel décadas después: la magia y la poesía para evocar y engrandecer el pasado latinoamericano. *Leyendas de Guatemala*



libera “al mundo guatemalteco de los límites angostos de una geografía que los condenaba a la marginación, imponiéndolo improvisadamente a la atención europea a través de un redescubrimiento e íntimo vínculo con su luminoso pasado precolombino”, escribió Giuseppe Bellini.

En 1939 Asturias se casó con Clemencia Amado, con quien tuvo dos hijos: Rodrigo y Miguel Ángel. Por sus muchas ocupaciones, la única forma de estar cerca de sus hijos fue a través de la literatura, escribiendo relatos que les enviaba por correspondencia y que años más tarde se convertirían en la antología *Los cuentos del cuyito*.



Asturias volvió a Guatemala en diferentes momentos, durante los cuales fue profesor de la Universidad Popular (1928) y del colegio Alma Mater (1933), y aspiró a poner a Guatemala y América Latina bajo los reflectores del mundo. Fundó iniciativas escritas y radiofónicas, como *Éxito* y *El diario del aire*, estrenado en 1938, donde hacía sutiles críticas a la dictadura del general Jorge Ubico, quien gobernó Guatemala de 1931 a 1944 e impidió que se publicara *El señor Presidente*, el libro escrito en 1932 y que le daría fama internacional, hasta 1946.

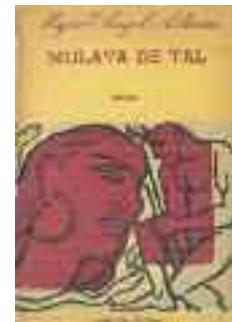


El reconocimiento que Asturias tenía en el extranjero contrastaba con el enjuiciamiento de los jóvenes que habían derrocado a Ubico y que participaron en la Revolución del 44, para quienes mostraba una ambigua posición política y literaria. Pero la publicación de la obra le permitió reivindicarse. Su relato sobre la dictadura a partir de un personaje inspirado en Estrada Cabrera, el dictador que mandó a su familia al exilio, tuvo un impacto favorable dentro y fuera de Guatemala. No era el primer autor que escribía sobre las dictaduras, pero lo hizo de una forma original, que le situó en un lugar único en la literatura latinoamericana. Según Bellini: “inauguraba ya un tipo nuevo de novela, por estructura y lenguaje, uso del tiempo y del diálogo”. Por su parte, Amos Segala destaca “la

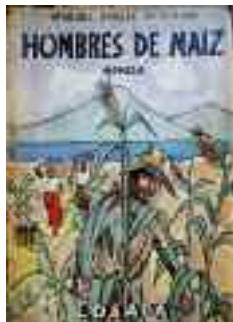
descripción del mecanismo político que aplasta al hombre guatemalteco, ladino e indígena. Asturias, que creció en las pesadillas domésticas de una dictadura que destruyó su país, se vuelve historiador y fabulador de un fenómeno que, por su misma omnipresencia y omnipotencia, asfixia y oculta a los hombres sobre los cuales se ejerce”.

En 1948, Miguel Ángel se divorcia de Clemencia Amado y, dos años más tarde, se casa con la argentina Blanca Mora y Araujo. Aquel 1949 publica *Hombres de maíz*, una novela en defensa de la cultura maya basada en la cosmología del *Popol Vuh* y que muchos consideran su obra maestra y una de las más grandes de la narrativa fantástica del continente. “Yo escribía sin haberme dado cuenta de la situación de mi país hasta 1950, que se publicó *Hombres de maíz*. En esa época hice un viaje a Guatemala y estuve visitando los campos bananeros. Me di cuenta de la situación y de esta visión, de este golpe que yo sufrí de la realidad, surgió la trilogía bananera”, explicaba.

Esta trilogía comprende *Viento fuerte* (1950), *El Papa verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960). En los años posteriores publicó *Weekend en Guatemala* (1956), sobre su vida política y diplomática en México, Argentina, Francia y El Salvador, y *Mulata de tal* (1963), que escribió en Argentina tras ser exiliado por el dictador Carlos Castillo Armas. Pese a que ya era uno de los grandes referentes de la literatura latinoamericana, entonces se convirtió en símbolo de una clase política que “lo utilizó como coartada prestigiosa, como un icono consagrado por el *establishment* de la derecha y de la izquierda”; en 1966, nombrado embajador en Francia, Asturias sirvió para ocultar la fragilidad del Gobierno y fue nuevamente enjuiciado por una nueva generación de escritores latinoamericanos, como Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, para quienes Asturias y *El señor Pre-*



Miguel Ángel Asturias
leyendo *Mulata* de tal, que
escribió durante su exilio en
Argentina



MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS AMADO

sidente representaban una sombra molesta. Segala afirma que los escritores emergentes (a los que Asturias había ayudado en varios momentos) renegaban de él y de su obra por representar un testimonio obsoleto de la realidad. “En el mundo de renovación y rebeldía aparente del llamado *boom*, Asturias aparecerá como el representante *démodé* de un sistema ideológico bipolar rechazado y de una insoportable práctica de la literatura militante”, escribe Segala.

Pese a ello, casi al término de 1967, y después de ganar el Premio Lenin en 1966, que entregaba la Unión Soviética a individuos comprometidos con la paz, recibió una importante noticia: el Premio Nobel de Literatura, otorgado «por su vívido logro literario, profundamente arraigado en los rasgos y tradiciones nacionales de los pueblos indígenas de América Latina». Asturias pasó sus últimos años en París, donde falleció el 9 de junio de 1974. A pesar de las rivalidades y oposiciones que vivió durante muchos años, su aportación a la literatura ha sido descrita como adelantada a su tiempo y fundadora de un nuevo tipo de novela que logró “la transición entre el surrealismo europeo y el llamado realismo mágico latinoamericano”.

AR ■

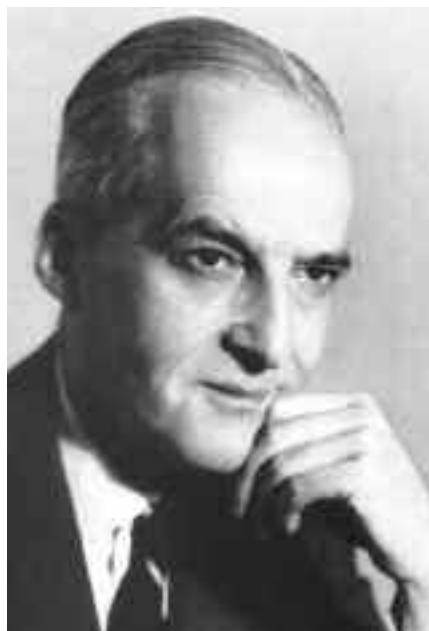
Luis Federico Leloir

Premio Nobel de Química en 1970

En su autobiografía, *Allá lejos y hace tiempo*, Luis Federico Leloir arranca con esta frase: “La bioquímica y yo nacimos y crecimos casi al mismo tiempo”. Efectivamente, la vida de Leloir corrió paralela al nacimiento de una disciplina que comenzó discreta, como el afloramiento de un río, y en pocos años se convirtió en un océano complejo y refulgente.

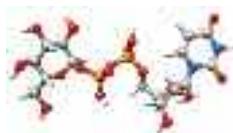
Leloir nació por casualidad en la Avenida Víctor Hugo número 81 de París, no muy lejos del Arco del Triunfo, el seis de septiembre de 1906. De padres argentinos, cuando empezaba a posar sus pequeños pies de niño de dos años por las calles parisinas la familia regresó a Argentina. Tras acabar su educación formal y experimentar un breve idilio con la arquitectura, que le llevó de nuevo a París, en 1932 se licencia en Medicina en la Universidad de Buenos Aires y durante los dos años siguientes trabaja como médico en el hospital de la universidad sin encontrar mucha satisfacción. “Volviendo la mirada sobre aquellos tiempos, me doy cuenta cuán profundamente ha cambiado la medicina desde entonces. El tratamiento médico en esos días sólo era un poco mejor que aquel ejemplificado en el cuento francés en el cual el doctor ordenaba: ‘Hoy vamos a sangrar a todos los que se encuentran del lado izquierdo de la sala y vamos a dar un purgante a todos los que se encuentran del lado derecho’. Cuando practicaba la medicina podíamos hacer muy poco por nuestros pacientes, a excepción de la cirugía digital y otros pocos remedios activos”, escribió en 1982, cinco años antes de su muerte.

Con la convicción de que era necesario comprender mejor los procesos biológicos que sustentan la vida, Leloir decidió dedicarse a la investigación y empezó la tesis doctoral en el Departamento de Fisiología de la Universidad de Buenos Aires, entonces





Arriba, diploma Nobel y acto de entrega del premio.
Abajo, estructura de la molécula UDPG



bajo la dirección del que sería su maestro y mentor, Bernardo Houssay, quien ganaría el premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1947 por desentrañar la relación entre las hormonas y la concentración de glucosa en sangre. Leloir se concentró en estudiar el papel de la adrenalina en el metabolismo de los hidratos de carbono, que desgranaría en su tesis doctoral *Suprarrenales y el metabolismo de los hidratos de carbono*. Su primera tarea era aprender a medir el azúcar en la sangre, pero “mi ignorancia en química era insondable, por esa razón decidí seguir algunos cursos en la Facultad de Ciencias”.

Con su carrera orientada hacia el estudio del metabolismo de los azúcares en el organismo, para profundizar en su estudio y animado por Houssay para que pasara una temporada en el extranjero, Leloir se trasladó en 1936 al Laboratorio de Bioquímica de Cambridge, bajo la dirección de Gowland Hopkins —quien había recibido el Premio Nobel en 1929, junto a Christiaan Eijkman, por el descubrimiento de las vitaminas estimulantes del crecimiento—. Cambridge entonces hervía de conocimiento, con muchos de los más grandes de la ciencia, como Rutherford, Dirac y Hopkins, experimentando en sus laboratorios y enseñando en sus aulas. Fue allí cuando se plantea seriamente la investigación bioquímica. En 1943 regresa a Argentina y se casa con Amelia Zuberbühler. Juntos deciden pasar una temporada en Estados Unidos, donde Leloir realiza cortas estancias en algunas universidades, entre ellas la Facultad de Medicina y Cirugía de la Universidad de Columbia. En 1944 regresa a Argen-



Leloir con algunos de sus colaboradores



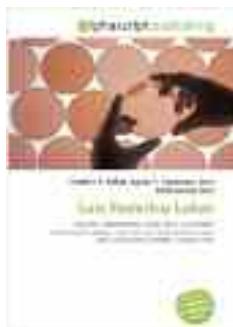
tina para dirigir el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la Fundación Campomar, hoy Fundación Instituto Leloir.

Allí comienza, en 1946, a investigar el mecanismo de la biosíntesis de los oligo y polisacáridos, mediante la unión de unidades más sencillas, los monosacáridos, especialmente importantes en el caso de la síntesis de glucógeno y almidón, de suma relevancia para los procesos vitales de los organismos, pues forman las reservas energéticas de los animales y las plantas, respectivamente. En la clase magistral *Dos décadas de investigación sobre la biosíntesis de azúcares*, que impartió el 11 de diciembre de 1970 con motivo del Nobel, describe estos primeros esfuerzos: “Nuestros trabajos sobre la biosíntesis de oligo y polisacáridos comenzaron en 1946, no por una selección deliberada del tema, sino porque nos llegó. Debido al fenomenal progreso de la bioquímica, nuestros experimentos iniciales parecen del Paleolítico, pero afortunadamente también había algunos avances muy recientes y emocionantes en este campo”.

Dos años después estos experimentos sencillos e ingeniosos comienzan a dar respuestas. En 1948, Leloir y su equipo demuestran la partici-

pación de una molécula por entonces desconocida en una reacción de transformación de un azúcar en otro. Aislaron la sustancia y determinaron su naturaleza química: se trataba de un nucleótido enlazado a un azúcar, una molécula nueva que en el lenguaje químico se denomina uridina difosfato glucosa (UDPG). Los nucleótidos constituyen los bloques de construcción de las moléculas de ADN, el material genético sobre el que se escribe la vida, pero hasta entonces se desconocía su papel a la hora de generar y convertir los carbohidratos. Leloir llamó a estas nuevas moléculas nucleótidos-azúcares. La UDPG fue la primera en ser descubierta, pero desde entonces se han aislado más de cien tipos de estas combinaciones.

Años más tarde describiría el llamado “camino de Leloir”: la ruta bioquímica a través de la cual el organismo aprovecha la energía de los azúcares para poder vivir. En términos técnicos, describe los tres cambios sucesivos que experimenta la galactosa, un azúcar presente en la leche materna y en lácteos en general, para convertirse en glucosa. En este camino de transformación química también encontraron la partici-



FUNDACIÓN INSTITUTO LELOIR

pación de la UDPG. Como “extensión lógica de nuestros estudios sobre el glucógeno” se dedicaron después a investigar la formación del almidón en las plantas y, tras largas investigaciones, lograron describir su síntesis a partir de la unión de monosacáridos de glucosa.

“La investigación en bioquímica ha sido para mí una experiencia fascinante. Tuve la suerte de trabajar en la época en que esta especialidad científica tuvo un desarrollo espectacular. Poco a poco se fue conociendo cada vez mejor la composición química de los seres vivos. Luego se fue averiguando cómo se van transformando las sustancias químicas que forman las células. Se pudo conocer el mecanismo químico de formación de las proteínas, de las grasas y de los hidratos de carbono. Los trabajos de nuestro laboratorio ayudaron a aclarar el mecanismo de biosíntesis de los oligo y polisacáridos. Esto fue gracias al descubrimiento de los nucleótidos-azúcares, que actúan como dadores de las unidades de monosacárido”, escribió Leloir en su autobiografía explicando el papel de las nuevas moléculas.



Leloir (izquierda) junto a otros premiados en 1970





A la izquierda, Leloir en su laboratorio; a la derecha, celebrando la concesión del premio con sus colaboradores



En 1970 el comité Nobel otorga a Leloir el premio Nobel de Química «por su descubrimiento de los nucleótidos de azúcar y su papel en la biosíntesis de los carbohidratos». Sus trabajos no solo permitieron describir cómo se almacenan los azúcares en animales y plantas, bajo la forma de glucógeno y almidón, sino también el modo en que se utilizan como fuente de energía.

En su discurso de aceptación del premio, el 10 de diciembre de 1970 en Estocolmo, Leloir dijo: “El honor que he recibido excede —de lejos— mi expectativa más optimista. El prestigio del Premio Nobel es tal que uno de repente es promovido a un nuevo estatus. En este nuevo estatus me siento incómodo al considerar que mi nombre se unirá a la lista de gigantes de la química como van Hoff, Fischer, Arrhenius, Ramsay y von Baeyer, por nombrar solo algunos. También me siento incómodo cuando pienso en químicos contemporáneos que han hecho grandes contribuciones y también cuando pienso en mis colaboradores que llevaron a cabo una gran parte del trabajo. A pesar de esto, estoy profundamente agradecido por haber recibido de Su Majestad este gran honor y al Comité Nobel de Química de la Real Academia de Ciencias por haberme seleccionado. Finalmente, podría parafrasear a Churchill y decir: ‘Nunca he recibido tanto por tan poco’”.

Leloir falleció en Buenos Aires el dos de diciembre de 1987.

EA ■

Pablo Neruda

Premio Nobel de Literatura 1971

No hubo en el siglo XX versos tan memorizados, recitados o impresos en *posters*, tarjetas, camisetas o cartas íntimas como el que reza “Me gusta cuando callas porque estás como ausente...”, o aquel otro que dice “Puedo escribir los versos más tristes esta noche...”. Ambos pertenecen a *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, posiblemente el poemario más vendido desde que Gutenberg inventó la imprenta. Por esta y por otras obras y actividades, su autor, nacido en la lluviosa ciudad de Parral (Chile) en 1904, con el nombre de Ricardo Neftalí Reyes y más conocido como Pablo Neruda, puede ser considerado sin exageración el poeta más popular de la pasada centuria.

Esa fama extraordinaria, sin parangón desde las épocas de Homero o Virgilio, se debe en buena medida a la fusión inextricable entre el artista y su creación. De ello da fe su jactanciosa, pero no por eso menos cautivante, autobiografía, *Confieso que he vivido*. En su intensa vida no faltó nada: celebridad literaria a los 19 años; cónsul veinteañero en



Pablo
Neruda



Arriba, diploma Nobel y acto de entrega del premio.
Abajo, portada de su obra más universal



ARCHIVO FUNDACIÓN PABLO NERUDA

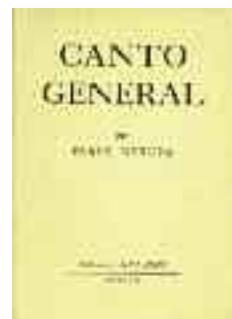
Extremo Oriente; protagonista de la guerra civil española; amigo de los más distinguidos hombres de las letras de su época; senador en su país; perseguido político; candidato a presidente de Chile; embajador; y, finalmente, Nobel de Literatura. Tampoco le escasearon amores: lo confirman sus largos idilios con la argentina Delia del Carril primero, y después con la chilena Matilde Urrutia, que le acompañó hasta sus últimos momentos. Sus poemas fueron musicalizados por un abanico de artistas que va desde los populares Jaivas, Sabina y Taylor Swift hasta los sofisticados Samuel Barber, Luigi Nono o Luciano Berio. Y por si esto fuera poco, recitó sus poemas ante auditorios de cientos de miles de embelesados oyentes.

Desde luego, en el prestigio inmenso de sus poemas tuvieron mucho que ver las circunstancias que le tocaron vivir: la ampliación del público lector; las movilizaciones de masas ligadas a la lucha antifascista primero y al impacto de la revolución cubana después; la expansión de la industria editorial; el prestigio de la poesía como arma política; la incansable publicidad que le hicieron los comunistas, de quienes era su bardo emblemático... Pero si esas circunstancias multiplicaron la resonancia de su producción fue porque esta supo sintonizar con los públicos más diversos.

No fue modernista, ni surrealista, ni ultraísta, ni realista social, ni simbolista; de todos los ismos sacó provecho y los fundió en una poética singular. Se propuso ser un Walt Whitman latinoamericano y abarcar



Pablo Neruda y Matilde Urrutia en Sri Lanka, 1957



con sus palabras el cosmos entero. Y, emulando su optimismo histórico, le cantó a lo grande y a lo pequeño, a Simón Bolívar y a la patata, a Yuri Gagarin y al caldillo de congrio. Intentó con la lengua española nombrar todas las cosas, como si buscara extenuar su inagotable léxico, y por poco lo consigue en una cincuentena de libros en prosa y en verso.

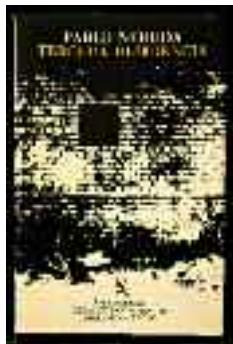
Notablemente, en los textos de este inveterado comunista no encontraremos huellas de una concepción marxista de la historia; más bien profesó una visión mítica y cíclica de América en la que los pecados de la conquista española se repiten en la rapacidad de las multinacionales; una evocación desde la perspectiva de los vencidos que más tarde Eduardo Galeano volcaría en prosa. Y aunque rayana en la leyenda negra, su invectiva rescató un legado esencial del 'encuentro entre dos mundos': "se llevaron el oro", dijo de los conquistadores, "y nos dejaron el oro", refiriéndose al castellano.

Con los años, renegaría de los veinte versos que le dieron la gloria junto con la acusación de simplista y sensiblero. El consenso crítico dictamina que sus mejores creaciones son *Residencia en la Tierra* y partes de *Canto General* y de *Memorial de Isla Negra*, considerándole capaz tanto de

tocar las más altas cimas poéticas como de precipitarse en abismos de cursilería. Pero sus bandazos no eran un demérito; ya dijo Borges de Leopoldo Lugones que solo los grandes poetas perpetran los peores ripios, a diferencia de los mediocres, cuyo terror a lo feo los inhibe frente a lo excelso y se envascan en lo previsible.

Al igual que le ocurrió a Ernest Hemingway, otro titán de las letras, ha recibido andanadas de acusaciones de egocéntrico, machista y misógino. Un episodio de sus memorias en el que narra cómo violó a su criada en Ceilán fue sacado a relucir, y todos sus pasajes relativos a las mujeres fueron sometidos a un severo escrutinio. En Santiago de Chile, las feministas marcharon con pancartas que le enrostraban: “Neruda, cállate tú”. Se le reprochó además el abandono de su hija enferma; un baldón para quien había pasado a la cultura popular como “el poeta del amor”.

Con su militancia aquilató el modelo del poeta comprometido prefigurado por Víctor Hugo. Pero su alto perfil, si bien le ganó aplausos —en particular por su rescate de dos mil fugitivos del franquismo con el barco



ARCHIVO FUNDACIÓN PABLO NERUDA

Winnipeg— lo expuso a críticas de todo tipo. Nunca se le perdonaron sus panegíricos a Stalin y al Comité Central, ni el trato principesco que la *nomenklatura* dispensaba a sus aduladores. Peor aún: en la Cuba castrista dudaron de su compromiso, precisamente de él, acostumbrado a entregar carnés de revolucionario. Y otros etiquetaron de burgués al escuálido hijo de un ferroviario —metafísico por no comer, diría Sancho Panza— que había adquirido modos de gran señor, tres casas, colecciones de arte y una figura oronda resultado de la afición a la buena vida.

De vanidad legendaria, su obsesión por el Nobel le abocó a una incansable actividad de autopromoción, prodigándose en giras internacionales, entrevistas con la prensa, visitas a presidentes en busca de *photo opportunities* y a un sinfín de publicaciones que le mantuvieran en el candelerito (también hacía campaña la CIA, pero en el sentido contrario, pues no le gustaba que en plena guerra fría el galardón recayera en un izquierdista tan conspicuo). Se apuntó un gran tanto cuando Salvador Allende



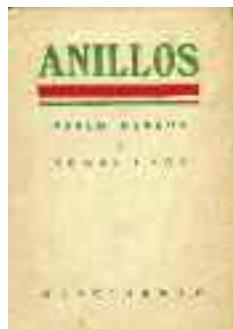
ARCHIVO FUNDACIÓN PABLO NERUDA



Con el presidente chileno Salvador Allende



Carteles de dos películas dedicadas al poeta



le nombró embajador chileno en París, un cargo de enorme visibilidad, y a uno de sus valedores representantes diplomático en Estocolmo. Por fin, el 21 de octubre de 1971, los suecos le concedieron la perseguida distinción “por ser autor de una poesía que, con la acción de una fuerza elemental, da vida al

destino y a los sueños de un continente”.

En nuestros días descreídos de las épicas, la voz estentórea del Poeta que quiso serlo con mayúsculas no retumba con la fuerza de antaño. Por añadidura, la lírica ha perdido el atractivo que tenía para el público y son las letras de las canciones las que nos sirven para expresar nuestras pasiones frente a la vida, el amor, las pérdidas, las causas políticas... Pero la estela del vate chileno no se ha desvanecido. Lo demuestra el éxito de la película *El cartero y Pablo Neruda* (1994) o de la más reciente *Neruda* (2016), en la que su compatriota Pablo Larraín intenta descifrar el jeroglífico de su personalidad. Su memoria se ha visto revitalizada por las conjeturas sobre su envenenamiento por la dictadura de Pinochet, que hasta el momento no han sido probadas (sí es verdad que su funeral fue el primer acto público de protesta contra su régimen militar). En cualquier caso, y hasta que la posteridad no disponga lo contrario, el puesto de Neruda entre Quevedo, Góngora, Darío y otros gigantes de la lírica en lengua española parece asegurado.

PF ■

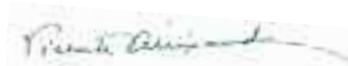
Vicente Aleixandre

Premio Nobel de Literatura 1977

Vicente Aleixandre nació un 26 de abril, el de 1898. La casualidad quiso que fuera en Sevilla, pues su familia acompañaba al padre, Cirilo, a cada nuevo destino y allí estaba entonces. Por la misma razón, pronto se trasladaron a Málaga, donde residió hasta los 11 años. De esos primeros tiempos, y sobre todo del mar, quedarán impregnadas muchas de sus posteriores creaciones. Después, se trasladaron definitivamente a Madrid, donde la familia residió en diferentes lugares hasta 1927, cuando se mudaron a la que sería la casa donde viviría el poeta hasta su muerte.

En este chalé de dos plantas con jardín, situado en el entonces extrarradio de la ciudad y al que se refería el poeta como *Velintonia* —castellanizando así el nombre de su calle, Wellingtonia—, fue donde escribió la mayor parte de su obra y un punto de encuentro de muchos de los poetas del 27 y de las generaciones sucesivas, como la del 36, la del 50 y los novísimos. Tanto cariño tenía Aleixandre al apodo con el que él había renombrado a su casa y el origen del mismo que acogió con poco entusiasmo la iniciativa del Ayuntamiento de rebautizar la calle con el nombre del poeta. Un segundo homenaje en el callejero vino después de su muerte, cuando en 2018 la estación del metro madrileño situada a escasos metros de la vivienda cambió su nombre de Metropolitano a Vicente Aleixandre.

Mucho antes de eso, en el verano de 1917, conoció durante sus vaca-





A la izquierda, Velintonia, la casa donde vivió y murió Aleixandre. A la derecha, placa que recuerda al poeta en la casa que habitó en Málaga hasta los 11 años



ciones a un joven de su edad, Dámaso Alonso, quien le introdujo en la lectura de Rubén Darío. Como ya anciano reconocía Aleixandre en una entrevista en Televisión Española, este fue el momento clave en el que se “me reveló la poesía”. Ese “aprendiz de poeta”, como se autodefinió en su discurso de agradecimiento del Nobel, empezó a escribir sus primeras composiciones ese mismo otoño, tras leer *Poesías escogidas*, de Antonio Machado. La mayoría de ellas las copió en un cuaderno que compartía con Dámaso y otros amigos aficionados también a la poesía.

“Durante años todavía escribía en silencio”, mientras estudiaba Derecho y Comercio y empezaba a ejercer como profesor de Derecho Mercantil, explicaba mucho después en un reportaje emitido en el programa *24 horas*, de Radio Nacional de España. Tímidamente empezó a publicar poemas en revistas y a escribir la que sería su primera obra: *Ámbito*. Todo cambió en 1927, cuando cayó postrado enfermo con tuberculosis renal, lo que desembocó cinco años después en la extirpación de un riñón. Entonces, escribir ocupó todo su tiempo disponible. De aquellos años tumbado, se le quedó la costumbre de escribir de noche y en la cama.

Al inicio de la Guerra Civil, era ya un autor conocido, con tres publicaciones a sus espaldas. Quiso exiliarse, como muchos de sus colegas literatos, pero no le dejaron los republicanos por estar en edad de combatir —aunque nunca llegara a hacerlo por recaídas de su enfermedad de niñez—. Así que, sin poder salir de Madrid, sufrió las represalias del



Vicente Aleixandre en 1955 (izquierda) y en los años 70 (derecha)

régimen franquista, que prohibió la venta de sus libros e, incluso, que se mencionara su nombre. “Un exilio interior que lo pasé solo, sin mis amigos”, recordaba apesadumbrado años después, poco antes de morir, en una entrevista. Algo que le afectó mucho porque consideraba que la generación del 27, a la que pertenecía, “no era una escuela, sino un grupo de amigos”, entre los que estaban Federico García Lorca y Dámaso Alonso, entre otros.

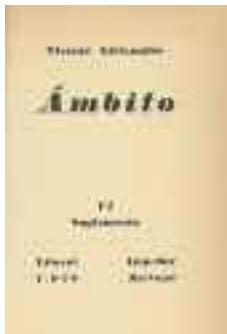
“Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena. Ardiente en sus deseos, como un ser nacido para la libertad”. Así hablaba Aleixandre en la revista *El Mono Azul*, publicada en el bando republicano durante la contienda, sobre su amigo Lorca, recién asesinado en 1937. Ensalzaba, también, los *Sonetos del amor oscuro* del poeta granadino, que Aleixandre escuchó de los propios labios de su autor: “prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor”. Y aunque se les sobreentiende una comprensión y acompañamiento mutuo por el hecho de que ambos eran homosexuales (bisexual, en el caso de Aleixandre), los detalles de su relación son una incógnita.



Después de casi una década sin publicar, en 1944 vuelve al panorama literario con *Sombra del paraíso*. En 1949 es nombrado académico de la Lengua, donde ocupa el asiento O mayúscula. Desde entonces se convierte en maestro y protector de los jóvenes poetas españoles, que acudían a visitarle con frecuencia a su casa, donde organizaba tertulias literarias. Durante el día, atiende, escucha y aconseja a todos sus invitados; por la noche, escribe, tumbado.

Según la escritora Elvira Lindo, Velintonia fue una *patria* en la que la libertad se reivindicaba de otra forma a la del mundo exterior, “un país donde los hombres pueden amar a los hombres”. Hoy el mítico lugar se encuentra abandonado a causa de la incuria de las sucesivas autoridades políticas que no han sido capaces de convertirla en el museo que los amigos y admiradores de Aleixandre reclaman desde hace años.

En 1928 publica su primer libro, *Ámbito*, ya citado. Antes incluso de sacarlo a la luz, ya estaba escribiendo sus poemas en prosa, que quedarían compilados en *Pasión de la Tierra*. En estas dos obras, junto con *Espadas como labios*, de 1932, y *La destrucción o el amor* (1935), Aleixandre



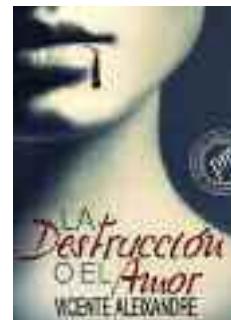
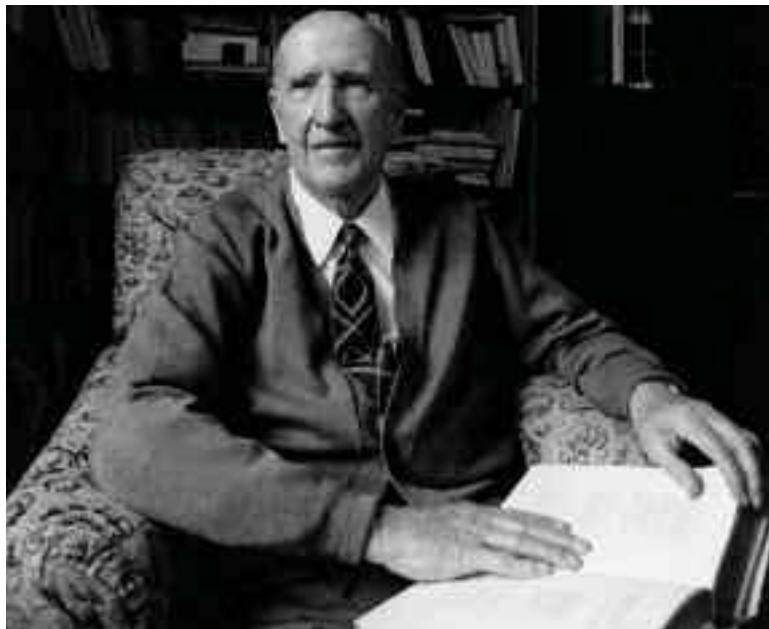
Con Camilo José Cela y Gerardo Diego en un acto

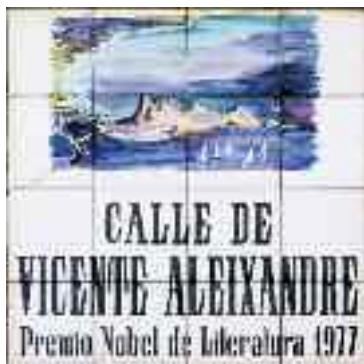


profundiza sobre la condición humana, el amor, la pasión, la destrucción de los límites, el surrealismo, la integración del ser humano con las fuerzas de la naturaleza, el cosmos... Estos temas serán los protagonistas de su primera etapa poética, antes de la guerra.

Posteriormente, sus creaciones acusaron el impacto de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial. El poeta idealiza y ensueña tiempos pasados en *Sombra del paraíso*, escrito entre 1939 y 1943 y publicado en Madrid en 1944. Inaugura así la segunda etapa de su poesía, de marcado corte existencialista y antropocéntrico, donde destacan dos obras: *Historia del Corazón* (1954) y *En un vasto dominio* (1962), por la que obtuvo el Premio de la Crítica al año siguiente. En 1968, reunió sus *Obras completas*, en verso y prosa, por primera vez en un tomo.

Poco a poco, su obra se fue haciendo más metafísica. Aleixandre indaga en el conocimiento último del propio ser y de los demás, y se pregunta si realmente se puede llegar a definirlo. Sus dos últimos libros, *Poemas de la consumación* (1968, Premio de la Crítica de 1969) y *Diálogos del*





Arriba, inauguración de la calle Vicente Aleixandre y placa erigida en su honor. Abajo, estación del metro de Madrid dedicada al poeta



conocimiento (1974), que escribió pasados los 70 años, constituyen para muchos estudiosos del poeta su tercer ciclo poético. A este periodo se le agrega su obra póstuma *En gran noche*, con los poemas que dejó sin publicar tras su muerte, y que vio la luz en 1991.

Vicente Aleixandre fue uno de los principales poetas surrealistas españoles y consiguió incluso ser reconocido en vida. En 1934, obtuvo el Premio Nacional de Literatura por *La destrucción o el amor*. Obtuvo en dos ocasiones el Premio de la Crítica: en 1963, por *En un vasto dominio*, y, en 1969, por *Poemas de la Consumación*. Finalmente, en 1977, recibió el Premio Nobel de Literatura “por su escritura poética creativa que ilumina la condición del hombre en el cosmos y en la sociedad de hoy en día, al mismo tiempo que representa la gran renovación de las tradiciones de la poesía española de entreguerras”, según dejó escrito el jurado. Con el galardón, también se reconocía universalmente su obra y la de toda la Generación del 27, de la que fue uno de sus miembros destacados. Lamentablemente, sus problemas de salud le impidieron asistir a la ceremonia de entrega. Murió en 1984 en una clínica situada a pocos metros de su casa.

EP ■

Adolfo Pérez Esquivel

Premio Nobel de la Paz 1980

En la historia del premio Nobel de la Paz destacan tres tipos de galardonados: instituciones internacionales dedicadas al fomento de la cooperación y la ayuda; personas, singularmente políticos, que han participado puntualmente en la resolución de un conflicto; y quienes han dedicado toda su vida a luchar por la justicia y la defensa de los desvalidos. A esta última categoría pertenece el argentino Adolfo Pérez Esquivel, arquitecto, artista, forjador de redes de resistencia pacífica a los autoritarismos e injusticias que con tanta frecuencia han asolado Latinoamérica en los últimos decenios y permanente conciencia pública de los derechos humanos en su país y en la región.

El futuro Nobel nació en el barrio de San Telmo de Buenos Aires el 26 de noviembre de 1931. Era hijo de un pescador gallego de Combarro (Pontevedra), Cándido Pérez González, que había emigrado a Argentina; allí se casó, en segundas nupcias, con Mercedes Esquivel, la madre de Adolfo, que falleció cuando este tenía solo tres años. Su padre regresó a España y Adolfo ingresó como interno en el Patronato Español de Colegiales.

Buena parte de su infancia la pasó con su abuela Eugenia, una india “de piel curtida, correntina, que hablaba guaraní y se expresaba muy mal en español. No era ilustrada, pero era sabia, percibía las cosas de otra manera; hablaba con las piedras, los animales, las plantas. Se quedaba en silencio contemplando la naturaleza durante horas y yo me quedaba con ella”, explicó en una entrevista biográfica con la periodista Ana Cacopardo para Canal Encuentro 2012.





SERVICIO JUSTICIA Y PAZ (SERPAT)



SERVICIO JUSTICIA Y PAZ (SERPAT)

Diploma Nobel y Pérez Esquivel pronunciando su discurso durante la ceremonia

Adolfo aprendió de su abuela a observar la naturaleza, la historia y las tradiciones de los pueblos nativos. Y despertó su vocación por ayudar a los demás. “Un día la casa se empezó a llenar de gente, venían con sus colchones, ropa, dormían en el suelo... y por la noche sacaban sus guitarras y cantaban y bailaban. Mi tía, que vivía con nosotros, me contó que eran refugiados de Paraguay, que huían del golpe de estado de Stroessner. Mi tía y mi abuela les ayudaban a encontrar ayuda. Nuestra casa era un lugar de primera acogida. Ahí empecé a entender algunas cosas”.

Finalmente, su padre regresó y, junto con su hermano pequeño, volvieron a vivir en Buenos Aires, donde completó sus estudios en el colegio de los franciscanos. Pero la situación familiar le obligó a trabajar desde los 11 años como vendedor de periódicos y libros y empleado en una floristería. En aquella época quedó marcado por la lectura de la autobiografía de Gandhi. “Había un librero que siempre estaba leyendo y yo le compraba libros y hablaba con él. Nunca supe su nombre, le llamaba *Don* y el a mí *pibe*. Un día me dijo que tenía dos libros, uno me lo regalaba y el otro se lo podía ir pagando poco a poco. Uno era la autobiografía de Gandhi. Me impresionó mucho, me atrapó”, explica. Ahí se forjó su convicción de la resistencia pacífica como vía de oposición frente a la injusticia.

Compaginando trabajo y estudio consiguió entrar en la Escuela Nacional de Bellas Artes de la Universidad de La Plata, en Buenos Aires, para estudiar Arquitectura. Pero su interés artístico era más amplio; le interesaba la plástica, y especialmente la escultura, que fue su principal

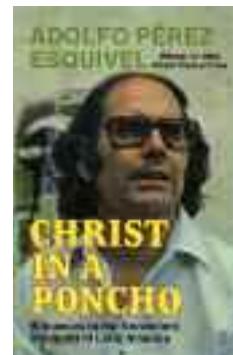


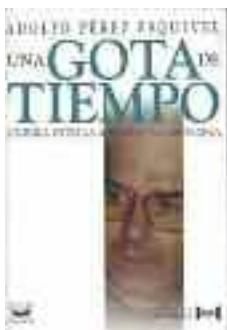
dedicación creativa. Además, empezó a dar clases en la misma Escuela, donde ejerció como profesor durante casi 25 años, hasta que fue destituido por la dictadura militar del general Videla en 1976.

En esa Escuela de Bellas Artes, siendo apenas un adolescente de 15 años, conoció a su futura esposa, Amanda Guerreño, que también estudiaba allí, en la rama de música. Pianista y compositora, Amanda ha tenido una brillante trayectoria artística, al tiempo que compartía el compromiso de su esposo contra la injusticia. “Tuvo que soportar muchas veces mi ausencia, mi prisión, mis viajes, pero nunca se quejó”, dice Pérez Esquivel de ella. Tienen tres hijos: Leonardo, Ernesto y Víctor Ernesto.

La situación de los países latinoamericanos en aquellos años cincuenta y sesenta, con una injusticia perversa y crónica, protegida por regímenes autoritarios y corruptos (lo que Eduardo Galeano denominó *Las venas abiertas de Latinoamérica*), fue el caldo de cultivo de movimientos de oposición que, en su mayor parte y alentados por la revolución cubana, adoptaron la lucha armada como forma de acabar con las dictaduras y las desigualdades. La violencia estructural parecía justificar la violencia desatada por los grupos guerrilleros que aparecieron en casi todos los países de la región. Pérez Esquivel compartía la decisión de oponerse a la injusticia, pero, siguiendo el ejemplo de Gandhi, defendía

Amanda y Adolfo de jóvenes y la familia durante los actos de entrega del Nobel. A la izquierda, Amanda y Adolfo de jóvenes y, a la derecha, la familia durante los actos de entrega del Nobel





la resistencia pacífica; una postura avalada por sus profundas convicciones cristianas, que han guiado siempre su trayectoria.

Su implicación en la defensa de los derechos humanos, de los pobres y de los desvalidos (“campesinos, favelados, indígenas”), fue creciendo en intensidad, dedicación y compromiso. En 1971, tras una crisis espiritual, empezó a participar activamente en diferentes movimientos, que cristalizaron en 1974, cuando se creó formalmente el Servicio de Paz y Justicia (Serpaj), en cuya construcción tuvo un papel relevante. Serpaj aglutinaba las iniciativas que desde la no violencia y el cristianismo se enfrentaban a la injusticia y los abusos del poder. En poco tiempo se formaron grupos hermanos en otros países latinoamericanos, dando lugar a una sólida red que continúa sus actividades en la actualidad, y que está presente en diez países de la región. Pérez Esquivel fue nombrado coordinador general latinoamericano de Serpaj entre 1974 y 1986. Actualmente es presidente del Consejo Honorario de la entidad.

En los años siguientes, Pérez Esquivel se dedicó a difundir la lucha de Serpaj por todo el mundo y a diseñar programas de ayuda para los más desfavorecidos, las poblaciones indígenas y los movimientos obreros, especialmente en el ámbito de la educación.



SERVICIO JUSTICIA Y PAZ (SERPAJ)

El golpe de estado del general Videla de 1976 en Argentina le pilló en Europa, donde había sido invitado a impartir unas conferencias. La embajada de Austria le protegió y consiguió sacar del país a Amanda y sus hijos, excepto al mayor, Leonardo, que fue encarcelado. De regreso a su país, fue detenido el 4 de abril de 1977 e ingresado en el Centro 1 de la Superintendencia de Seguridad Nacional. El 5 de mayo lo sacaron de la cárcel, esposado y encapuchado, y lo subieron a un avión en el aeropuerto de San Justo. Encadenado en un asiento trasero, dice que volaron durante al menos dos horas sobre el Río de la Plata y finalmente aterrizaron en la base aérea de Morón. Había protagonizado un simulacro de los macabros “vuelos de la muerte”, que la dictadura empleó para deshacerse de muchos apresados. Aunque no sabe quién decidió que él se salvara, probablemente pesó la popularidad internacional de la que ya gozaba.

Desde entonces hasta mediados de 1978 permaneció en la prisión denominada Unidad 9. Allí estuvo en celdas de castigo, donde lo torturaban y después lo sumergían en agua helada para borrar los rastros de los golpes. Estando en prisión recibió el premio Memorial de Paz Juan XXIII, concedido por Pax Christi Internacional. No era su primera experiencia



Pérez Esquivel prestando testimonio en el juicio a los militares golpistas Jorge Rafael Videla y Luciano Benjamín Menéndez. Córdoba (Argentina), 2010



Arriba, a la izquierda, Amanda y Adolfo durante una celebración. A la derecha, un grupo de acogidos en el programa de Serpaj para niños y jóvenes en situación de riesgo



carcelaria, pues ya había sido detenido y encarcelado en Brasil en 1975 y en Ecuador en 1976. Y su currículo siguió aumentando, incluso después de la concesión del Nobel, con encarcelamientos en Brasil de nuevo, Chile y Uruguay, mientras que Paraguay le denegó el permiso para entrar en el país.

Además de continuar su labor en Latinoamérica, durante años promovió también acciones en zonas o países bajo regímenes autoritarios o víctimas de conflictos, como Polonia, Sudáfrica, Oriente Medio, Tíbet y Afganistán. Testigo de cargo en diversos juicios sobre la dictadura argentina, denunció las amnistías dictadas por el presidente Carlos Menem para perdonar a los militares golpistas.

En 1981 publicó *El Cristo del poncho*, el primero de sus seis libros, en los que relata sus vivencias y pensamientos. El último, publicado en 2011 bajo el título de *Resistir en la Esperanza*, recoge cartas y artículos publicados a lo largo de los 40 años anteriores.

En el discurso del Nobel resumió su trayectoria como un “caminar junto a mis hermanos, lo pobres, los que son perseguidos, los que tienen hambre y sed de justicia, los que padecen por causa de la opresión, los que se angustian ante la perspectiva de la guerra, los que sufren la agresión de la violencia o ven postergados sus derechos elementales. Es por todos ellos que estoy aquí”. Y junto a la denuncia defendió el recurso a la esperanza, que consideraba la “energía necesaria” para su labor. **IFB ■**

Baruj Benacerraf

Premio Nobel de Medicina 1980

En su libro *Mi compromiso con la ciencia*, el médico e investigador venezolano Marcel Roche dice que su paisano Baruj Benacerraf “no es producto cultural de Venezuela sino de Francia y Estados Unidos”. Dice además que quizás si hubiera seguido viviendo en este país suramericano difícilmente habría ganado el premio Nobel de Fisiología y Medicina 1980, que compartió con sus colegas George Snell, de Estados Unidos, y Jean Dausset, de Francia.

Su campo de estudio era muy sofisticado para las posibilidades que le pudo haber ofrecido su país natal: buscaba explicaciones a las diferentes reacciones del sistema inmune frente a antígenos extraños. Sus investigaciones lo llevaron a identificar genes que jugaban un papel importante regulando esas reacciones. Los llamó “genes de respuesta inmune”, y se encuentran dentro del llamado complejo mayor de his-



Baruj Benacerraf



A la derecha, Baruj Benacerraf recibe el premio Nobel de manos del Rey Carlos Gustavo de Suecia. A la izquierda el diploma acreditativo



OLIVER B. LUBBY

tocompatibilidad (MHC), útiles por ejemplo para combatir las enfermedades infecciosas, o para que quien recibe el trasplante de un órgano no genere una respuesta de rechazo.

El futuro médico e inmunólogo nació en Caracas, Venezuela, en 1920, hijo de padre marroquí, Abraham Benacerraf, y madre argelina, Henriette. Allí vivió hasta los 5 años, cuando la familia se trasladó a Francia. La Segunda Guerra Mundial hizo que regresaran a Caracas, pero los padres resolvieron enviarlo a continuar sus estudios en Estados Unidos, donde terminó su formación secundaria y estudió química. En su autobiografía, el propio investigador confiesa que, a pesar de presentarse a varias universidades con la intención de estudiar medicina, demostrando excelentes calificaciones, en ninguna lo admitieron, y considera que pudo haber sido por su origen étnico y por ser extranjero. Pero a veces aparece una mano amiga en los momentos más difíciles: el padre de un buen amigo suyo era asistente del presidente de la Escuela de Medicina de Virginia, en Richmond. Y gracias a la intermediación de George Bakeman, Baruj logró que lo entrevistaran y pudo por fin iniciar la carrera que deseaba.

El año 1943 marca un hito en su vida personal: contrae matrimonio con la francesa Annette Dreyfus y obtiene la ciudadanía norteamericana. Acostumbrado a viajar entre el continente americano y Europa, por diferentes razones familiares y profesionales, se radicó unos años en París, luego en Nancy, volvió a Estados Unidos y también a Venezuela, donde



asumió los negocios de la familia, dado que su padre había enfermado y ya se encontraban viviendo en Francia de nuevo. “Después de más de una década [viviendo en Francia], ¡estaba de nuevo en mi tierra natal!”, escribió en 1998 en su libro autobiográfico *From Caracas to Stockholm: a life in medical science*; “el clima era hermoso, la vegetación exuberante y la gente amable y muy amigable... Nadie tenía prisa... Todo allí dependía mucho de las relaciones personales y de las amistades, que se tomaban muy en serio”.

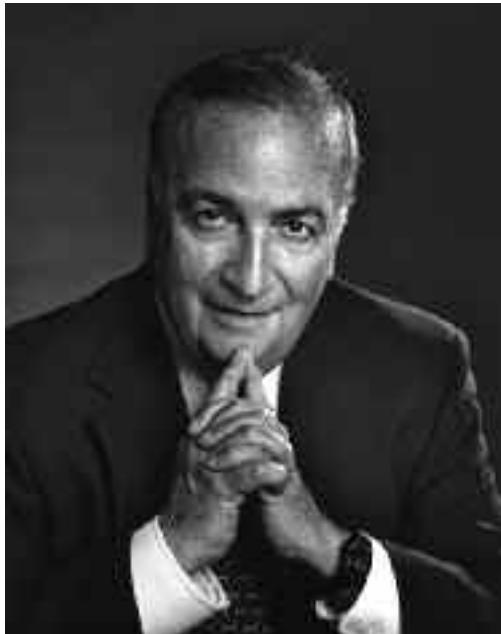
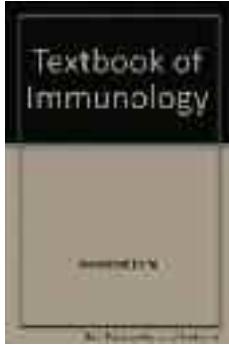
Baruj Benacerraf pudo haber sido comerciante como su padre y vivir de los negocios holgadamente, pues incluso eran dueños de un banco. Pero tenía otros intereses, y no solamente estaban en la medicina: sentía especial pasión por la investigación científica desde muy pequeño, cuando fue diagnosticado con asma bronquial. ¿Cuáles son las razones para que las personas sufran de alergias? ¿Y por qué hay personas que son más alérgicas que otras? Estas preguntas lo llevarían a dedicar su vida científica a estudiar la base genética de la respuesta inmunológica, lo que inició en el año 1948 bajo la dirección de Elvin Kabat, en los laboratorios del Instituto Neurológico de la Universidad de Columbia. La comunidad científica reconoce que fue un trabajo pionero, principalmente por haber definido esos genes de respuesta inmune o IR. Además, porque si bien trabajos anteriores de sus dos compañeros de premio,



Arriba, foto de familia de los galardonados con los premios Nobel de 1980. Abajo, Benacerraf en esa época

Dausset y Snell, habían sentado las bases de la histocompatibilidad, Baruj le puso la biología al complejo mayor de histocompatibilidad, el sistema que controla la respuesta inmune del organismo frente a cuerpos extraños.

Su otro gran aporte es la escuela de inmunólogos brillantes a los que formó en sus laboratorios; primero en la Universidad de Nueva York, donde fue profesor de patología; y luego en el Laboratorio de Inmunología del Instituto de Enfermedades Infecciosas de los Institutos Nacionales de Salud. Ya andaba por los 50 años, y él se había prometido que en ese momento empezaría a dejar algunas de sus responsabilidades. “Pero supongo que debo ser uno de esos que, luego de una reacción inicial de miedo y duda, siempre se levantan para enfrentar un nuevo desafío emocionante si se les presenta adecuadamente”, reflexionaría entonces, y aceptó dirigir el laboratorio del Departamento de Patología de la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard.



Más tarde dirigió el Instituto de Cáncer Dana Faber, donde no solo hizo aportes desde el punto de vista científico, sino que dejó su huella como administrador gracias a las enseñanzas de su padre. Mientras estuvo en sus manos logró que creciera su reputación internacionalmente y años más tarde, el presidente Edward J. Benz Jr. reconocería en Benacerraf todos sus aportes cuando dijo: “Su trabajo le ha dado forma a todo, desde los trasplantes de órganos hasta el tratamiento de SIDA y, más recientemente, el desarrollo de vacunas terapéuticas para el cáncer”.

Su recia personalidad, siempre en busca de la excelencia, se infiere de la entrevista publicada en la edición del 9 de noviembre de 1990 del Harvard University Gazette: “Creo que debemos establecer los más altos estándares para nosotros mismos y exigirlos a aquellos a quienes enseñamos. Las personas tienen una

capacidad de logro mucho mayor de lo que creen, a menos que se relajen (...) Esto es particularmente cierto en aquellos a quienes se les da la oportunidad de brindar sus conocimientos para beneficio de la humanidad. De quien mucho se recibe, mucho se debe esperar”. Nunca perdió su capacidad de asombro. Se sorprendía con los avances en el conocimiento que conseguía y agradecía ser parte de los grupos de investigación que develaban secretos de la naturaleza.

Baruj Benacerraf murió en 2011 a los 90 años. “La inmunología, como disciplina, ha perdido a uno de sus grandes y colaboradores”, finalizaba el *Memorial Minute*, un texto de reflexión sobre la vida y las contribuciones de los profesores titulares o eméritos de la Escuela de Medicina de Harvard, que reconoce los esfuerzos dedicados a la ciencia y la medicina.

Marcel Roche, quien fuera director del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), lamentó que su país no le hubiera brindado



Baruj Benacerraf en su laboratorio



OLIVER B. LUBBY

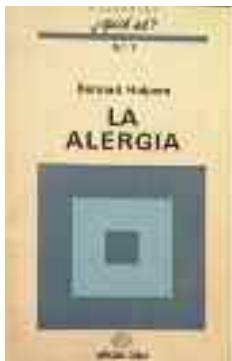


más apoyo a Benacerraf. Confiesa que él no le ofreció trabajo porque creyó que Venezuela no estaba preparada para investigar en su campo. “Y posiblemente mi omisión —para la cual hago pública *mea culpa*— le permitió, después de todo, ganar el Premio Nobel”.

Aunque a lo largo de su vida mantuvo siempre cierta relación con su país de nacimiento, en Venezuela el inmunólogo hubiera sido afectado, entre otros aspectos, por los limitados presupuestos para la ciencia, por lo que Roche continúa y remata: “Por tanto, la gloria que recae en Venezuela en este caso se limita a la migaja que resulta de su nacimiento en nuestro terruño”.

Es muy probable que el propio Benacerraf fuera consciente de las limitaciones que tendría en Venezuela para sacar adelante sus investigaciones. Pero a pesar de eso, dice su nieto Oliver Libby (hijo de Beryl, la única hija del premio Nobel), nunca se olvidó de su patria chica. En una entrevista concedida a la BBC Libby dijo: “Hablabla español con orgullo. Era muy consciente de su herencia y tenía un lugar especial en su corazón para Caracas. Ser el premio Nobel de Venezuela era algo que le daba gran felicidad”.

LF ■



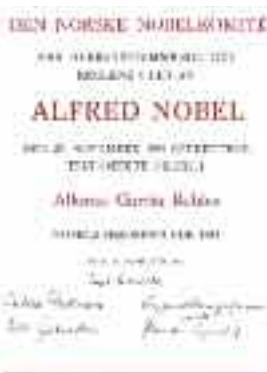
Alfonso García Robles

Premio Nobel de la Paz 1982

Justo cuando ocurrían las enardecidas batallas de la Revolución Mexicana que enfrentó a grupos armados de todo el país para sacar del poder al presidente Porfirio Díaz, nació, el 20 de marzo de 1911, en Zamora, Michoacán, Alfonso García Robles, hijo de Quirino García Cacho, comerciante zamorano, y Teresa Robles González, originaria de Autlán, Jalisco. A pesar de haber nacido en un México azotado por la violencia y el conflicto armado, Alfonso creció en una familia juiciosa que fue fundamental para forjarse un carácter tranquilo y afable, con una convencida devoción a su país.

Tras sus estudios de primaria, que cursó en Zamora y Guadalajara, ingresó a la escuela anexa del Seminario Conciliar de Zamora, motivado por la religiosidad de su madre y las aspiraciones de su familia para convertirlo en sacerdote. El historiador Rafael Medina Martínez cuenta que allí Alfonso aprendería “el arte de callar, la ciencia de ocultarse a sí mismo, la maestría para observar” así como a dominar las expresiones





Diploma Nobel y García Robles durante la ceremonia de entrega

de su rostro y hablar de forma serena y pausada, habilidades que le acompañarían toda su vida. En 1926, cuando acababa de cumplir 15 años, el presidente Plutarco Elías Calles aprobó una ley que prohibía la participación de la Iglesia en la política y la educación, lo que desató la Guerra Cristera, un sangriento enfrentamiento de tres años entre creyentes (los cristeros) y el ejército nacional y las milicias laicas. Ante los riesgos que el enfrentamiento suponía, su padre decidió sacarlo del seminario.

Pero esta interrupción no detuvo el aprendizaje de García Robles. Mientras decidía su futuro, aprendía de forma autodidacta geografía, historia y literatura, y empezaba su atracción por las leyes. En 1929, cuando termina la Guerra Cristera, Alfonso inicia sus estudios de preparatoria en el Instituto de Ciencias de Guadalajara, y luego en la Escuela Preparatoria de Jalisco, donde destacó en la mayoría de las materias y recibió reconocimientos por su desempeño. En 1931 se mudó a la Ciudad de México para ingresar a la Escuela de Jurisprudencia, hoy Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde se deleitaba con sus cursos de derecho internacional, historia universal y derecho romano. Cerca de terminar la carrera, lo invitaron a participar en el Congreso Internacional *Pax Romana*, en Roma, donde jóvenes católicos de distintos países debatieron en busca de la fraternidad mundial. Europa lo dejó pasmado y decidió quedarse más tiempo para estudiar sus últimas materias en la Sorbona, París, con el apoyo económico de sus padres. Allí se especializó en tratados internacionales,

convenciones y pactos multilaterales y se estrenó como columnista en el periódico mexicano *El Universal*, donde hablaba de política y cultura europeas y de sus preocupaciones por las guerras venideras.

Era la época en la que se descubrían las armas químicas y nucleares que años más tarde se usarían para exterminar poblaciones enteras. Se utilizaban neurotóxicos, sustancias capaces de atacar el sistema nervioso central y provocar síntomas graves, como convulsiones, hasta llevar a un paro respiratorio y la muerte. El sarín, por ejemplo, es un gas creado en 1939 en Alemania que se utilizó inicialmente como un pesticida, pero dada su toxicidad se analizaron sus alcances mortales para utilizarse hasta 1980, durante la guerra entre Irán e Iraq. Un año antes, en 1938, la ciencia producía la primera reacción en cadena de fisión nuclear, un fenómeno que permite generar grandes cantidades de energía al fragmentar núcleos atómicos, utilizado en las bombas de Hiroshima y Nagasaki.

Para García Robles, estas eran alarmas preocupantes y advertía la falta de atención que tenían los asuntos de paz internacional en todo el mundo; criticaba la poca importancia que la prensa francesa y europea le daba a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz de Buenos Aires, en 1936, y que sería uno de los primeros encuentros en los que participaban representantes de diversos países de América, incluido el presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt, para establecer medidas en favor de la paz en América y en el resto del planeta.

En 1939, mientras se encontraba en un congreso de paz en Bergen, Noruega, estalló la Segunda Guerra Mundial. Entre bombardeos, García Robles viajó en un tren nocturno de Noruega a Estocolmo para hacer el examen e integrarse, finalmente, el 1 de octubre de 1939, al Servicio Exterior Mexicano como tercer secretario en representación de México en



El diplomático mexicano en 1981

Suecia, donde permanecería los siguientes dos años. Aquel periodo fue de gran aprendizaje para el joven diplomático y definitorio para que se propusiera como un objetivo vital el defender la paz.

En 1941 vuelve a México para dedicarse a analizar conflictos bélicos, crear propuestas para acabar con la guerra y definir la participación de su país en conferencias y acuerdos de soluciones pacíficas para conflictos armados. Sus seguidores lo describirían como uno de los diplomáticos que mejor combinaban amor y conocimiento del México profundo con una visión internacional de amplio horizonte.

Mientras trabajaba por la paz, el mundo se hundía en la guerra, con millones de personas que perdieron la vida en el conflicto y, con el colofón de las bombas atómicas sobre Japón, en 1945, que provocaron una destrucción masiva. El 24 de octubre de 1945 nació la Organización de las Naciones Unidas (ONU), con sede en Nueva York, y García Robles fue invitado a ser miembro de su Consejo de Seguridad, lo que le proporcionó una gran experiencia en la resolución de conflictos en sitios como Indonesia, Cachemira y el Canal de Suez.

Pero la proeza diplomática más significativa de García Robles llegaría años más tarde, cuando la carrera por el desarrollo de armas nucleares entre Estados Unidos y la Unión Soviética alertaba al mundo de una nueva



García Robles dirigiéndose a los participantes en una reunión del Tratado de Tlatelolco



FUNDACIÓN DIPLOMÁTICA ALFONSO GARCÍA ROBLES

guerra. Fue un embarque cargado de proyectiles nucleares proveniente de la Unión Soviética y con destino a Cuba lo que incrementó la tensión entre las principales potencias mundiales. Estados Unidos solicitó la retirada de los proyectiles, que amenazaban con provocar la Tercera Guerra Mundial. México, por su posición geográfica, sería el principal afectado si la Unión Soviética se decidía a atacar nuclearmente a Estados Unidos; por ello, el presidente Adolfo López Mateos retomó la iniciativa de su homólogo brasileño, João Goulart, para liberar a América Latina de las armas nucleares.

La encomienda quedaría en las manos de Alfonso García Robles, quien reunió todas sus fuerzas para trabajar en una propuesta de pacto a favor del desarme nuclear. Tras varios años de discusiones y negociaciones, logró consumar el Tratado para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina, conocido como el Tratado de Tlatelolco, un acuerdo internacional que fue firmado en febrero de 1967 por 14 estados, con el objetivo de prohibir por completo las armas nucleares en América Latina y el Caribe. El convenio surgió como una medida para evitar un conflicto nuclear y sirvió para que todos los países firmantes (33 en total) se mantuvieran al margen de este armamento. El Tratado de Tlatelolco “es, en verdad, un ejemplo que América Latina ofrece al mundo de su vocación pacifista y de su repudio inequívoco de toda posible carrera de armamentos nucleares”, dijo García Robles ante el Comité de Desarme de las Dieciocho Naciones, un grupo auspiciado por la ONU que desarrolló el



Durante una reunión de la Comisión por la Desnuclearización de Latinoamérica



A la izquierda, en una reunión celebrada en la ONU. A la derecha, con Alva Myrdal, con quien compartió el premio Nobel de 1982



Tratado de No Proliferación Nuclear de 1968. García Robles contribuyó decisivamente a este acuerdo con sus esfuerzos para que nuevos países, incluidos los que poseían armas nucleares, firmaran y ratificaran el Tratado de Tlatelolco. Su voz y la de la delegada sueca Alva Myrdal fueron las más críticas con las potencias que continuaban haciendo pruebas atómicas.

En 1981 García Robles ocupó el cargo de Embajador Emérito de México y su trabajo recibía el reconocimiento con homenajes en todo el mundo y, finalmente, con el más grande galardón, el premio Nobel de la Paz, que llegaría en 1982 para él y para Alva Myrdal, “por su magnífico trabajo en las negociaciones del desarme en las Naciones Unidas, donde ambos jugaron un rol y ganaron el reconocimiento internacional”. El mexicano recibió el premio con un sólido discurso que concluyó con una de sus frases más recordadas: “La humanidad está confrontada con una decisión: debemos detener la carrera armamentista y proceder al desarme... o encarar la aniquilación”.

El reconocimiento a Alfonso García Robles no solo destaca por el valor internacional que se le dio al trabajo de un mexicano preocupado por la paz del mundo, sino porque con la distinción se reconocía también que el desarme mundial era una discusión vigente y necesaria. Alfonso García Robles falleció a los 80 años, el 2 de septiembre de 1991, en Ciudad de México, dejando como legado un ejercicio de diplomacia pleno y estratégico en el que México fue protagonista.

AR ■

Gabriel García Márquez

Premio Nobel de Literatura 1982

¡Qué no se ha dicho hasta ahora de Gabriel García Márquez, en todos los idiomas! Cuántas tesis y ensayos se han escrito sobre su obra maestra, *Cien años de soledad*, libro de 350 páginas que escribió de un solo tirón en 18 meses, pero que estuvo rumiando 20 años. ¿Qué decir de este costeño, nacido en 1927 en Aracataca —una población calurosa, polvorienta y olvidada de la costa caribe colombiana—, que no solo se caracterizó por sus atuendos tropicales, de medias (calcetines) amarillas y camisas de flores de todos los colores —por eso lo llamaban *trapoloco*—, sino, sobre todo, por su original estilo al escribir, porque fue madurando su técnica, única, que lo convirtió en maestro del periodismo, de la poesía, de la narrativa, de la literatura?

Solía decir que su premio Nobel se lo debía a partes iguales a la literatura y al periodismo. Y como buen periodista murió en la inolvidable Ciudad de México un jueves santo, cuando los colegas de prensa escrita descansan porque el viernes no circulan los periódicos. Ese día todos llegaron a su redacción para producir ediciones especiales y escribir su homenaje a quien marcó una huella sin precedentes en el planeta. Siendo novelista siempre extrañó el periodismo, “el mejor oficio del mundo”, y siempre se interesó por estimular vocaciones, formar periodistas íntegros, curiosos, para quienes la investigación y el trabajo en la calle fuera parte esencial de su ADN, junto a la facilidad de contar historias. “La mejor noticia no es siempre la que se da primero, sino la que se da mejor”. Así que no basta con el talento: son necesarias la cultura, la técnica y la experiencia.

El reportaje, que para Gabo era un cuento completo, lo concebía como género literario más que como medio de información. Abogaba por él y lamentaba que cada vez se veía menos en la prensa: “Creo que es la prisa y la restricción del espacio lo que ha minimi-

GABRIEL





Arriba, ceremonia de entrega del premio Nobel y diploma acreditativo.
Abajo, primera edición de su obra más representativa, *Cien años de soledad*



FUNDACIÓN CABO

zado el reportaje, que siempre tuvimos como el género estrella, pero que es también el que requiere más tiempo, más investigación, más reflexión, y un dominio certero del arte de escribir. Es la reconstitución minuciosa y verídica del hecho. Es decir: la noticia completa, tal como sucedió en la realidad, para que el lector la conozca como si hubiera estado en el lugar de los hechos”.

Empezó escribiendo poemas y cuentos, en su época del colegio, y el diario *El Espectador* le publicó su primer relato *La tercera resignación*, en 1947. Ese mismo diario publicaría el primer capítulo de *Cien años de soledad* un año antes (1966) de que la Editorial Sudamericana de Argentina imprimiera un primer tiraje de 8.000 ejemplares que, dicen, se agotó en una semana. Ya van alrededor de 50 millones vendidos y quién sabe cuántas ediciones piratas.

No se le conoce por sus poemas *pedracielistas*, sino por la poesía que hay en sus relatos, inspirada en su infancia, cuando escuchaba absorto las historias de su abuela Tranquilina Iguarán y las de su abuelo, el coronel Nicolás Márquez. Los de ella, relatos imaginativos plagados de fantasmas y de magia; los de él, basados en la cruda realidad de la Colombia de la primera mitad del siglo XX.

Su realismo mágico es el producto de un narrador con ritmo en cada una de sus frases, salpicadas de ingeniosas metáforas, y por el uso magistral de los adjetivos; por el gusto y el placer que sentía al ver que sus palabras musicalizaban como los vallenatos que tanto escuchó y cantó.





Porque “la poesía es la energía secreta que cuece los garbanzos en la cocina”, decía, y logró, en sus escritos, una prosa poética inspirada en hechos de la realidad, contada con la gracia de un circense—a propósito, quiso ser prestidigitador—, y por tanto atrapa-lectores. O quizá fue al contrario: una prosa poética inspirada en su imaginación, aterrizada en hechos de la realidad.

Escribió frases como “Porque aquel desastre colosal no tendría días siguientes”, “Amaranta Úrsula fue cerrando los dedos como un molusco”, “Es un campesino de esos que, aunque se quiten el sombrero, siguen teniendo cara de llevarlo puesto”, “Indiscutiblemente, el jueves es un día entre paréntesis”.

Las escribió desde sus primeras columnas, cuentos, crónicas, reportajes, novelas. Al periodismo le dedicó diferentes etapas de su vida, colaboró con infinidad de medios colombianos y extranjeros y apoyó la creación de nuevos medios, como *Alternativa* (1974-1980), su “etapa militante” según su biógrafo Gerald Martin, y *Cambio* (1998-2006). Cada nota publicada era una prueba indiscutible de que estaba transformando la manera de hacer periodismo en el país. Innovó en un periodismo literario.

Y fue el periodismo el que le dio las bases para sus novelas. Dicen que su obra maestra es la historia misma del país donde se inició como periodista, a pesar de que vivió más en México y en España que en su Colombia querida, a la que siempre apoyó. Conocía al colombiano como el que más. Así lo describe en la proclama de la Misión de Ciencia, Edu-

A la izquierda, con Jorge Amado. A la derecha, durante la ceremonia Nobel



cación y Desarrollo (1995), más conocida como Misión de Sabios, cuando el gobierno de César Gaviria (1990-1994) convocó a 10 personajes colombianos para que reflexionaran sobre el país: científicos, empresarios, pensadores y Gabo se reunieron durante nueve meses y entregaron sus resultados. Él fue el encargado de escribir la proclama, una radiografía de la historia de los colombianos, su personalidad, sus luchas y sus logros, que finalizó abogando por una “educación que integre las ciencias y las artes a la canasta familiar” e invitando a construir “el país próspero y justo que soñamos: al alcance de los niños”. Gabo es “el hombre que quizá más ha contribuido en la historia a delinear la identidad de Colombia y los colombianos”, escribió la revista *Cromos* en 2014.

Detestaba dar entrevistas, pero las aceptaba porque él mismo había estado en ese lado de la conversación. Todavía más si las grababan. Decía que la grabadora había reemplazado tres recursos clave del trabajo del periodista: “la libreta de notas, una ética a toda prueba, y un par de oídos que los reporteros usábamos todavía para oír lo que nos decían”. Pero luego entendió su importancia y empezó a grabar las entrevistas que le

Gabo vistió un liqui-liqui, traje de los llanos venezolanos y colombianos, en la ceremonia de los Nobel, ya que se negó a vestir frac



HARRY RAMSOM CENTER, UNIVERSIDAD DE TEXAS

hacían, por aquello de que “la vida no es la que uno vivió, sino la que recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

Tuvo su horario para teclear y acarició todas sus máquinas de escribir, desde la Remington portátil que le regaló su padre Gabriel Eligio García, pasando por varias eléctricas, hasta el último computador. Estaba con ellas varias horas al día, pero no era él, sino su máquina la que se fatigaba. Aunque a veces se compenetraba tanto con sus teclas que parecía que ella sabía qué era lo que su dueño quería escribir y lo escribía. Como magia. Como su vida.

Su obsesión por un buen periodismo lo llevó a montar la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) con sede en Cartagena de Indias, Colombia. Con los mejores periodistas como maestros, él mismo lideró varios de los talleres ofrecidos, muestra de su generosidad al compartir toda su experiencia con los afortunados alumnos.

Fue el marido y el mejor amigo de su Gaba, doña Mercedes Barcha, su compañera inseparable, a quien debía buena parte de los honores que recibió y la existencia de dos hijos, Rodrigo y Gonzalo. Ella le mantenía flores amarillas, su color preferido, porque le daba buena suerte. Gabo



Con la ministra de Cultura de Colombia, Paula Moreno, en el Festival de Cine de Guadalajara de 2009



Izquierda, con el cineasta Gillo Pontecorvo. Derecha, acto de celebración del undécimo aniversario de la Fundación Gabo



creía que la Gaba —su polo a tierra—, y ser piscis —su lado esotérico—, era lo que le daba una gran ventaja en la vida, pero también era un convencido de la importancia de la ciencia para países que, como Colombia, necesitaban cambiar violencia e injusticias por paz y equidad.

El día que murió fue noticia de primera página de cientos de periódicos en todos los idiomas. No era para menos, teniendo en cuenta que había dejado huella en la literatura y además era invitado de honor en casas presidenciales, castillos, salas de redacción, cines y organizaciones internacionales de toda índole. Pero la soledad lo acompañó en todas sus obras. Fue una palabra que siempre estuvo en su vocabulario. “Aquí se pasa uno la vida esperando un amigo de García Márquez, pero todos los que llegan son amigos del escritor y no del tipo de 40 años que nació en Aracataca”, dijo alguna vez.

Su discurso al recibir el Nobel lo tituló *La soledad de América Latina*. Y así justificó el premio la Academia Sueca: “Por sus novelas e historias cortas, en las que lo fantástico y lo real se combinan en un mundo ricamente compuesto de imaginación, lo que refleja la vida y los conflictos de un continente”. Era tan exigente en su escritura que quién sabe cuántas cuartillas de su puño y letra y de su máquina de escribir tiró a la basura o las quemó en la chimenea. ¡Qué ganas de leerlas!

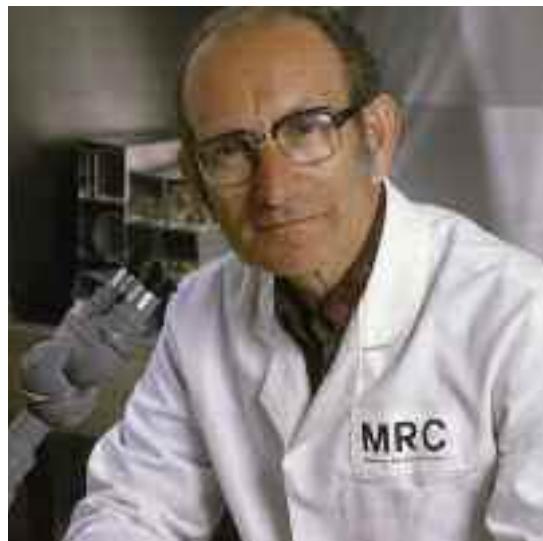
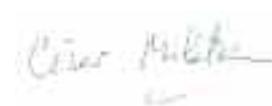
LF ■

César Milstein

Premio Nobel de Medicina 1984

El 8 de octubre de 2010, la versión argentina del buscador de Google hizo una recreación artística de los anticuerpos monoclonales. Se homenajeaba así al primero que encontró un método para fabricarlos, César Milstein (Bahía Blanca, Argentina, 1927 - Cambridge, Reino Unido, 2002), en el aniversario de su nacimiento. Este reconocimiento póstumo se sumaba a otros muchos que recibió en vida. Incluido el Nobel de Medicina y Fisiología, en 1984, que compartió con su compañero de laboratorio George Kohler y con el inmunólogo danés Niels K. Jerne. El premio reconoció las “teorías sobre la especificidad en el desarrollo y control del sistema inmunológico y el descubrimiento del principio para la producción de anticuerpos monoclonales”.

El sistema inmunitario del organismo ataca las sustancias potencialmente dañinas mediante la producción de ciertas proteínas denominadas anticuerpos. Cuando un microorganismo penetra en el cuerpo, el sistema inmune genera anticuerpos específicos capaces de reconocer una molécula concreta, llamada antígeno, del invasor. Tras una primera infección, estas proteínas circulan por el cuerpo hasta que detectan el antígeno del agente extraño y se adhieren a él, anulándolo o marcándolo para que otras células del organismo lo destruyan. Actualmente, estas moléculas se pueden crear en laboratorio dispuestas para pegarse a una diana concreta (un antígeno), y se pueden clonar para obtener un batallón de anticuerpos monoclonales, es decir, idénticos. Una panacea de marcadores precisos capaces de desenmascarar una enfermedad determinada y de tratarla, destruyéndola sin tocar ninguna otra célula sana. También, son útiles para





ARCHIVO THE CESAR AND CELIA MILSTEIN FOUNDATION



Diploma Nobel, entrega del premio por el Rey de Suecia e invitación para el acto

evitar el rechazo en trasplantes, así como en la industria y en la biotecnología, para la detección de sustancias.

Pero, a principios de la década de 1970, estos inmunoseros a la carta no existían todavía ni en la imaginación de los inmunólogos más reputados. Todo comenzó, como en tantos otros casos en la historia de la ciencia, con una cadena de casualidades. Por aquellos años, César Milstein acudió a un congreso en el Instituto de Inmunología de Basilea (Suiza) donde conoció a un estudiante postdoctoral alemán —Köhler—, al que le ofreció trabajar en su laboratorio. Allí, los dos trabajaron sin éxito en tratar de forzar a las células del cuerpo a realizar la función defensiva deseada. Fue esta imposibilidad la que les animó a probar a crearlas.

En agosto de 1975, ambos investigadores publicaron en la revista *Nature* el descubrimiento: habían conseguido fusionar células cancerosas que producían anticuerpos —y que se reproducen permanentemente *in vitro*— con otras que generaban los anticuerpos deseados. Por primera vez se conseguía crear artificialmente tres híbridos capaces de crecer permanentemente y que segregaban anticuerpos antihematíes idénticos —que evitan la destrucción de los glóbulos rojos—. El impacto entre la comunidad científica fue mayúsculo.

La técnica de obtención de hibridomas productores de anticuerpos monoclonales, que es como se llama técnicamente, nunca se patentó, lo que hubiese enriquecido enormemente a Milstein. Por una parte, por sus



Izquierda, César Milstein con su padre, Lázaro, en la ceremonia de los Nobel. Arriba, portada del artículo de Nature donde presentaba su descubrimiento

convicciones y, por otra, porque el centro de investigación no veía el potencial comercial del producto. «Ciertamente es difícil para nosotros identificar cualquier aplicación práctica inmediata que pueda llevarse a cabo como una empresa comercial», rezaba una nota de la época.

La comunidad científica agradeció el gran aporte del descubrimiento y, en 1980, Milstein recibió los premios Lovisa Gross Horowitz, de la estadounidense Universidad de Columbia, y el de la Fundación Wolf, de Israel. Un año más tarde, en 1981, compartió con Köhler el Premio de la Fundación Gairdner de la New York Medical Society, entre otros muchos. Después, vendría el Nobel.

Su historia es como la de muchos otros exiliados científicos. Nació en la ciudad costera de Bahía Blanca, al sur de Argentina, en el año 1927. Años antes, en 1913, había llegado hasta allí su padre, Lázaro Milstein, un judío ucraniano que huía de la convulsa Europa de principios del siglo XX y que se casó con Máxima Vapñarsky, una maestra, y tuvieron tres hijos. César fue el segundo de ellos, tras Óscar y antes de Ernesto, y el más travieso y rebelde de los tres. Puede que la lectura del libro de biografías de biólogos importantes, *Los cazadores de microbios* de Paul de



Kruif, con poco más de diez años, le influenciara para elegir sus estudios posteriores. El hecho es que, en 1945, se trasladó a Buenos Aires para acudir a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, donde obtuvo su doctorado en químicas y un premio especial por parte de la Sociedad Bioquímica Argentina.

Como él mismo reconoce, no fue un estudiante brillante, aunque sí activo en los círculos políticos de la universidad. Fue en ese entorno donde conoció a la también descendiente de migrantes de Ucrania, Celia Prilleltensky, con la que se casó tras graduarse. Después ambos se tomaron un año sabático de luna de miel “muy inusual y romántico” —recordaba— haciendo autostop por la mayoría de los países de Europa. Celia sería su compañera hasta su muerte.

Tras obtener una beca del British Council en 1960, se incorporó al Departamento de Bioquímica de la Universidad de Cambridge (Inglaterra), donde realizó un segundo doctorado. Fue allí donde comenzó a colaborar con Fred Sanger, bioquímico y premio Nobel de Química en 1958, por secuenciar por primera vez una proteína, la insulina (en 1980 volvió a recibir



Con su esposa, Celia, celebrando el anuncio de la concesión del premio



ARCHIVO THE CESAR AND CELIA MILSTEIN FOUNDATION

el galardón sueco por sus trabajos para secuenciar los ácidos nucleicos).

La gustaba caminar, practicaba buceo, escalaba, hacía remo y todo tipo de deportes de riesgo. También era aficionado a la música, tanto a escucharla como a cantarla y tocarla, “aunque desafinaba mucho”, apunta Diana Milstein, doctora en Antropología y sobrina del Nobel en el documental biográfico *Un fueguito. La historia de César Milstein* (2010). En él aparece el químico como un gran conversador, generoso y muy apegado a su familia.

En 1961 regresó a Argentina como jefe del departamento de Biología Molecular del recién creado Instituto Nacional de Microbiología Carlos Malbrán, situado en la capital. Pero solo duró allí un año. En 1962 se produjo un golpe militar y el investigador, que había militado en su juventud en el movimiento anarquista, fue apartado y hostigado. Aunque no le obligaron a marcharse, lo hizo porque comprendió que, si permanecía, no podría hacer ciencia. Abandonó de nuevo el país y regresó a Reino Unido, donde fue recibido con los brazos abiertos en el Laboratorio del

ARCHIVO THE CESAR AND CELIA MILSTEIN FOUNDATION



César Milstein en su laboratorio



Izquierda, con la reina Silvia de Suecia en la gala Nobel.
Derecha, con otros galardonados de 1984



Consejo de Investigación Médica de Biología Molecular, a las afueras de Cambridge. Allí, de nuevo, le acogió su mentor, Sanger, quien le sugirió estudiar unas raras y fascinantes moléculas: los anticuerpos. A ellos dedicaría el resto de su vida científica.

Su objetivo era descifrar la base estructural del polimorfismo de los anticuerpos y secuenciarlos para comprender su diversidad funcional. Como el propio Milstein contaba en su discurso de entrega del Nobel, al principio le pareció “un experimento muy simple: tomar dos moléculas de anticuerpos diferentes y comparar sus secuencias primarias; lo que delataría el secreto de la diversidad de anticuerpos. Afortunadamente en ese momento yo era lo suficientemente ignorante como para darme cuenta de lo ingenuo que estaba siendo”.

En 1983, Milstein se puso a la cabeza de la División de Química de Proteínas y Ácidos Nucleicos de la Universidad de Cambridge, puesto que ostentó hasta 1995, cuando cumplió la edad máxima permitida. Después, aunque aquejado por frecuentes fallos cardíacos, siguió investigando desde un pequeño laboratorio. Finalmente, a los 74 años, murió en la madrugada del 24 de marzo de 2002, tras sufrir un infarto de miocardio. Poco antes, cuando el cardiólogo que le asistía le preguntó a qué se dedicaba, Milstein respondió: «*I dabble a bit in science*», algo así como “hago algunas cosillas en ciencia”.

Óscar Arias Sánchez

Premio Nobel de la Paz en 1987

“La paz es un proceso que nunca termina, es el resultado de innumerables decisiones tomadas por muchas personas en muchos países. Es una actitud, una forma de vida, una manera de solucionar problemas y de resolver conflictos. No se puede forzar en la nación más pequeña ni puede imponerla la nación más grande. No puede ignorar nuestras diferencias ni dejar pasar inadvertidos nuestros intereses comunes. Requiere que trabajemos y vivamos juntos”. El 10 de diciembre de 1987, Óscar Arias Sánchez, presidente de Costa Rica, dio un discurso sobre el poder de los acuerdos en su aceptación del premio Nobel de la Paz. El comité sueco reconocía sus esfuerzos para conseguir acordar un plan de paz que pusiera fin a las crueles guerras civiles que asolaban Centroamérica como un vendaval. Solo unos meses antes, en agosto del mismo año, el Plan Arias para la Paz había sido firmado por Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. Entre sus objetivos, el acuerdo destacaba la celebración de elecciones libres, la protección de los dere-

Oscar Arias S





Diversos momentos del acto de entrega del premio Nobel

chos humanos y el fin de la injerencia extranjera en los asuntos internos de los países.

Óscar Arias Sánchez nació el 13 de octubre de 1949 en San José, capital de la República de Costa Rica, una nación de volcanes entre dos océanos, el Pacífico y el Atlántico, en una de las regiones más violentas del mundo: Centroamérica. Costa Rica era una isla de paz en medio de las trincheras: en 1948 el entonces presidente, José Figueres Ferrer, había abolido “el ejército de mi patria y le señaló, así, un curso diferente a nuestra historia”. Arias estu-

dió Derecho y Economía en Costa Rica, Estados Unidos y Gran Bretaña, y se doctoró en Economía con una tesis titulada: *¿Quién gobierna Costa Rica?* En 1970 inicia su carrera política, se afilia al partido socialdemócrata y trabaja de ayudante de José Figueres que, no muchos años después, le acompañaría a recibir su brillante premio Nobel. Cuando Figueres gana las elecciones en 1972, Arias entra en su Gobierno como ministro de Planificación Nacional y Economía Política. En 1975 su partido le elige secretario internacional y, en 1979, se convierte en su secretario general. Siete años después, en 1986, llega a la presidencia de Costa Rica tras vencer en las urnas al candidato del partido Unión Social Cristiana.

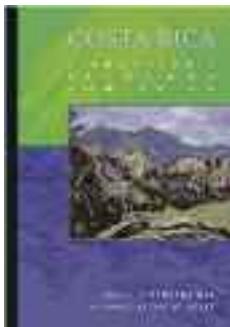


Es una época turbulenta. En la década de los ochenta El Salvador, Guatemala y Nicaragua estaban inmersos en sangrantes guerras civiles o sufriendo el acoso de guerrillas insurgentes contra las que surgían grupos paramilitares. Las dos superpotencias de entonces, Estados Unidos y la Unión Soviética, habían desplazado a esta región su batalla hegemónica apoyando a los distintos grupos en conflicto. Cuando llega a la presidencia en 1986, Arias niega a Estados Unidos el permiso para utilizar el territorio costarricense en apoyo de los grupos contrarrevolucionarios, también llamados Resistencia Nicaragüense o “La Contra”, que intentaban acabar con el gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional que gobernaba Nicaragua tras la dictadura de Anastasio Somoza. A pesar de su oposición a Estados Unidos, entonces bajo el mandato del republicano Ronald Reagan, Arias también critica duramente a los sandinistas por su falta de democracia y se resiste a los intentos estadounidenses de alterar el contenido del plan de paz en el que ya estaba trabajando para comprometer a Nicaragua y a los demás estados centroamericanos en un proceso de pacificación.

Con otros líderes internacionales. Arriba a la izquierda, con su hija y Michelle y Barack Obama; a la derecha, con Fidel Castro; y abajo con Luiz Inácio Lula da Silva

Estos esfuerzos daban continuidad a los iniciados por México, Panamá, Colombia y Venezuela, que en 1983 se reunieron en la Isla Contadora, en el Golfo de Panamá, y formaron lo que se conoció como el “Grupo Contadora”, con el objetivo de mediar en la búsqueda de una solución pacífica al conflicto armado en Centroamérica. En la primavera de 1986, Arias se reunió con los presidentes de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua para discutir las propuestas de solución pacífica elaboradas por el grupo de Contadora. No llegaron a un acuerdo.

Sin desanimarse, a principios de 1987, Arias consiguió convocar una nueva reunión en la que presentó su propio plan de paz, que se apartaba en algunos aspectos del plan de Contadora. En febrero de ese año convocó a los presidentes de Guatemala, El Salvador y Honduras a una reunión en San José para analizarlo y posteriormente visitó al presidente de Nicaragua. El llamado Plan Arias exigía el establecimiento de la democracia en cada país de la región como una condición indispensable para alcanzar una paz duradera. Después de superar muchos obstáculos y dificultades, contra todos los pronósticos, los cinco presidentes centroamericanos se

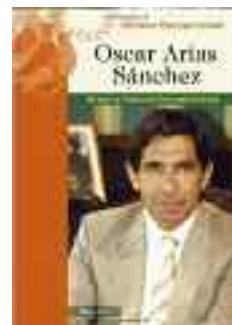


Óscar Arias durante su intervención en el Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos, Washington, 2006



reunieron en Ciudad de Guatemala el 6 de agosto de 1987. De madrugada, firmaron un acuerdo de paz, también conocido como Esquipulas II, abriendo una suerte de esperanza para la paz y la democracia en esa región convulsa.

“En Centroamérica, cinco presidentes hemos firmado un acuerdo para buscar una paz firme y duradera. Buscamos que callen las armas y hablen los hombres. Son armas convencionales las que están matando a nuestros hijos, son armas convencionales las que matan a nuestros jóvenes [...]. Soy uno de esos cinco hombres que firmamos un acuerdo, un compromiso que consiste, en gran parte, en el hecho de desear la paz con toda el alma”. Fue parte del discurso que pronunció Arias al recibir su premio en el frío de Oslo. “Lo recibo como uno de los 400 millones de latinoamericanos que buscan en el retorno a la libertad, en la práctica de la democracia, el camino para superar tanta miseria y tanta injusticia. Soy uno de esa América Latina de rostro marcado por profundas huellas de dolor, que recuerdan el destierro, la tortura, la prisión y la muerte de muchos de sus hombres y de sus mujeres. Soy uno de esa América Latina



Con su familia celebrando la concesión del premio Nobel



A la izquierda, Óscar Arias durante su segundo mandato presidencial. A la derecha, con la canciller alemana Ángela Merkel



cuya geografía aún exhibe regímenes totalitarios que avergüenzan a la humanidad entera”.

Un año después de recibir el Nobel, creó la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano, que forma parte de numerosas organizaciones, como el Consejo de InterAction, la Red Internacional de Negociación del Centro Carter, el Centro Peres para la Paz, el International Crisis Group y Transparencia Internacional. Por esa época, además, se dedica a escribir libros, es articulista de periódicos y da múltiples conferencias. Desde su Fundación continúa encabezando iniciativas por la paz y los derechos humanos. A pesar del reconocimiento conseguido, en 2006, veinte años después de su victoria en las elecciones, vuelve a presentarse y consigue un segundo mandato como presidente de Costa Rica hasta 2010. En Oslo, concluyó su discurso con estas palabras: “Recibo este premio como uno de los 27 millones de centroamericanos. Más de cien años de dictadores despiadados y de injusticias y pobreza generalizada, son el antecedente del despertar democrático de Centroamérica. Vivir la violencia durante otro siglo o alcanzar la paz superando el miedo a la libertad, es el reto de mi pequeña América. Solo la paz puede escribir una historia nueva”. Pese a todo, a día de hoy, Centroamérica sigue sufriendo el azote de la violencia. **EA ■**

Camilo José Cela

Premio Nobel de Literatura 1989

“La fábula literaria ha resultado ser un arma capaz de enseñarnos a los hombres por dónde puede seguirse en la carrera sin fin hacia la libertad”. Ser libre como objetivo con la escritura del relato como herramienta. Así cerraba Camilo José Cela (Iria Flavia, 1916 – Madrid, 2002) el discurso pronunciado al recibir el premio Nobel de literatura en 1989. Lo dijo con el aplomo del que ha probado mucho, del que hizo más veces lo que quiso que lo que le dejaban hacer, como reconoció en sus memorias. El que además de escritor fue pintor, editor, torero, político, actor de cine y soldado se convertía así en el séptimo español en recibir el codiciado galardón.

Su pasión por los libros empezó más de cinco décadas antes, en 1931. Él y su familia se habían trasladado hacía seis años a la capital desde su pueblo natal, Iria Flavia, en Galicia. Su vida transcurría entre expulsiones de *colegios de curas* por mal comportamiento y mudanzas a casas cada vez más grandes —casi todas ellas en calles elegantes—, según iban naciendo más hermanos. Entonces, enfermó de tuberculosis. Así que el adolescente de familia pudiente se pasó meses postrado en el ya inexistente Real Sanatorio de Guadarrama (Madrid). Y, para matar el tiempo leía a Ortega, a Baroja, a Valle-Inclán, a Stendhal, a Dostoievski y a Dickens, y además los 71 volúmenes de la colección *Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*.

A pesar de su voracidad lectora, después de recuperarse del trance no se decantó por las letras. Comenzó la carrera de Medicina en la Universidad Complutense de Madrid, pero la abandonó para asistir a las clases de literatura que impartía Pedro Salinas en la Facultad de

Camilo José Cela



FUNDACIÓN PÚBLICA GALLEGA CAMILO JOSÉ CELA



Diploma Nobel y entrega del premio por el Rey de Suecia



FUNDACIÓN PÚBLICA CALLEGA CAMILO JOSÉ CELA



Filosofía y Letras. Este poeta de la Generación del 27, junto con otras amistades que hizo esos años, como Miguel Hernández y María Zambrano, fueron los que terminaron de despertar su vocación literaria.

Con la Guerra Civil todos los proyectos vitales entraron en pausa. Se alistó en el bando nacional, primer episodio de su polémica relación con el régimen franquista, que le llevó después a ofrecerse como informante. Como miliciano, duró poco en el frente, pues en 1937 cayó enfermo o herido (no se sabe con certeza). Dio tumbos por León y La Coruña hasta que en 1939, con 21 años, volvió a las filas de los insurrectos, a defender el frente de Extremadura. Justo en un pueblecito de allí, Torremejía, ubicaría a su primer gran personaje literario: Pascual Duarte. Al terminar la guerra, volvió a Madrid, a la casa familiar, victorioso y con su primera obra terminada: el libro de poemas *Pisando la dudosa luz del día*, que no publicó hasta 1945.

Sus padres y sus cinco hermanos se marcharon a Galicia para recuperarse del hambre, pero Cela decidió quedarse en la capital. Malvivía escribiendo para el Sindicato Nacional Textil y, en alguna ocasión, colocando algún artículo en *Y*, la revista de la Sección Femenina de Falange Española. También, trabajó como censor en la Delegación Nacional de Prensa. Ganaba poco dinero y tenía rebrotes de tuberculosis, pero en estos primeros años de la década de los cuarenta —“los más amargos de mi vida”, según desveló en sus memorias—, publicó su primera novela, escrita en ratos arañados: *La familia de Pascual Duarte* (Aldecoa, 1942), que



algunas fuentes señalan como el libro español más traducido a otros idiomas, después del Quijote.

Sin mucho reconocimiento todavía, ni económico ni literario, siguió escribiendo y colaborando en revistas como *Arriba*, *El Español* o *La Estafeta Literaria*. En 1944, se casa con Rosario Conde (1915-2003), mecanógrafa en las oficinas del Sindicato del Metal y madre de su único hijo (Camilo José Cela Conde, Madrid 1946). Ella fue esencial en su obra. Y no solo porque taquígrafiaba y corregía los cuadernillos cuadriculados en los que su marido escribía a mano, con una estilográfica; hojas llenas de anotaciones con letra pequeña, con tachaduras y hasta con flores, como las que fue recogiendo por el camino en su *Viaje a la Alcarria* (1948). También fue ella quien rescató de las llamas la novela que encumbraría al escritor, *La colmena*, que Cela arrojó al fuego en un arrebato de falta de inspiración. Este retrato de la vida del Madrid de la posguerra fue prohibido inicialmente en España y se publicó primero en Argentina, en 1951. Haber burlado la censura tuvo un coste, claro: fue expulsado de la Asociación de la Prensa de Madrid y los periódicos tuvieron prohibido nombrarle. Estas medidas no pudieron evitar que,

A la izquierda, Cela en 1952.
A la derecha, con Ernest Hemingway, ese mismo año



ahora sí, su nombre fuera conocido a ambos lados del Atlántico. También le trajo cierto desahogo económico.

Dos años más tarde, Cela salió para América “escaldado por la prohibición de *La colmena* y ganoso de éxito a cualquier precio”, explicaba en un artículo el historiador y crítico literario José Carlos Mainier. En su opinión, esto le motivó para aceptar el encargo del dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez para escribir una novela que difundiera el Nuevo Ideal Nacional. *La catira* (1955) es la primera y única entrega de la colección *Historias de Venezuela*, un instrumento de propaganda que quería difundir las excelencias del país por toda Europa y atraer a turistas. Con ella, Cela ganó tres millones de pesetas —una fortuna para la época— pero, a cambio, fue afeado por intelectuales de la época que no entendían como se prestó a ayudar a blanquear a un régimen represor.

Mainier prosigue: “Del desastre surgió un hombre decidido a rectificar el rumbo de su personalidad pública y hacerla más respetable”. Esta meta, y su nueva condición adinerada, le llevó a mudarse a Mallorca y fundar *Papeles de Son Armadans*, en 1956. Esta revista reunió en sus 276



Con el poeta Pablo Neruda,
Premio Nobel 1971



LOREN FUNDACIÓN PÚBLICA CALLEGA CAMILO JOSÉ CELA

números de existencia a las firmas iberoamericanas más importantes de la época en temas como la literatura, la historia, la pintura, la filosofía, la teología y las ciencias; y tanto en castellano como en catalán, gallego e inglés. Entre otros muchos, escribieron Alberti, Baroja, Marañón, Joan Miró, Picasso, Max Aub, José Hierro y Octavio Paz.

También, en su probable búsqueda de redención, cultivó durante dos años su relación con Gregorio Marañón, quién, en 1957, propuso su ingreso en la Real Academia Española (RAE). La petición fue admitida por unanimidad y Cela, con apenas 42 años, pasó a ocupar el sillón de la letra Q. Su actividad le llevó a fundar, en 1964, Ediciones Alfaguara con sus hermanos Juan Carlos y Jorge. Y en esa época escribe *San Camilo, 1936* (1969), donde vuelve a retratar Madrid, esta vez en la preguerra.

No se conformó con promulgar directrices lingüísticas desde la RAE y formó parte activa de la Transición española junto con otros intelectuales de su época. Entre otras cosas, en 1977 y por designación real, ocupó un escaño en el Senado en las primeras Cortes democráticas y revisó el texto definitivo de la Constitución Española.

El reconocimiento que no tuvo en sus orígenes se lo encontró Cela a partir de la década de los 80: en 1984 recibe el Premio Nacional de Narra-



FUNDACIÓN PÚBLICA CALLEGA CAMILO JOSÉ CELA

Cela en su escaño del Senado



A la izquierda, entrega del Premio Príncipe de Asturias. Derecha, con Marina Castaño, el día de su boda



tiva por *Mazurca para dos muertos*, publicada un año antes; en 1986, el Sant Jordi de las Letras; un año después, el Príncipe de Asturias; y, como colofón, el Nobel de Literatura en 1989, “por su prosa rica e intensa, que, con refrenada compasión, configura una visión provocadora del desamparo del ser humano”, según declaró el jurado. Y en medio de tanto palmarés, se divorcia y se casa, en 1988, con Marina Castaño, una periodista de 28 años. Después de tres décadas viviendo en Baleares regresa a Madrid, pero no reduce su actividad: sigue escribiendo más de diez horas diarias y cosechando galardones. Uno de ellos, muy anhelado, el Cervantes, en 1995; también el Planeta y el Mariano de Cavia de Periodismo. Y, como broche, en 1996 el Rey le otorga el título de Marqués de Iria Flavia.

El 17 de enero de 2002 falleció en Madrid por insuficiencia cardiaca. Dejó escritas 14 novelas, cinco libros de poesía, 17 de viajes, 20 recopilaciones de artículos, 26 volúmenes de cuentos, tres obras de teatro, tres diccionarios y dos libros de memorias, entre otras muchas creaciones dentro de su prolífica carrera. En total, 120 títulos en los que retrató la España del siglo XX en un periodo que incluye una guerra, una dictadura y el paso a la democracia. Una realidad a la que también contribuyó a dar forma gracias a su ímpetu, quizás porque por sus venas corría sangre pirata, la de los antepasados de su abuelo materno, John Trulock. **EP ■**

Octavio Paz Lozano

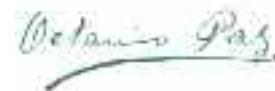
Premio Nobel de Literatura 1990

En el seno de una familia liberal y revolucionaria, nació Octavio Irineo Paz Lozano el 31 de marzo de 1914 en Ciudad de México. Su madre, Josefina Lozano, era española, de la provincia de Cádiz, y su padre, Octavio Paz Solórzano, era un abogado de Jalisco, México, que se desempeñaba como defensor de campesinos y seguidor de los principios de Emiliano Zapata, una de las figuras más importantes de la Revolución Mexicana.

Debido a sus tareas como parte del ejército zapatista, el padre de Octavio estaba ausente la mayor parte del tiempo, por lo que el pequeño creció bajo el cuidado de su madre, su tía Amalia Paz y su abuelo, Irineo Paz, novelista e intelectual liberal, quien había sido soldado en las fuerzas militares de Porfirio Díaz, y a quien el futuro Nobel debió buena parte de su amor por la literatura.

Quando Octavio era aún pequeño, la familia Paz se asiló en Los Ángeles (EE.UU.), debido a que su padre se había convertido en uno de los principales defensores de Zapata y era considerado un desterrado político. Durante los dos años que vivieron ahí, Octavio sufrió el rechazo por parte de niños que lo veían como un intruso. “Me enviaron a una escuela y como yo no hablaba una sola palabra de inglés me costó mucho comunicarme con mis compañeros. El primer día hubo burlas y, claro, una pelea. Regresé a mi casa con el traje desgarrado, un ojo semicerrado y la boca rota. A los dos años volví a México y sufrí lo mismo entre mis compatriotas: otra vez burlas y puñetazos”, contó Paz en una entrevista de 1988, publicada en la extinta revista *Vuelta*, que él mismo creó.

Recuperar su vida en México también implicó recuperar su casa, ubicada en el entonces





Diploma Nobel y
ceremonia de entrega del
premio



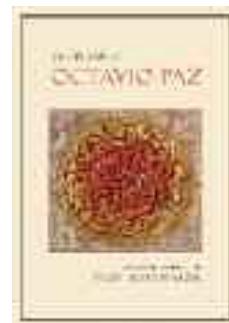
EL COLEGIO NACIONAL (MÉXICO)



pueblo de Mixcoac, cuyos muros, escaleras y ventanas habían sido invadidos por la hierba. Pronto, la casa y la vida volvieron a la normalidad, y Octavio entró al colegio francés Lasalle, donde aprendió gramática, aritmética, historia de México e historia sagrada; y más tarde en el colegio inglés Williams, donde terminó la primaria. Influenciado por su abuelo, los autores de pensamiento liberal que este le compartía y las decenas de lecturas en su biblioteca, a los ocho años Octavio escribió un primer poema del que no se tiene registro; diez años más tarde, comenzaría a escribir con mayor intensidad. También su tía Amalia ejerció en él cierta influencia literaria gracias a sus gustos por los cuentos de fantasía y la poesía mexicana.

La educación que recibió en escuelas privadas y religiosas contrastaría con la educación pública y tecno-científica que recibiría en la Escuela Secundaria número 3, gracias a que su director se interesaba por la ciencia, la poesía, y las visitas a Ciudad de México. Este paso por la educación pública lo confrontó con sus ideas sobre la religión y la Iglesia. “Cuando era muchacho leí mucho a San Juan de la Cruz y me sentí poderosamente atraído por los misterios de la religión católica, sobre todo por la eucaristía y la comunión. Al mismo tiempo, me sentía lejos de la Iglesia y de la religión oficial”, contó a *Vuelta*.

En 1930 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria, en San Ildefonso, ubicado en el centro histórico de Ciudad de México. De aquel edificio antiguo le impresionaban, sobre cualquier detalle arquitectónico, los tra-



zos amplios de muralistas como David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera y José Clemente Orozco, entre otros. De su fascinación por el arte mexicano de estos años nació lo que más tarde se convertiría en su visión del arte, plasmada en obras como en *El arco y la lira*, que criticaba al muralismo mexicano por su ideología política. “Es evidente que esa ideología esquemática, en conjunción con el oficialismo, influyó en la progresiva degeneración estilística y emocional que revelan las obras de sus últimos años”, escribió Paz refiriéndose a Rivera y Siqueiros, en *Re/visiones: la pintura mural*.

A pesar de que desde esos años manifestó su intención de estudiar leyes, más por presión familiar que por convicción propia, Paz no dejó de cultivar su gusto por la literatura, la poesía y la filosofía, que estudiaba como oyente. Escribía reflexiones sobre filosofía y política, y poemas que más tarde compartía en lecturas en voz alta o en la revista *Barandal*, una publicación que editó junto con sus amigos Rafael López Malo, Salvador Toscano y Arnulfo Martínez Lavalle, quienes se juntaban a platicar en los

barandales de San Ildefonso, lo que le dio nombre a la publicación. La revista, de la que hubo siete números entre 1931 y 1932, fue un espacio en el que los jóvenes manifestaban sus ideas, y su confusión, como herederos de una revolución que no vivieron y como promesa de una compleja construcción literaria y política.

Así describe Octavio Paz esos años, en *Itinerario*: “Aidez plural: la vida y los libros, la calle y la celda, los bares y la soledad entre la multitud de los cines. Descubríamos la ciudad, el sexo, el alcohol y la amistad. Todos esos encuentros y descubrimientos se confundían inmediatamente con las imágenes y teorías que brotaban de nuestras desordenadas lecturas y conversaciones [...]. Leíamos los catecismos marxistas de Bujarin y Plejánov para, al día siguiente, hundirnos en la lectura de las páginas eléctricas de *La gaya ciencia* o en la prosa elephantina de *La Decadencia de Occidente*. Nuestra gran proveedora de teorías y nombres era la *Revista de Occidente*”.

Estudió leyes y filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde pudo tomar clase con uno de los más grandes escritores de América Latina, Carlos Pellicer, quien lo presentó a los literatos Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y José Gorostiza.



Octavio Paz impartiendo una conferencia



EL COLEGIO NACIONAL (MÉXICO)

En 1937, cuando todavía era estudiante universitario, Octavio Paz conoció y se casó con Elena Delfina Garro Navarro, considerada como una de las escritoras mexicanas más sobresalientes y precursora del realismo mágico por obras como *Los recuerdos del porvenir*, publicada en 1963, cuatro años antes de que viera la luz *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Diversas fuentes dan cuenta de la conflictiva relación que tuvieron Octavio y Elena durante los 22 años de su matrimonio. Ella abandonó buena parte de sus pasiones juveniles, como la música y el ballet, por una vida intelectual y un ejercicio literario a la sombra de Paz, a quien acusó de no soportar que lo opacaran como escritor.

En 1943, Paz recibió una beca para estudiar en la Universidad de California, Berkeley, en Estados Unidos. En 1945 comenzó su carrera diplomática, que lo enviaría a Francia y a escribir una de sus obras más representativas: *El laberinto de la soledad*, de 1950. Ese ensayo se convirtió en el análisis más importante de la época sobre el comportamiento y la cultura mexicana, y nació, cómo él mismo describe, de la soledad y el sentimiento de no pertenencia que vivió desde su infancia cuando volvió a México. “Mi punto de partida fue el sentimiento de la separación, de ser un extraño en mi propia tierra. Este penoso sentimiento de extrañeza asumía la forma de una carencia o, más exactamente, de una falta, en el sentido literal y en el existencial. No se trataba únicamente de un problema de comprensión o de comunicación sino de algo más hondo y que se confundía con mis raíces”, contó. Para Paz, ese sentimiento, si bien universal, es específico para cada nacionalidad. Por eso, dice, “*El laberinto de la soledad* se convirtió en una meditación sobre la historia de México. Nuestra historia, abrupta como nuestra geografía, llena de altibajos, sublime y sórdida, es una historia singular, excepcional”.



En 1945 inició su carrera diplomática en Francia





A la izquierda, busto de Octavio Paz esculpido por Sergio Peraza Ávila. A la derecha, el escritor en los años 90



Paz fue ensayista, poeta y diplomático, además de editor de revistas, como *Taller* y *El Hijo Pródigo*. Entre sus publicaciones más conocidas se encuentra *Semillas para un himno*, un poema de 1954 que contiene sus recuerdos infantiles; y *La hija de Rappaccini*, una obra de teatro de 1956, erótica y de tintes amorosos. En 1964, cuando el Gobierno veía al movimiento estudiantil como una seria amenaza, Paz era embajador de México en la India. Con la matanza de estudiantes en Tlatelolco, en 1968, Paz se retiró del cargo y se puso en disponibilidad para un nuevo nombramiento. No regresó a México hasta 1971, tras dedicarse por algunos años a ofrecer conferencias en Estados Unidos e Inglaterra.

En octubre de 1990, cuando se encontraba en un festival de literatura mexicana en Nueva York, recibió la llamada. La Academia sueca le concedía el Premio Nobel de Literatura “por su escritura apasionada y de amplios horizontes, caracterizada por la inteligencia sensorial y la integridad humanística”. Con aplausos que duraron cerca de 15 minutos, Paz recibió el premio el 10 de diciembre. Ocho años después, el 19 de abril de 1998, víctima del cáncer y una flebitis, Octavio Paz murió en su casa de Ciudad de México, donde inició su pasión por contar algunas de las más importantes luchas sociales y particularidades de un pueblo del que se sentía tan propio como ajeno.

AR ■

Rigoberta Menchú

Premio Nobel de la Paz 1992

“Quiero que las generaciones venideras respeten la vida”. Así se expresaba una emocionada Rigoberta Menchú Tum en 2015, tras saber que por fin sería condenado el general que mandó quemar la Embajada española, con 37 personas dentro. Entre ellas su padre, Vicente Menchú Pérez, líder indígena que luchaba por el acceso a la tierra frente a la presión de los terratenientes. Habían pasado 35 años.

Asesinatos, desapariciones, sucesión de gobiernos inestables, elecciones fraudulentas, continuos golpes de estado. Durante más de veinte años de su vida, Rigoberta vivió en primera persona la guerra civil que sumió a Guatemala, entre 1960 y 1996, en la continua lucha entre las fuerzas gubernamentales y los guerrilleros. Un año antes del inicio de la contienda, el 9 de enero de 1959, nació ella, una más entre ocho hermanos, en la aldea Laj Chimel, Uspantán (Guatemala), hija de Vicente y de Juana Tum Kótoja. Era la suya una humilde familia de etnia maya que sufrió la discriminación, la explotación laboral, la pobreza extrema y la represión. La misma que llevan siglos padeciendo los descendientes de los primeros pobladores de aquellas tierras, de las que fueron expulsados y en las que fueron obligados a trabajar en condiciones inhumanas para los grandes terratenientes, como ella ha señalado.

Como el resto de sus familiares, Rigoberta no recibió ningún tipo de educación reglada y comenzó a trabajar desde muy pequeña en el campo recogiendo algodón y café en las fincas de los grandes propietarios del país. Hasta que cumplió ocho años, no le pagaban; después, tampoco mucho: 20 centavos al día, como relató en su autobiografía de 1982. Era tal la dureza de

Rigoberta Menchú





Arriba, diploma Nobel y Rigoberta Menchú firmando en 2006 en el libro de visitantes del Nobel Peace Center. Abajo, posando con el diploma en la ceremonia de entrega del premio



KIRSTI SVENNING / NOBEL PEACE CENTER

las condiciones que dos de sus hermanos, Felipe y Nicolás, murieron de desnutrición e intoxicación a temprana edad. “Habían fumigado el café con el avión, como acostumbran a hacer los dueños mientras nosotros trabajábamos. Entonces mi hermanito, de desnutrido que estaba, no aguantó el olor de la fumigación y se murió intoxicado”, relataba.

Con 12 años, hablando solo quiché (idioma maya) y sin haberse calzado nunca unos zapatos, se fue a “servir a la capital”. De esa época recuerda los maltratos, que dormía en el suelo y que el perro “bien gordo, bien lindo, blanco” comía mejor que ella, a la que solo llegaban las sobras de los señores. Después, se fue de empleada doméstica al Instituto Belga Guatemalteco, donde por lo menos las monjas le enseñaron a hablar, leer y escribir en castellano.

Mientras, en su aldea, el hostigamiento que llevaban sufriendo desde 1967 para que abandonaran sus tierras se acentuaba. Entraban en sus casas, rompiendo y robando, matando a los animales. Y como aún resistían, su padre, uno de los líderes de la comunidad, fue apresado y encarcelado. Al ser liberado, un año después, se unió al Comité de Unidad Campesina (CUC) y vivió en la clandestinidad, visitando de vez en cuando y a escondidas a su familia. Ese mismo año Rigoberta, que tenía 18 años, se une a otro grupo campesino y, dos años más tarde, a la CUC. “Los niños tenían que ser como gentes adultas”, señala en sus memorias.

En 1979, otro de sus hermanos, Patrocinio, fue secuestrado y asesinado con solo 16 años. “Fue la primera persona torturada en mi familia”,



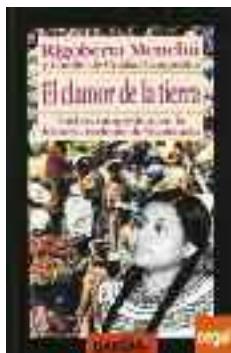
lamentaba en su autobiografía. La misma suerte tuvo su madre, en abril de 1980. Y en diciembre, su padre y su primo fueron quemados vivos junto con otros treinta dirigentes comunitarios y estudiantiles, dentro de la Embajada española, que habían ocupado para llamar la atención de los medios internacionales sobre la represión armada que se estaba produciendo por parte del Gobierno. El temido Comando Seis de la Policía Nacional bloqueó la sede diplomática y usó lanzallamas y fósforo blanco. A las personas encerradas en el interior les dejaron arder hasta morir.

Mientras sus hermanos optaban por unirse a la guerrilla, Rigoberta apostó por hacer una campaña pacífica en contra del régimen de Guatemala, lo que le obligó a exiliarse a México en 1981, sabiendo que, como ella misma explicó: “Si me encontraban, me iban a matar”. Desde ahí comenzó una gira por todo el mundo con su mensaje a favor de las personas indígenas y denunciando su exterminio. “Yo sé que solo puedo levantar la bandera de mis padres si también me entrego a la misma lucha que ellos dejaron a medias. Mi causa no ha nacido de algo bueno, ha nacido de algo malo, de algo amargo. Así es que mi opción por la lucha no tiene límites ni espacio”, declaraba en su primera entrevista en 1982, que después se materializó en el libro autobiográfico *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, escrito con Elizabeth Burgos.

Cada vez más popular, desde 1982 la activista formó parte de la sub-comisión de Prevención de las Discriminaciones y Protección de las Minorías de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). También en el entonces recién creado Grupo de Trabajo sobre Poblaciones Indígenas, desde donde participó en la elaboración de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, que finalmente se adoptaría en 2007.

En 1988 intentó regresar a Guatemala, pero fue detenida en el aeropuerto. Aunque, gracias a la presión de la también activista por los derechos humanos guatemalteca, Nineth Montenegro, de la organización Grupo de Apoyo Mutuo (GAM) y de miles de estudiantes universitarios, quedó libre con la obligación de abandonar el país. Y así lo hizo.

Un año más tarde, en 1989, fue propuesta para el Premio Nobel de la Paz que finalmente le fue otorgado en el año 1992, “por su lucha por la justicia social y la reconciliación étnico-cultural basada en el respeto a los derechos de los pueblos indígenas”, según señaló el jurado. Tenía 33 años y se convertía en la primera mujer hispanoamericana y en la primera indígena en obtener el galardón. También entró en el Libro Guinness de los Récords por ser la ganadora más joven (aunque, actual-



mente, ese puesto lo ocupa la pakistaní Malala Yousafzai, que fue premiada en 2014, cuando tenía 17 años).

“En el intento de sofocar la rebelión, las dictaduras cometieron las más grandes atrocidades. Se arrasaron aldeas, se asesinaron decenas de miles de campesinos, principalmente indígenas, centenas de sindicalistas y estudiantes, numerosos periodistas por dar a conocer la información, connotados intelectuales y políticos, religiosos y religiosas”, escribió en su discurso al recoger el premio Nobel. Gracias a este tipo de reconocimientos internacionales, fue una de las mediadoras en el proceso de conversaciones entre el Gobierno y la guerrilla en los años siguientes, que acabó con la firma de la paz el 29 de diciembre de 1996, tras 36 años de conflicto armado.

En 1995 volvió a Guatemala para denunciar una masacre de campesinos a manos de los militares. En ese mismo año se casó con Ángel Canil, un indígena de su misma tierra, con el que tuvo dos hijos. Uno de ellos, el segundo, murió al poco de nacer.

En 1998 también obtuvo el Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional junto con las activistas Faitha Boudiaf, Fatana Ishaq Gailani, Graça Machel, Emma Bonino y Olayinka Koso-Thomas, todas ellas lucha-



Durante una intervención en la Universidad Autónoma de Nuevo León, en México



A la izquierda, con su hermana Juana Francisca Menchú Calam, fallecida en 2021. A la derecha, entrega de un reconocimiento en la Universidad Autónoma de Nuevo León, México



UJANL

doras por la “defensa y la dignificación de la mujer”. Ese mismo año publicó su segundo libro titulado *La nieta de los Mayas*, y un lustro más tarde los libros infantiles: *Li Mi'n, una niña de Chimel* y *El Vaso de Miel*.

Rigoberta creó la Fundación Vicente Menchú, que posteriormente llevaría su propio nombre. También es parte de la Iniciativa de Mujeres Premio Nobel de Paz, de la Fundación Peace Jam y de la Asociación Política de Mujeres Mayas. Además, desde 2006, es embajadora de buena voluntad de la UNESCO, institución que le concedió en 1990 el premio a la Educación por la Paz.

Ya en su país, Rigoberta también intentó hacer política. Se presentó como candidata a la presidencia de Guatemala en 2007, por la coalición de partidos Winaq y Encuentro por Guatemala, pero quedó lejos de la victoria. En 2011 volvió a intentarlo sin éxito, esta vez al frente de una coalición de izquierdas formada por el Movimiento político Winaq y por dos organizaciones heredadas de la antigua guerrilla: la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca y la Alternativa Nueva Nación. En esta ocasión, quedó en sexto lugar. Actualmente, sigue en su lucha por los derechos de los pueblos indígenas. Porque como ella misma dijo en una reciente entrevista: “Mis abuelos mayas me enseñaron que los sueños nacen con nosotros. Pero todo sueño necesita ser cultivado y cosechado. Yo solo dejo que mis sueños caminen por el tiempo, para que la humanidad los cultive a su favor”.

Mario Molina Henríquez

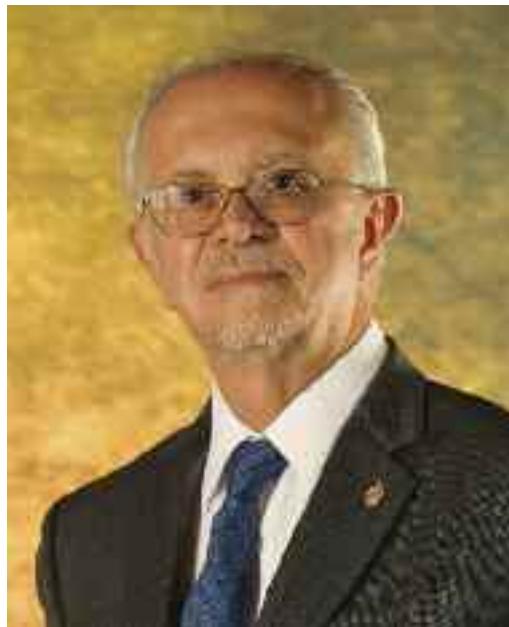
Premio Nobel de Química 1995

En la Ciudad de México de 1943 nació el menor de cuatro hermanos de la familia Molina Henríquez: José Mario. Era José porque nació el 19 de marzo, día de San José, y Mario por su abuelo paterno, quien fuera alcalde del Puerto de Veracruz, en México. Su madre, Leonor Henríquez, murió sorpresivamente cuando José Mario era muy pequeño. Al poco tiempo, su padre, el abogado Roberto Molina Pasquel, se casó de nuevo y tuvo otros tres hijos: Luis, Javier y Lucero.

Su hermano Luis Molina, quien se convertiría en un importante médico cardiólogo, recuerda que las dos familias se llevaban muy bien, y disfrutaban jugando al *ping-pong* en pijama todos los fines de semana. Recuerda que José Mario era taciturno, obediente y solitario; no tenía muchos amigos y prefería esquivar los conflictos. Aunque le gustaban las historias de piratas, la música clásica y tocar el violín, su verdadero interés estaba en armar y desarmar juguetes.

Desde pequeño, Mario se interesó en leer biografías de científicos famosos y solía pedir como regalo juegos de química. Muestra de su curiosidad fue la vez que dejó pudrir una lechuga para poder ver una de sus gotas a través del microscopio y maravillarse cuando vio en ella el conjunto de amebas y paramecios. “Para mí, eso fue un descubrimiento muy importante”, aseguró Molina en una entrevista. “Recuerdo muy bien haber pensado: Yo voy a tratar de ser investigador científico. No sabía que era posible ganarse la vida siendo investigador. Para mí, después fue un descubrimiento formidable”.

Cursó la primaria en el Colegio Fernández de Lara, en Ciudad de México. Como Mario ya mostraba un gran interés en la ciencia, su





Diploma Nobel de Mario Molina y acto de entrega del premio. Abajo, el artículo publicado en *Nature* donde se predice los efectos de los CFC sobre el ozono



CENTRO MARIO MOLINA



padre, hombre con amplia cultura, pensó que lo mejor era enviarlo a San Galo, en Suiza, para que aprendiera alemán como una herramienta útil en la química; un viaje que realizó con apenas 11 años. “Yo estaba muy entusiasmado de vivir en Europa, pero me desilusionó que a mis nuevos compañeros no les interesara la ciencia más que a mis amigos de México”, contó en una autobiografía.

A su regreso, siguió su instinto científico creativo, que lo llevó a convertir un lavabo abandonado de su casa en un laboratorio de química. “Mi hermano se apoderó del baño para montar toda una serie de matraces y la parafernalia de un laboratorio de química. Al poco tiempo empezó a hacer gomaespuma en moldes metálicos, como si fueran panes esponjosos”, cuenta Luis Molina. Mario mezclaba sustancias guiado por su tía Esther, química de formación, que lo retaba a realizar experimentos cada vez más complicados.

Asistió a la secundaria y la preparatoria en la Academia Hispano-Mexicana y, al terminarla, puso sobre la balanza sus dos pasiones: la química y el violín. Ganó la ciencia y en 1960 inició sus estudios en ingeniería química en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde se tituló en 1965 con la tesis “Columnas combinadas en cromatografía en base vapor”. Continuó sus estudios de posgrado en la Universidad de Friburgo, Alemania, investigando la cinética de polime-



Frank Sherwood Rowland y Mario Molina en su laboratorio

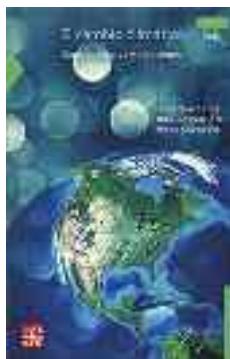
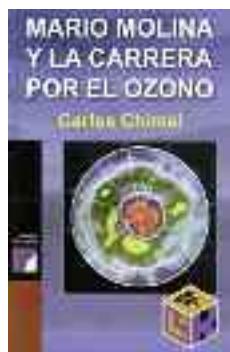


rizaciones. Mientras decidía su futuro, viajó a París para estudiar matemáticas de manera autodidacta y, finalmente, volvió a México como profesor de la UNAM y fundador del primer posgrado en ingeniería química del país.

En 1968 hizo el doctorado en Físicoquímica en la Universidad de California en Berkeley, donde trabajó con el profesor George Pimentel en dinámica molecular con láser químico. Allí conoció a Luisa Tan, quien fue su primera esposa y colaboradora hasta años después del Premio Nobel, y con quien procrearía a su único hijo, Felipe. Mario recordaría esos años como una de las épocas más satisfactorias de su vida, donde nació su deseo de generar investigaciones útiles para la sociedad. Ese deseo empezó a hacerse realidad cuando, en 1973, el químico Frank Sherwood Rowland le invitó a unirse a su equipo. Con “Sherry”, Mario inició su labor académica centrada en la química atmosférica. Solo un año después, el 28 de junio de 1974, publicaron juntos en la revista *Nature* el artículo de investigación que cambiaría su vida: *Stratospheric sink for chlorofluoromethanes: chlorine atom-catalysed destruction of ozone*. En él, sentaban las bases para comprender un problema de graves consecuencias hasta entonces ignorado por todo el mundo.

Los sistemas de refrigeración por compresión mecánica proliferaron desde finales del siglo XIX utilizando amoníaco, que era tóxico. En 1928 se descubrieron los clorofluorocarbonos (CFC), que fueron ampliamente utilizados como refrigerantes a partir de la década de los 60, ya que, aunque son inflamables, no son tóxicos. También se empezaron a usar en los aerosoles de productos utilizados en los hogares para limpiar, erradicar insectos y en higiene personal.

Molina y Rowland descubrieron que los CFC se acumulan constantemente en la estratosfera, y cuando tienen contacto con la radiación ultravioleta proveniente del Sol, el cloro reacciona y daña la capa de ozono que protege a la Tierra de esa misma radiación y ayuda a regular la temperatura. Así que, tras varios meses de estudios, descubrieron que estos compuestos pueden permanecer en la atmósfera de 40 hasta 150 años. Por ello, alertaron de la necesidad de actuar inmediatamente para frenar el adelgazamiento de la capa de ozono. “Formulamos una hipótesis: de continuarse esta producción industrial y su emisión a la atmósfera, iba a afectar a esta capa de ozono tan importante para nuestra protección”, explicaba Molina.



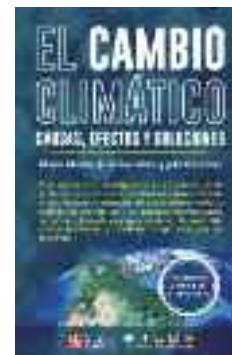
CENTRO MARIO MOLINA

En 1975, Molina era profesor de la Universidad de California y creó un programa de investigación para que el alumnado pudiera hacer indagaciones sobre el impacto y el comportamiento de compuestos industriales que afectan a la atmósfera. Aunque era un mundo fascinante para él, su pasión por la investigación y el contacto con la experimentación lo llevaron a dejar su cargo después de siete años, para unirse en 1982 al Departamento de Física y Química Molecular del Laboratorio de Propulsión a Chorro del Caltech.

Mientras tanto, el artículo de Mario Molina y Frank Sherwood se convertía en una advertencia urgente para el mundo y una amenaza para las empresas involucradas en la fabricación de refrigeradores y aerosoles. La discusión fue tan importante que Mario Molina tuvo que defender su investigación en el Laboratorio Nacional Lawrence Livermore, en Berkeley, y en el Congreso de los Estados Unidos. Además, se vio obligado a abandonar la nacionalidad mexicana y aceptar la estadounidense porque no se permitía mantener ambas entonces.

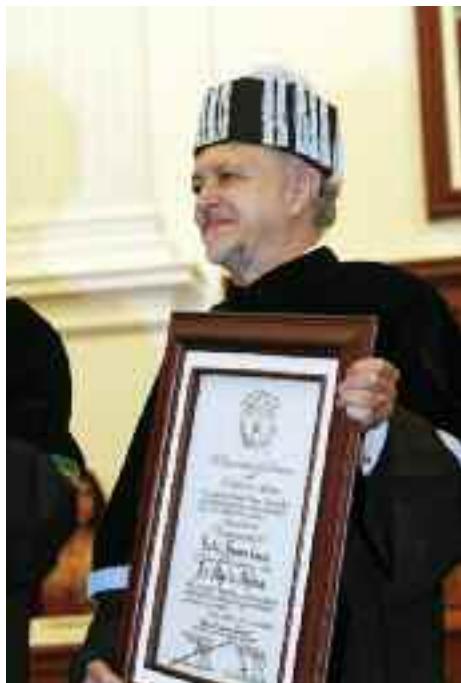
Tuvieron que pasar algunos años para que otros miembros de la academia continuaran la investigación de Molina y pudieran validar sus hipótesis. En 1987, logró el apoyo de la Organización de las Naciones Unidas para crear el Protocolo de Montreal, un acuerdo ambiental internacional que controlaba el uso de sustancias dañinas para la capa de ozono y que convertía a México en uno de los primeros países en ratificarlo y firmarlo en 1988.

Desde 1989 daba clases en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), y allí recibió el 11 de octubre de 1995 una llamada del presidente de la Real Academia de las Ciencias de Suecia para informarle de la obtención del Premio Nobel de Química. Apenas colgó, su hermano Luis ya le estaba



Nombramiento de Mario Molina como miembro del Colegio Nacional, institución que acoge a los más destacados científicos, artistas y humanistas de México





A la izquierda, recibiendo el doctorado *honoris causa* de la Universidad Autónoma del Estado de México. A la derecha, durante una conferencia en la Universidad de Tsinghua (China)



llamando para felicitarlo. La emoción se esparció rápidamente entre sus colegas mexicanos y extranjeros, amigos y familiares, y el 10 de diciembre las noticias repetían que un mexicano recibía el máximo galardón de las ciencias.

Se trataba del primer Premio Nobel en materia ambiental con impacto directo en la sociedad.

Mario Molina aprovechó los alcances de su investigación y apoyó a estudiantes para que se formaran en materia de química ambiental, recuperó la nacionalidad mexicana y abrió paso a que se pudiera tener doble o múltiple nacionalidad a partir de 1998.

En 2004, se inauguró el Centro Mario Molina en la Ciudad de México, para continuar con la labor del investigador que había visibilizado un grave problema ambiental y que había hecho frente a los intereses de las industrias contaminantes de la atmósfera. Recibió doctorados *honoris causa* de varias universidades mexicanas y extranjeras y la membresía de la Academia Nacional de Ciencias, del Instituto de Medicina de Estados Unidos, de la Pontificia Academia de las Ciencias del Vaticano, del Colegio Nacional y del grupo de científicos asesor del mandato de Barack Obama. Molina falleció el 20 de octubre de 2020 a causa de una arritmia cardíaca. Le sobrevive su hijo, Felipe, quien, como su padre, está enamorado de dos pasiones: la medicina y el piano.

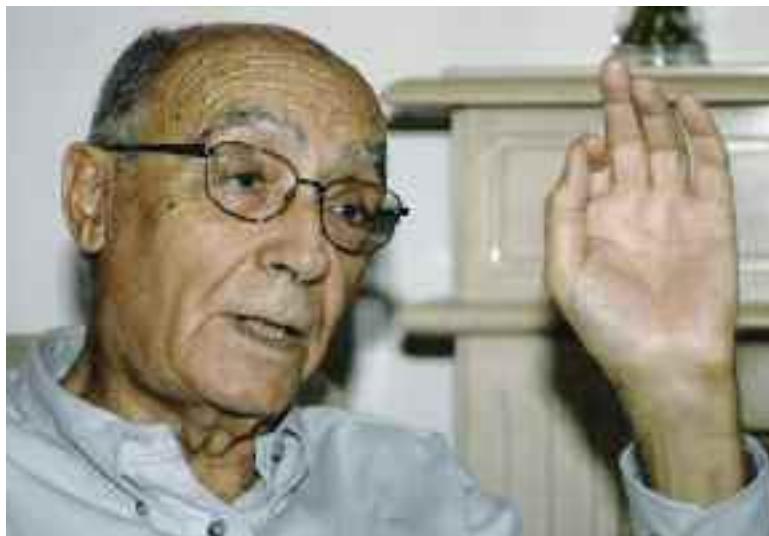
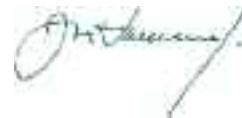
AR ■

José Saramago

Premio Nobel de Literatura en 1998

Nació muy pobre el 16 de noviembre de 1922 en Azinhaga, una aldea del Alentejo portugués entre el murmullo de dos ríos, el Almonda y el Tajo, en una tierra plana sembrada de olivares centenarios. El hombre, niño entonces, José de Sousa Saramago, dice que ya desde niño era callado, introvertido, con tendencia a la melancolía, cumplidor y puntual, como el trabajo del campo.

No pasó mucho tiempo en la aldea. A sus dos años se trasladó con sus padres y su hermano, que murió poco después, a Lisboa, pero Saramago siempre regresó a Azinhaga, a la casa de sus abuelos, aun cuando esta dejó de existir: "También ha desaparecido en un montón de escombros la otra, la que durante diez o doce años fue el hogar supremo, el más íntimo y profundo, la pobrísima morada de mis abuelos maternos, Josefa y Jerónimo se llamaban, ese mágico capullo donde sé que se generaron las metamorfosis decisivas del niño y del adolescente. Esta pérdida, sin embargo, hace mucho que dejó de causarme sufrimiento porque, por el





Diploma Nobel y
ceremonia de entrega
del premio



FUNDACIÓN JOSÉ SARAMAGO

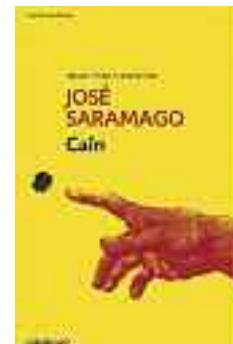


poder reconstructor de la memoria, puedo levantar en cualquier momento sus paredes blancas, plantar el olivo que daba sombra a la entrada, abrir y cerrar el postigo de la puerta y la verja del huerto donde un día vi una pequeña culebra enroscada, entrar en las pocilgas para ver mamar a los lechones, ir a la cocina y echar del cántaro a la jícara de latón esmaltado el agua que por milésima vez me matará la sed de aquel verano". En este mundo Saramago tuvo su primer empleo: durante dos gloriosos días, a los doce años, fue zagal de pastor llevando con su tío una cerda con sus crías para venderlos en la feria de Santarem. Josefa y Jerónimo no sabían leer ni escribir, pero su abuelo le contaba historias en las noches calientes del verano, bajo la higuera, y con el frío de la tierra en la espalda. De sus abuelos y de Azinhaga fue de lo primero que habló, muchos años después, desde el estrado en el que recibió el premio supremo de los escritores. Para entonces, José, como Jerónimo, hacía mucho que se había convertido en contador de historias.

Buen estudiante, el joven Saramago tiene que dejar la escuela secundaria cuando sus padres no pueden costearla y pasa cinco años en una escuela técnica para convertirse en cerrajero mecánico. Al terminar el curso, que incluía francés y humanidades, trabaja durante unos dos años como cerrajero mecánico en un taller de automóviles y otro en los talleres de los Hospitales Civiles de Lisboa. A los veintidós años se casa con Ilda Reis (se divorciarían en 1970), mecanógrafa que se convertiría en una grabadora relevante, y trabaja como escribiente en una agencia de la



Saramago en su infancia y adolescencia

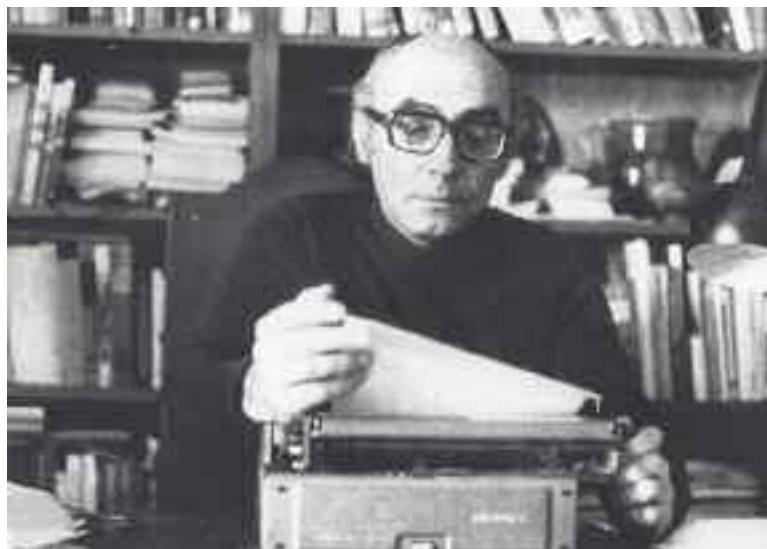


Seguridad Social. Tiene pocos libros, pero ha leído todo cuanto ha podido en la Biblioteca Municipal del Palacio de Galveias, guiado solo por su gusto y el azar. En 1947, con veinticuatro años, ocurren dos hechos relevantes: nace su única hija, a la que pondrá el nombre de Violante; publica la novela que ha estado escribiendo, *La viuda*, con el título elegido por su editor y al que no se acostumbrará nunca, *A terra do pecado*. Saramago no firmó ningún contrato y no recibió ningún escudo pero “[...] Aturdido por la victoria de ser publicado y por la derrota de ver cambiado el nombre de ese otro hijo, el autor bajó la cabeza y se fue de allí a anunciar a la familia y a los amigos que se le habían abierto las puertas de la literatura portuguesa”. El libro pasa desapercibido y la pluma de Saramago cae en el silencio.

Durante los siguientes treinta años ejerce diversos oficios: empleado en una compañía de seguros, responsable de producción en una editorial, periodista, crítico literario. En sus ratos libres traduce a Tolstoi, Baudelaire y Hegel, y en 1969 se une al partido comunista, entonces en la clandestinidad y principal oposición a la dictadura empezada por Salazar. Tras este largo paréntesis fuera de la escritura, a finales de los años 60 comienza a publicar poesía y teatro, y recoge sus crónicas —publicadas entre 1969 y 1972 en el diario *A Capital* y el semanario *Jornal do Fundao*—

en dos libros: *De este mundo y del otro* y *Las maletas del viajero*, que según el propio autor: “la crítica ha considerado esencial para la plena comprensión de mi obra posterior”. En 1971 Saramago deja la editorial y durante los dos años siguientes trabaja en el periódico *Diário de Lisboa*, hasta que la Revolución de los Claveles de 1974 derroca a Marcelo Caetano y se convierte en subdirector del periódico revolucionario *Diário de Notícias*. Dura poco. Después de que se frustrara un golpe de Estado de la izquierda radical en 1975, el propio Saramago es despedido.

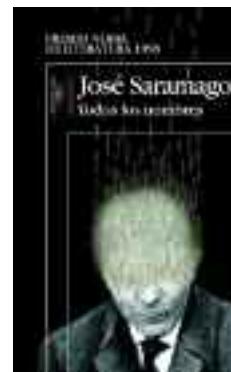
De nuevo sin trabajo, pasa una temporada en el Alentejo rural y toma la decisión categórica de dedicarse por completo a la literatura. “Era hora de averiguar lo que realmente podía valer como escritor.” En 1980, con 58 años, publica la novela *Alzado del suelo*, que inicia la etapa de sus grandes obras de los años 80. En ellas ya se encuentra su particular estilo de «flujo continuo» con escasa puntuación, un torrente por el que se desbocan las palabras. La crítica y el público le acompañan. Le siguen *Memorial del convento* (1982), *El año de la muerte de Ricardo Reis* (1984), *La balsa de piedra* (1986), *Historia del cerco de Lisboa* (1989), *El Evangelio según Jesucristo* (1991), *Ensayo sobre la ceguera* (1995) y *Todos los nombres* (1997), además de cuentos, poesía, obras de teatro y el



FUNDACIÓN JOSÉ SARAGAMO

libro de viajes *Viaje a Portugal*. En 1986 conoce a la periodista española Pilar del Río, “su hogar” y desde entonces traductora de sus libros al español, y se casan en 1988. En 1995 recibe el Premio Luís de Camões, el más importante de las letras portuguesas, y tres años después, en 1998, el misterioso comité Nobel nombra a Saramago primer laureado en portugués: “Saramago vuelve comprensible una realidad huidiza, con parábolas sostenidas por la imaginación, la compasión y la ironía”.

La obra de Saramago se mueve entre el lirismo de sus situaciones imposibles y sus profundas convicciones humanas y políticas, que podrían resumirse en su cita favorita de *La sagrada familia* (la de Karl Marx): «Si el hombre es formado por las circunstancias, entonces es necesario formar las circunstancias humanamente». La publicación de *El evangelio según Jesucristo* en 1991 trajo consecuencias. En él, un «evangelio herético» y humanista, Jesús, hijo de José, mantiene una relación sexual con María Magdalena y desafía al Dios hambriento de poder que le exige sacrificios. Argumentando que el libro era ofensivo para los católicos, el gobierno portugués vetó la presentación de la obra al Premio Literario Europeo, y Saramago y Pilar del Río dejaron Lisboa para fijar su residencia en la isla de Lanzarote. Allí construyeron una casa sobre un acantilado en el pueblo de Tías. La llamaron A Casa.



FUNDACIÓN JOSÉ SARAMAGO

Fachada de la Fundación José Saramago, en Lisboa



Dos imágenes de José Saramago en los años 90



Tras el Nobel, la obra de Saramago se acelera. Publica *La caverna* (2000), *El hombre duplicado* (2002), *Ensayo sobre la lucidez* (2004), *Las intermitencias de la muerte* (2005), *Las pequeñas memorias* (2006), *El viaje del elefante* (2008) y su última novela, *Caín* (2009). Para el autor, «mi obra trata de la posibilidad de lo imposible. Pido al lector que acepte un pacto; aunque la

idea sea absurda, lo importante es imaginar su desarrollo. La idea es el punto de partida, pero el desarrollo es siempre racional y lógico».

El 18 de junio de 2010, tras varios problemas médicos de gravedad, el escritor portugués muere a los ochenta y siete años de edad en su A Casa de Lanzarote, donde había subido montañas. Un año después de su muerte, se publicó póstumamente la novela *Claraboya*, que Saramago había escrito en 1953. En el primer aniversario de su muerte, Pilar del Río depositó sus cenizas bajo un olivo centenario trasplantado desde Azinhaga frente a la sede de la Fundación José Saramago, en la emblemática Casa dos Bicos de Lisboa, junto al río Tajo. Su hija Violante colocó el libro *Palabras para José Saramago*, editado para la ocasión, y el alcalde de Lisboa, António Costa, lo cubrió todo con tierra de Lanzarote. Y con una suerte de venganza póstuma, su primera novela, *La viuda*, se reedita en 2022 con el título que Saramago siempre quiso que tuviera.

MARIO VARGAS LLOSA

Premio Nobel de Literatura 2010

Mario Vargas Llosa es uno de los escritores más prolíficos y reconocidos de su generación, la del llamado *boom latinoamericano*, tan pródiga en talento. A lo largo de los años ha demostrado su habilidad en todo tipo de géneros, como autor de cuentos, teatro, ensayo, artículos, poesía, memorias y crítica literaria, aunque debe su fama, sobre todo, a la novela, el género que ha manejado con fascinante maestría. En su discurso del Nobel (y en muchos de sus artículos y ensayos) recordó a decenas de autores que le inspiraron y de los que aprendió a manejar lenguaje, historias, conflictos, situaciones, tramas; aunque por encima de todos siempre ha citado a dos, Gustave Flaubert, cuyo *Madame Bovary* considera la primera novela realmente contemporánea, y William Faulkner, como sus grandes maestros. “Flaubert me enseñó que el talento es una disciplina tenaz y una larga paciencia. Faulkner, que es la forma —la escritura y la estructura— lo que engrandece o empobrece los temas”, dijo en aquel discurso.

Probablemente el manejo audaz de la estructura fue un ingrediente esencial de la admiración unánime de críticos y lectores que suscitó la aparición de sus tres primeras novelas, *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en la catedral*. En ellas se producen saltos en el espacio y el tiempo y se mezclan situaciones diferentes, con personajes distintos y todo ello con frecuencia sin solución de continuidad. Es el lector el que deberá recomponer el mosaico de piezas sueltas y desordenadas para entender la narración y su desarrollo. Un esfuerzo recompensado cuando esa historia queda finalmente iluminada.

En su obra posterior, esta complejidad se redujo y el discurso se volvió más lineal, pero





Diploma Nobel, ceremonia de entrega del premio y portada de su primera novela publicada

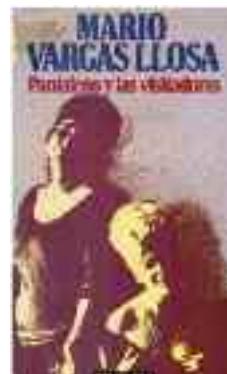


manteniendo elementos estructurales peculiares de forma habitual, como narrar de manera intercalada historias paralelas, aparentemente inconexas y distantes, que acaban convergiendo en algún momento. Este discurrir intermitente permite, además de mantener la atención del lector, mostrar diferentes perspectivas sobre los hechos descritos y disponer de diferentes narradores, normalmente omniscientes y ajenos a la propia trama.

Otra constante de su obra es la inspiración propiciada por sus propias experiencias, sus vivencias de infancia y juventud, su mirada sobre la realidad peruana y también las vidas de personajes históricos muy variados. Hay en su obra un viaje permanente de ida y vuelta entre los mundos de la fantasía y de la realidad. Vivencias personales y ajenas permean parte de sus obras y le confieren un carácter especial, pero su habilidad le permite elevar a categoría más general, incluso universal, los hechos concretos y las emociones personales. Se pueden leer como testimonios biográficos, pero también como análisis de la realidad social y política, y siempre trufadas con infiltraciones de ficción pura. En el fondo, en ellas late siempre la plasmación del desamparo del individuo ante el poder, especialmente visible en aquellos años sesenta (cuando arranca definitivamente su plena dedicación literaria) en que Latinoamérica entera sucumbía a la injusticia y las dictaduras, en comunidades social y económicamente desajustadas de forma brutal ya en origen. Como señaló el Comité Nobel, el premio reconocía su “cartografía de las estructuras de poder y sus incisivas imágenes de la resistencia,



ANALISA B. ANDERSON / THE NOBEL FOUNDATION



rebelión y derrota del individuo”, una acertada descripción de su obra en general y de alguna, como *La fiesta del chivo*, en particular.

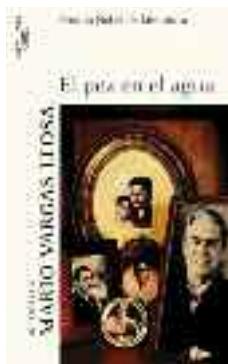
Esa infancia y juventud inspiradoras arrancaron en Arequipa (Perú) el 28 de marzo de 1936, cuando Vargas Llosa vino al mundo, bautizado como Jorge Mario Pedro. Como él mismo ha relatado en numerosas ocasiones creció en un ambiente, el de los Llosa, su acomodada familia materna, cálido y acogedor, mimado por abuelos, su tía abuela, tíos y primos, además de la servidumbre y otros convivientes. Un ambiente bullicioso que describió en *El pez en el agua*, su monumental autobiografía. Entre Arequipa, Cochabamba (Bolivia) y Piura pasó sus primeros diez años, creyendo que su padre, del que nadie hablaba, había muerto, hasta que reapareció sorpresivamente y sus progenitores recompusieron una relación rota al poco de su nacimiento. Ernesto, Dorita y su hijo se fueron a vivir al distrito de Magdalena, en Lima.

La relación con su padre fue siempre complicada y su querencia natural por su familia materna le llevó a buscar refugio en ella. Especialmente intensa fue la que mantuvo con su tío Lucho, en quien encontró siempre un aliado, y su esposa, Olga. Y de aquel núcleo surgieron sus dos matrimonios. Primero con Julia Urquidi, la recién divorciada hermana de Olga, cuando él tenía 19 años y ella 32. Una aventura que narró con maestría en *La tía Julia y el escribidor*. El matrimonio duró 9 años y el escritor se divorció para casarse, en 1965, con su prima Patricia Llosa, hija de Lucho y Olga y



diez años más joven que él, con la que tuvo tres hijos, Álvaro, Gonzalo y Morgana. En 2015 el matrimonio se separó, tras medio siglo de convivencia, cuando Mario inició una relación sentimental con Isabel Preysler.

Su interés por la literatura se despertó muy pronto y le llevó a redactar sus primeros textos y soñar con ser escritor, contrariando la opinión de su padre, que le cambió del Colegio La Salle, donde estudiaba, al colegio militar Leoncio Prado, en el que cursó los dos últimos años de secundaria, para *enderezar* su futuro. Pero, lejos de desviarle, aquella experiencia le sirvió para escribir, años después, su primera novela. Trabajó de periodista desde muy joven y en 1952, cuando apenas tenía 16 años, estrenó una obra de teatro, *La huida del inca*; después publicó algunos cuentos, como *El abuelo* y *El desafío*, agrupados en 1958 en el libro *Los jefes*. Ese año empezó a escribir *La ciudad y los perros*, que completó en 1961 y con la que adquirió amplio reconocimiento y popularidad. Le seguirían *La casa verde* (1966) y *Conversación en la Catedral* (1969), que supondrían su consagración. Luego, una larga lista de obras con las que demostró una gran versatilidad abordando diferentes estilos y temas, que incluyen el humor y la comedia de *Pantaleón y las visitadoras* y *Las travesuras de la niña mala*, el erotismo de *Los cuadernos de don Rigoberto* y *Elogio de la madrastra*, la biografía en *Historia de*

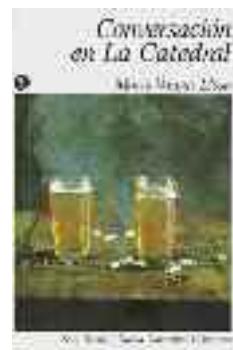


Vargas Llosa en los años 60



Mayta y *El Paraíso en la otra esquina*, y la denuncia de la opresión de *La fiesta del chivo* y *El sueño del celta*. También variados han sido sus escenarios, y a pesar de que Perú ha acaparado la mayoría de ellos, sus personajes han deambulado por todos los continentes, incluida la Polinesia.

Cumplida sobradamente su ambición como escritor, le tentó la política, que nunca había estado lejos de sus preocupaciones. Si en sus orígenes había sentido la atracción de tantos colegas contemporáneos suyos por una visión izquierdista y revolucionaria como solución a las injusticias y la opresión de los pueblos latinoamericanos (incluso de universitario militó en Cahuide, un grupo clandestino de orientación comunista), evolucionó hacia una postura cercana al liberalismo democrático y laico, lo que le valió enfrentamientos con algunos otros escritores, siendo el más sonado el que mantuvo con su otrora amigo y también Premio Nobel Gabriel García Márquez, cuya obra había sido el tema de su tesis doctoral. La visión de un Perú que no acababa de salir a flote y con una enquistada corrupción, le llevó a presentarse como candidato en las elecciones presidenciales de 1990, que perdió frente a Alberto Fujimori. El relato minucioso de los tres años que dedicó a esta aventura puede leerse, alternando con sus recuerdos de infancia y juventud, en *El pez en el agua*.



Con Gabriel García Márquez, cuando aún mantenían una relación amistosa



Mario Vargas Llosa en una imagen reciente y con su esposa Patricia Llosa en la época en que se casaron



Tras vivir en diferentes lugares, entre los que destaca su estancia en París, está afincado desde hace años en Madrid. En 1993 le fue concedida la nacionalidad española, que comparte con la original peruana. Tras el Nobel, ha seguido publicando con regularidad nuevas novelas (la más reciente

Tiempos recios, en 2019) y artículos periodísticos, agrupados bajo el epígrafe de *Piedra de toque*, que ha mantenido durante más de tres décadas con periodicidad quincenal y donde aborda todo tipo de temas, desde la crítica literaria y el ensayo hasta el análisis político.

La lista de los reconocimientos recibidos es muy extensa y se inicia con su cuento *El desafío*, premio de la Revue Française (1957) y su colección de cuentos *Los jefes*, Premio Leopoldo Alas (1959). Luego vendrían muchos más, entre los que destacan el Biblioteca Breve (1963), el de la Crítica Española (1963 y 1966), la Medalla de la Legión de Honor francesa (1985), el Príncipe de Asturias de las Letras (1986), el Planeta (1993), el Cervantes (1995), el Nabokov (otorgado por el PEN American Center de Nueva York) y decenas de doctorados *Honoris causa* y otros galardones por todo el mundo. Es miembro de la Academia Peruana de la Lengua (1977), de la Real Academia Española (1994) y, desde 2021, de la Academia Francesa, reconocimiento otorgado por primera vez a un escritor que no ha publicado ningún original en francés.

IFB ■

Juan Manuel Santos

Premio Nobel de la Paz 2016

Frases como “la llave de la paz no está en el fondo del mar”, o “la puerta del diálogo no está cerrada con llave, pero no está abierta [...] ni estará abierta mientras no tengamos claro, muy claro, que cualquier diálogo nos lleve a un verdadero acuerdo para lograr la paz”, definen el proceso de largos años que vivió el presidente de la República de Colombia Juan Manuel Santos (2010-2018), Premio Nobel de la Paz 2016 “por sus decididos esfuerzos para acabar con los más de 50 años de guerra civil en el país”, según el Comité Nobel. Una guerra que costó al menos 220.000 vidas y desplazó a cerca de seis millones de personas.

Nacido el 10 de agosto de 1951, se crió en una familia de periodistas, propietaria del diario *El Tiempo*, y al periodismo se dedicó, llegando a ser subdirector de dicho diario desde 1981 hasta que los aromas de la política lo sedujeron y aceptó el cargo de ministro de Comercio Exterior en 1991. Por entonces ya había visto y comprendido que los colombianos estaban perdiendo la capacidad de sentir compasión, que el valor de la vida cada vez disminuía más. “Lo veía todos los días como periodista, porque si no había masacres de más de 15 personas no era noticia de primera página. Eso me llevó a pensar que este país lo que necesitaba era la paz y ahí empecé a pensar en lograrla”, dijo en entrevista exclusiva para este libro.

Dio ese salto porque entendió que en periodismo podía tener mucha influencia, pero en la política podía actuar y lograr cambios. Y la paz se fue convirtiendo en una obsesión. Quiso entender las razones por las que los gobernantes de su país, desde la época del presidente Belisario





Diploma Nobel y
ceremonia de entrega
del premio



Betancur (1982-1986), hablaban de paz, hacían esfuerzos por alcanzarla, pero fracasaban, y desde muchos frentes: no solo la histórica guerrilla dividida, también los carteles de narcotráfico, las emergentes fuerzas paramilitares... El país no lograba consensos.

Como ministro de Comercio vivió la política de apertura económica impulsada por el presidente César Gaviria (1990-1994) y organizó una reunión en Nueva York con decenas de empresarios para que invirtieran en Colombia. En plena conferencia llegó la noticia de que había estallado una bomba en un centro comercial en Bogotá, lo cual hizo fracasar la reunión y le demostró que mientras no llegara la paz, no lograría atraer la inversión extranjera.

Otro momento clave fue cuando entregó la presidencia de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) al presidente sudafricano Nelson Mandela en 1994. “Viajé hasta Suráfrica y ahí tuve una experiencia muy bonita porque el día que llegué, prendí la televisión y estaban las víctimas y los victimarios de esa guerra reuniéndose por primera vez en tiempo real. Unos se abrazaban, otros se insultaban, otros se pegaban; una cosa surrealista. Esa tarde yo tenía una reunión con Mandela de media hora y duramos conversando casi 5 horas en las que él me explicó qué estaba pasando ahí, —estaban comenzando a sanar las heridas de esa guerra—, y al final me dijo: Suráfrica y Colombia son países que tienen mucho parecido, pero Colombia nunca va a despegar si no logra la paz”.



En Oslo, durante la Marcha de las antorchas, una de las tradiciones que rodean la ceremonia de entrega del Premio Nobel



Al finalizar el siglo, la Fundación Buen Gobierno, creada por él, logró convocar a representantes de diferentes sectores, desde el Gobierno hasta los propios actores del conflicto, para escuchar a Adam Kahane, un canadiense experto en resolución de problemas que había estado vinculado en el proceso sudafricano. De esa reunión surgieron ideas, no todas exitosas; pero quedó claro que las intenciones de paz de Santos iban en serio. Algunos de sus cómplices en esta empresa fueron el escritor colombiano Gabriel García Márquez, el expresidente español Felipe González y el expresidente de Cuba, Fidel Castro.

“Soy muy pragmático”, dice, y confiesa que cuando estuvo en la Escuela Naval de Cadetes Almirante Padilla, donde se graduó de bachiller, aprendió “que uno en la vida siempre debe tener objetivos para lograr hacer las cosas”. Luego, al prologar el libro *Colaborar con el enemigo*, de Kahane, volvió sobre esta idea al citar el Popol Vuh: “No juntamos nuestras ideas. Juntamos nuestros propósitos. Luego llegamos a acuerdos y finalmente decidimos”.

En ese recorrido de incidentes, ideas, conversaciones con unos y otros y muchas lecturas, Santos había llegado a la conclusión de que se necesitaban tres condiciones para lograr un proceso de paz exitoso. La

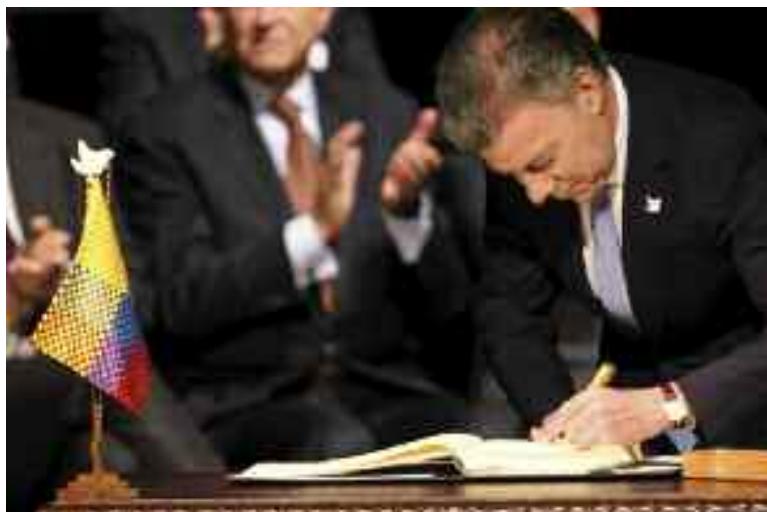
primera, que las fuerzas militares estuvieran a favor del Estado; la segunda, que los comandantes de la guerrilla estuvieran convencidos de que les convenía negociar y no continuar la guerra (lo cual, dice, logró siendo ministro de Defensa); y la tercera era tener apoyo regional y de la comunidad internacional. Esa última estaba lejos de conseguirse, pues las relaciones con Ecuador, Venezuela y Brasil eran bien distantes.

Nunca dudó que el camino era el diálogo. “Una victoria militar era prácticamente imposible, y si uno quiere ponerse de acuerdo con alguien lo primero que tiene que hacer es sentarse a dialogar. Y en una democracia así es como se resuelven los problemas, incluso cuando uno está en guerra con un conflicto armado como el colombiano”. En el diálogo se buscan soluciones.

Y así se lo dijo a la guerrilla desde el comienzo: empezarían a organizarse los espacios para el diálogo, para la negociación, hasta llegar a acuerdos, pero mientras tanto, eso no significaba que las fuerzas militares se quedaran cruzadas de brazos. “Esa fue una decisión muy audaz, muy controvertida y difícil”, recuerda, porque la ciudadanía no entendía muy bien cómo se negocia en medio de un conflicto que se manifiesta con violencias atroces. “Pero eso lo hice deliberadamente y así funcionó”.



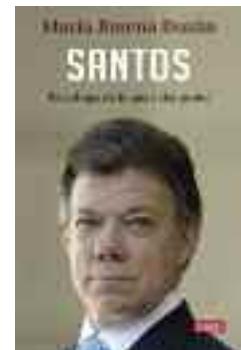
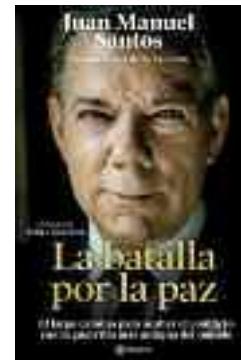
Santos firmando el acuerdo de paz con la guerrilla de las FARC



Fueron largas jornadas, mucho tire y afloje, momentos difíciles y otros de regocijo, hasta que llegó octubre de 2016, cuando escuchó a la ciudadanía por medio de un referendo que buscaba conocer si los colombianos apoyaban el proceso de paz. Y para sorpresa de muchos, inclusive del propio presidente Santos, que estaban convencidos de que el país los apoyaría, ganó el NO por un margen mínimo (SÍ: 49,78 %. NO: 50,21 %).

“El plebiscito se perdió contra todo pronóstico”, dice, sin que le tiemble la voz. “Yo subestimé la capacidad de la oposición para vender todo tipo de historias mentirosas como lo reconoció el propio gerente de la campaña del NO. Subestimé el poder de las *fake news*”. Le aconsejaron no reconocer el resultado, pero él, con su entereza, se negó. Había que respetar las reglas y entre ellas estaba la posibilidad de “renegociar”. No había pasado una semana cuando lo despiertan con la noticia de que había ganado el Premio Nobel de la Paz. Muchas emociones encontradas. De momentos muy difíciles pasó a lo que define como “un regalo de Dios, que me cayó del cielo”, y que interpretó como un espaldarazo de la comunidad internacional al proceso de paz.

Colombia ha seguido su proceso, aunque con altibajos, porque los procesos de paz no se terminan de la noche a la mañana. Para Santos tie-



Con miembros de grupos indígenas en una visita a Sierra Nevada





A la izquierda, Santos y su esposa con el Papa Francisco, durante la visita que este realizó a Bogotá en 2017. A la derecha, con su familia en diciembre de 2021



nen dos fases: una es llegar a acuerdos como los que pactó con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC): entrega de armas, reintegración y desmilitarización. La segunda es construirla, para que empiecen a sanar las heridas de más de 50 años de guerra. “Eso toma mucho más tiempo y es mucho más difícil porque hay que perdonar, hay que dejar de odiar, hacer a un lado la sed de venganza. Por eso hay que perseverar y por eso la paz es un proceso que uno tiene que alimentar y promover todos los días”.

Juan Manuel Santos acaba de cumplir 70 años. Sus amigos lo califican como muy disciplinado, claro en sus objetivos, estrategia, un estadista que piensa tres jugadas delante del paso que piensa dar, sin dejar flanco alguno al descubierto. Tiene en su cabeza todas las fichas del rompecabezas. Él se define como una persona ecuánime, de creencias liberales y amante de las libertades. Practica la meditación desde hace 40 años y hace mucho ejercicio.

Ahora se dedica a su nueva Fundación Compaz y a sus dos nietos. “Soy muy familiar”, dice, aclarando que lo heredó de sus padres y abuelos, familia de periodistas y políticos. Eso también lo heredó, pero más se le conoce por su vena política que por su actividad periodística, “aunque a veces el periodismo me hace falta porque es mucho más fácil estar en el lado del periodista que estar en el lado del funcionario”. **LF ■**

Agradecimientos

Para la elaboración de este libro se ha contado con la colaboración de las siguientes personas y entidades, que han proporcionado información e imágenes.

Alejandro de Nicola
Alessandro Chiaretti
Ana Fraile
Beryl Benacerraf
Carolina Briones
Catalina Crane
Claudia Mejía
Claudia Tapia
Conrado Zuluaga
Covadonga Rodríguez del Corral
Cristina Guzmán
Eduardo Posada Flórez
Elizabeth Burgos
Erika Pineda
Guadalupe Álvarez
Gladys Jarazo
Gloria Server
Hebe Vessuri
Jaime Abello
José Luis Escamilla
Josefina Granados
Juan Manuel Santos
Karoll Pineda
Laura Assali
Laura Torrado
Luis Fernando García

María Amaya Aleixandre de Artinano
María Belén Calvo
Manuel José Torres
Manuel de León
María Mercedes Zambrano
Mauricio Lleras
Miguel A. Asturias Amado
Miriam Atienza
Natalia Díaz Santín
Natalia Roa
Oliver Libby
Pablo Fiorenza
Pablo Martín Aceña
Pedro Pablo Zegers
Petra Lundborg
Piedad Bonnett
Rafael Medina Martínez
Raúl Figueroa Sarti
Ricardo Viel
Roberto Kolter
Sabrina Duque
Saira Vilchis
Santiago Prieto
Silvana Siviero
Silvia Borau
Soad Lozano Peters

INSTITUCIONES

AMV Agencia Literaria
Archivo Histórico Nacional
Asociación de Amigos de Vicente Aleixandre
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos de América
Biblioteca Nacional de Chile
Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de Portugal
Centro Mario Molina
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España)
Fundación Bancaja
Casa-Museu Egas Moniz
El Colegio Nacional (México)
Fundación Diplomática Alfonso García Robles
Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano
Fundación Compaz
Fundación Instituto Leloir
Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano / Fundación Gabo
Fundación Pablo Neruda
Fundación Premios Rei Jaume I
Fundación Pública Gallega Camilo José Cela
Fundación Rigoberta Menchú Tum
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto (Argentina)
Museo Bernardo Houssay
Museo Casa Natal de Juan Ramón Jiménez.
Museu Nacional D'Art de Catalunya
Museu de les Ciències / Ciutat de les Arts y les Ciències de Valencia
Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales (España)
Revista Arcadia
Servicio Paz y Justicia (Serpa)

Organización Internacional del Trabajo
The Cesar and Celia Milstein Foundation
The Nobel Foundation
Universidad de El Salvador
Universidad de Puerto Rico. Recinto de Río Piedras. Sala Zenobia y Juan Ramón
Jiménez
Wikipedia / Wikimedia Commons

Semblanza de los autores

ALEIDA RUEDA RODRÍGUEZ (México, 1983) estudió periodismo en la Universidad Nacional Autónoma de México e hizo un máster en periodismo de agencia en la Universidad Rey Juan Carlos, en España. Tiene más de 17 años de experiencia como creadora de contenidos de ciencia para medios impresos, radio, televisión e internet. Actualmente escribe para los medios *SciDev.Net*, *Pie de Página* y *Salud con Lupa*. Participó en la fundación de la Red Mexicana de Periodistas de Ciencia, de la que fue presidenta y sigue siendo miembro. **AR ■**

ANTONIO CALVO ROY (Madrid, 1960) es periodista científico. Desde mediados de los 80 ha trabajado como colaborador en diferentes revistas y periódicos y en gabinetes de comunicación del sector público y del privado. En el año 2000 cofundó la empresa Divulga, dedicada a la generación de artículos, producción de revistas, cursos de periodismo científico, exposiciones y audiovisuales. Ha escrito cuatro biografías de científicos y otros libros de divulgación. Ha presidido la Asociación Española de Comunicación Científica. **ACR ■**

ELVIRA DEL POZO CAMPOS (Madrid, 1979) es ingeniera agrónoma, Máster de Periodismo Científico de la UC3M y periodista especializada en ciencia y medio ambiente. Ha colaborado en revistas de divulgación científica como *Muy Interesante* y la versión española del MIT *Technology Review*, así como en otras corporativas como *Alfa* y *Enlace*. Además, ha participado en la elaboración de varias guías de comunicación para investigadores. Actualmente colabora con Divulga y es responsable de comunicación de la Coalición Por Otra PAC. **EP ■**

EUGENIA ANGULO ALONSO (Madrid, 1979) es química y periodista especializada en ciencia. Coautora de los libros *Nobel*, *el Olimpo de los científicos*, *El legado de la ciencia: Santiago Ramón y Cajal* y *Los elementos en píldoras*, en 2015 publicó su primer libro de literatura infantil *La estrella fugaz*. Ha sido galardonada en los Prismas Casa de las Ciencias y el I Certamen FECYT de Comunicación Científica y fue finalista en el I Concurso de Relatos sobre la Despoblación. Colabora habitualmente con Divulga y escribe en otros medios. **EA ■**

IGNACIO FERNÁNDEZ BAYO (Madrid, 1953) es periodista especializado en ciencia y medio ambiente desde 1981. Trabajó en diferentes diarios y revistas y en 2000 cofundó la empresa Divulga, que actualmente dirige, dedicada a la producción de artículos, revistas, libros, cursos de periodismo científico, exposiciones y audiovisuales. Entre otros reconocimientos, recibió el Prisma Especial del Jurado de los premios de divulgación científica de los Museos Científicos Coruñeses. Ha sido vicepresidente de la Asociación Española de Comunicación Científica.

IFB ■

LISBETH FOG CORRADINE (Medellín, Colombia, 1957) es periodista por la Universidad Jorge Tadeo Lozano, de Colombia, y maestría en reportería científica de la Universidad de Boston, como becaria Fulbright. Desde 1984 se dedica a divulgar la ciencia en medios de comunicación y a formar divulgadores. Edita la revista *Pesquisa Javeriana*, de la Pontificia Universidad Javeriana, donde también enseña periodismo científico. Colabora en medios escritos y es investigadora sobre apropiación social del conocimiento en el Servicio Geológico Colombiano.

LF ■

PABLO FRANCESCUTTI PÉREZ (Rosario, Argentina, 1961) se licenció en Antropología Cultural. Desde 1991 reside en Madrid, donde se doctoró en Sociología. Trabajó como periodista científico en diversos periódicos y revistas. Fue secretario de la Asociación Española de Comunicación Científica y co-director del Curso-Taller de Periodismo Científico y Ambiental de la Universidad Rey Juan Carlos, donde actualmente es profesor titular de periodismo. Ha realizado investigaciones sobre comunicación de la ciencia y publicado diez libros y monografías.

PF ■

ARGENTINA PERÚ

MÉXICO ESPAÑA

COLOMBIA CHILE

PARAGUAY CUBA

BRASIL URUGUAY



Foro Iberoamericano
de Organismos Reguladores
Radiológicos y Nucleares